
HARLEQUIN™
Jazmín™
Rebecca Winters
Milagro en la isla

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Milagro en la isla, n.º 2544 - abril 2014
Título original: The Greek's Tiny Miracle
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4318-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

27 de abril

Stephanie observó a los clientes del hotel que entraban en el restaurante, esperando ver a su adonis de pelo negro, como ella llamaba a Dev Harris. Había quedado con el alto y atlético neoyorquino, su dios griego, en el comedor a las ocho para cenar juntos.

Estaban de vacaciones en el complejo de Grace Bay en Providenciales, una de las islas Turcas y Caicos del Caribe.

Habían estando buceando esa tarde en la idílica zona de Elephant Ear Canyon, viendo las esponjas gigantes, y luego habían estado viendo la puesta de sol muy acaramelados.

Cuando la había ayudado a bajar de la lancha, había visto la pasión dibujada en sus ojos negros azabache. Sin duda, le esperaba otra noche de amor como la anterior.

Había ido al bungaló a prepararse para la cena. Quería estar lo más bella posible para él. Llevaba un vestido azul sin mangas que resaltaba su bronceado natural y su maravilloso pelo rubio platino.

La noche anterior, se había puesto un vaporoso vestido de color mandarina a juego con su brillo de labios. Él le había dicho que parecía una fruta dorada a la que deseaba saborear lentamente.

Su cuerpo aún temblaba recordando esas palabras y la forma en que le había hecho el amor. Había sido su primera experiencia íntima con un hombre y se sentía como si estuviera viviendo un sueño del que nunca quisiera despertar.

En solo diez días, se había enamorado locamente de él. Había sido un verdadero flechazo. Era el hombre que había estado esperando toda su vida. Le dijo que estaba soltero, que tenía treinta y dos años y que se dedicaba a negocios de exportación.

Sus amigas aún no sabían nada de su relación con Dev. Melinda pensaba que debía de ser un miembro del grupo de submarinismo del ejército, por la pericia que demostraba en el agua.

Stephanie opinaba igual. Dev parecía estar hecho para eso. Y no

solo por su cuerpo atlético y su habilidad para bucear, sino por su carisma y personalidad arrolladoras.

¿Dónde podía estar ahora? Ya eran las nueve menos cuarto. Lo único que podía hacer era volver a la habitación y llamarlo por el teléfono del hotel.

Cuando iba de camino, un camarero se acercó a ella con una caja de flores en la mano.

–¿Señorita Walsh? Esto es para usted. Con los saludos del señor Harris.

Volvió a la mesa y abrió la caja. Probablemente, él llegaría en cualquier momento. Dentro de la caja, había un ramo de gardenias con una tarjeta.

Gracias por los diez días y las diez noches más inolvidables de mi vida, Stephanie. Tu dulzura es como la de estas gardenias. Nunca podré olvidarte. Por desgracia, he tenido que ausentarme de la isla por un asunto urgente de trabajo que solo yo puedo solucionar. Disfruta del resto de las vacaciones hasta tu vuelta a Crystal River. Ya te estoy echando de menos.

Dev

Stephanie se quedó pálida en el asiento. Su idilio de primavera había terminado.

Él estaría ya camino del aeropuerto para tomar su vuelo a Nueva York. No le había dejado ni el número de teléfono ni la dirección. Ni siquiera le había dicho nada que le permitiera albergar la esperanza de volver a verlo de nuevo.

Se sintió la mujer más estúpida del mundo.

Aunque, tal vez, había otra persona que compartía ese triste honor con ella: su madre, que había muerto de cáncer pocos meses después de que ella se graduara en la universidad.

Veinticuatro años atrás, Ruth Walsh había cometido el mismo error con un hombre que la abandonó. Stephanie nunca supo su nombre ni llegó a conocerlo, pero su madre le dijo que era muy atractivo y simpático, y un gran esquiador.

Dev y él debían de estar hechos de la misma pasta y en el mismo molde.

Cerró los ojos, desolada. ¿Cuántas mujeres, de vacaciones, encontraban supuestamente al hombre de sus sueños y luego eran abandonadas una vez que la fascinación inicial se había desvanecido? Tal vez miles, si no millones. Ella, igual que su madre,

era una de las que formaban parte de esa patética estadística.

Furiosa consigo misma por no haber aprendido ya aquella lección a sus veinticinco años, se levantó como un resorte de la silla, le dio un par de dólares al camarero y le dijo que se deshiciera de todo lo que había dejado en la mesa.

Pensó que no podía quedarse por más tiempo en la isla, aunque le quedaban aún cuatro días de vacaciones. Al día siguiente por la mañana, tomaría el primer avión de regreso a Florida. Después de todo, no iba a ser la primera mujer ni la última a la que un hombre engañase.

Se limpió las lágrimas y volvió al bungaló. Se alegró de que sus amigas no estuvieran allí. Así tendría tiempo de cambiar la fecha del vuelo y hacer el equipaje sin verse obligada a contestar a un montón de preguntas incómodas.

Al día siguiente por la tarde, estaría de vuelta en la agencia. A ella le gustaba su trabajo y ahora le serviría además como válvula de escape para olvidarse de todo.

Si seguía pensando en aquellos paseos románticos del brazo de Dev, entre palmeras y casuarinas, acabaría volviéndose loca.

13 de julio

–¿Capitán Vassalos?

Nikos giró la cabeza y vio al vicealmirante Eugenio Prokopios de la Comandancia Naval del mar Egeo entrando en su habitación del hospital. Era un veterano héroe de la marina griega, además de un viejo amigo de su padre y de su abuelo.

Nikos terminó de abrocharse la chaqueta del uniforme y se apoyó en las muletas.

–Es un honor, señor.

–Tus padres están afuera esperándote. Les dije que quería entrar a verte primero. Ha sido una suerte que no te hayas quedado parapléjico después de las heridas que recibiste en tu última misión.

¿Suerte? Su última operación con las Fuerzas Especiales había sido todo un éxito, pero Kon, su mejor amigo, había resultado muerto. En cuanto a él, el médico le había dicho que su herida se acabaría curando, pero que nunca volvería a ser el mismo de antes. No podría seguir en el SEAL, las fuerzas de élite del ejército griego, ya que sufriría probablemente TEPT, trastornos de estrés

postraumático, durante largo tiempo.

Había estado recibiendo ayuda psicológica y estaba tomando un inhibidor de reabsorción de la serotonina para la depresión. Pero, aún así, había tenido algunas pesadillas.

–Ánimo, te van a dar el alta esta mañana y dentro de poco podrás andar ya sin muletas.

–Estoy deseando deshacerme de ellas.

–Ten paciencia. Tendrás que tomarte un largo descanso. Lo necesitas después de la experiencia tan dura que has vivido.

–No creo que necesite tanto tiempo, señor.

Después de un período de hospitalización de dos meses y medio, Nikos sabía exactamente por qué el vicealmirante estaba allí. Sin duda, había sido cosa de su padre. Esperaría que volviera a la empresa de la familia, ahora que estaba incapacitado.

–Nuestra Armada te está muy agradecida por el heroico servicio que has prestado a las Fuerzas Especiales –dijo el vicealmirante–. Eres un orgullo para tu familia y para el país. Tu padre está deseando verte al frente de Vassalos Shipping para poder jubilarse.

El vicealmirante había venido a decirle, en suma, que su carrera militar había terminado. Pero él no deseaba trabajar en el negocio familiar. Su padre y él mantenían una relación muy tensa desde siempre.

No había querido reconocerlo como hijo suyo hasta varias semanas después su nacimiento. Y eso, tras haber pasado una prueba de ADN. Y todo por un simple rumor malintencionado y sin fundamento. Aquella desconfianza en la fidelidad de su esposa había causado un daño irreparable en su matrimonio y había arruinado la vida de Nikos.

La Armada había resultado una válvula de escape para aquella situación insostenible con su familia, que ahora, diez años después, iba a verse obligado a revivir.

Tenía treinta y dos años y, sin embargo, la vida parecía haber acabado para él.

La pérdida de Kon Gregerov pesaba como una losa sobre él. Había sido su mejor amigo desde la infancia. Provenía de una familia de la vecina isla de Oinousses y se habían reclutado juntos en la marina.

Habían planeado montar un negocio juntos cuando se licenciasen del ejército, pero su amigo había saltado por los aires en aquella explosión que casi había acabado también con su vida.

–Siento que te vieras obligado a dejar Providenciales para llevar a cabo tu última misión. Te enviaremos allí de nuevo para que puedas descansar y recuperarte.

Nikos sintió un vacío en el estómago al volver a oír aquel nombre. Había vivido una experiencia maravillosa en aquella isla. Pero ahora, después de lo que había sucedido, Stephanie Walsh ya no podría formar parte de su vida.

–¿Nikos? –exclamó el vicealmirante, viéndolo tan abstraído.

–Sí... Gracias por su oferta tan generosa, pero prefiero recuperarme en casa.

–Si ese es tu deseo...

–Lo es.

–Entonces te dejo descansar. Solo quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti. Buena suerte.

Se saludaron de forma militar antes de que el vicealmirante abandonara la habitación.

Nikos se sentó en la silla de ruedas que le había llevado un enfermero y, al poco, entraron sus padres en la habitación.

–¡Cariño! –exclamó su madre, dándole un abrazo–. Te veo muy bien, a pesar de lo delgado que te has quedado. Te recuperarás en seguida, en cuanto estés en casa unas semanas. Tus abuelos están deseando verte, y Timon y tu hermana han llegado ya con los niños para darte la bienvenida.

–Este es un gran día, hijo –dijo su padre exultante, recogiendo su equipaje–. Leon está deseando hablar de negocios contigo.

Nikos no tenía intención de trabajar en el negocio familiar, como su hermano mayor. Su padre lo sabía, pero nunca se daba por vencido.

Había una limusina esperándolos en la salida del hospital. El cielo estaba limpio y azul.

–No sabes cuánto hemos deseado que llegara este día –dijo su padre–. Igual que Natasa. Daremos una pequeña fiesta mañana por la noche en tu honor a la que acudirá con sus padres.

–Pues ya puedes ir cancelando la fiesta –replicó Nikos rojo de ira–. Mañana mismo, me iré a vivir al *Diomedes*. Me quedaré allí mientras dure mi recuperación.

Estaba harto de visitas y hospitales. Necesitaba estar solo. Su yate sería su refugio a partir de ahora.

–¡No puedes hacernos eso! ¡Y menos a ella! –exclamó el padre–. Natasa lleva demasiados años esperando a que te decidas a casarte

con ella. Y tu madre y yo queremos que nos des nietos.

Entre las familias de Natasa y de Nikos, había una estrecha y antigua amistad. Gia, la hermana de Nikos, y Natasa Lander habían estado siempre muy unidas. Él se había sentido atrapado en aquella tela de araña y había encontrado su tabla de salvación alistándose en el ejército.

–Nunca he hecho el amor con ella ni le he pedido que se casara conmigo. Supongo que se habrá olvidado de mí hace tiempo. Ahora que he salido del hospital, yo también necesito rehacer mi vida. No alberguéis la menor esperanza de que me case con ella. Lo digo muy en serio.

–¡No sabes lo que estás diciendo! –dijo su padre fuera de sí.

–Yo diría que sí. Natasa es encantadora, pero no es mi tipo. Me temo que ese matrimonio entre ella y yo es solo producto de la imaginación de sus padres y de la vuestra.

–¿Cómo te atreves a decir eso?

–Le harías un favor si le dijeses a su familia y a ella que no estoy aún lo bastante bien como para ver a nadie. Lo comprenderán. ¡No conviertas esto en una pesadilla o te arrepentirás!

Nikos había sufrido demasiadas pesadillas desde que el enemigo había volado el buque pesquero en el que iba con el equipo de vigilancia.

Lo habían encontrado inconsciente en el agua. Los médicos del hospital no le habían dado ninguna esperanza de volver a caminar, dados los daños que había sufrido en las vértebras lumbares. Pero se habían equivocado. Tenía múltiples traumatismos pero podía andar, aunque con ciertas dificultades.

–Podemos hablar de eso más tarde –dijo su madre, deseando poner paz entre ellos.

–No hay nada que discutir –replicó Nikos.

Su carrera militar había terminado. Igual que su vida, tal como la había conocido hasta entonces. Lo único que deseaba era estar lejos de todo el mundo, pero sabía que tenía que aguantar hasta el día siguiente.

Nikos había hablado ya con Yannis para que fuera a casa y lo llevara al puerto en su coche. Subiría a bordo del *Diomedes* y se quedaría a vivir allí y a emborracharse todos los días.

El viaje al pequeño aeropuerto de Atenas se realizó en silencio. Ni sus padres ni él dijeron nada. Nikos respiró hondo cuando salió del vehículo, agarró las muletas y subió a bordo del jet privado de

su padre.

El auxiliar de vuelo lo conocía desde hacía años.

–Bienvenido a casa, Nikos.

–Gracias, Jeno.

–¿Te apetece tomar algo? ¿Un poco de té?

–¿Qué tal una cerveza?

–Te la traigo enseguida –respondió el hombre con una sonrisa.

Nikos tomó asiento con sus padres. Dejó las muletas en el suelo y se abrochó el cinturón de seguridad. El vuelo a Chios duraba solo cuarenta minutos. Desde allí, tomarían un helicóptero hasta la empresa de transportes de su padre, Vassalos Shipping, en la isla de Egnoussa, donde un coche los estaría esperando para llevarlos a casa.

Se puso a mirar por la ventanilla hasta que el cansancio lo venció.

Le vino al recuerdo la imagen de cierta mujer en otra parte del mundo a la que había tenido que dejar dos meses y medio atrás. Stephanie Walsh habría recibido las gardenias con su nota. Habría sido para ella como recibir un puñal en el corazón. Se imaginaba cómo se habría sentido. Pero no había podido hacer nada por evitarlo. Como miembro de los SEAL, todos los actos de su vida eran materia reservada.

Se había sentido cautivado por ella desde el primer día que la vio en la playa. Pero no había querido involucrarse sentimentalmente demasiado, consciente de que su permiso militar era solo por dos semanas, al cabo de las cuales tendría que reincorporarse a su unidad. Sin embargo, embriagado por su belleza y personalidad, se había rendido al deseo y ella le había respondido generosamente.

Había confiado a su amigo Kon lo que pensaba hacer cuando terminaran esa última misión. Se licenciaría del ejército y se casaría con ella. Sin embargo, tres días después, un ataque imprevisto del enemigo lo cambió todo. Su amigo resultó muerto y él nunca volvería a ser el mismo hombre de antes. Stephanie ya solo podría ser un recuerdo para él.

Había conocido a la mujer de sus sueños, pero ahora todo quedaría solo en eso: en un sueño.

Un gemido escapó de su garganta. Estaba estéril a consecuencia de los daños colaterales. Nunca sería capaz de tener un hijo biológico. A partir de ahora, viviría en un mundo de oscuridad, en

un auténtico infierno. Ninguna mujer querría compartir su vida con él y con los recuerdos que le atormentaban.

–¿Nikos?

–¿Jeno? –exclamó él, abriendo los ojos sorprendido.

–¿Te sientes mal? –preguntó el auxiliar de vuelo–. ¿Puedo traerte algo?

Él negó con la cabeza.

–Prepárate. Vamos a tomar tierra en breves momentos.

–Gracias.

Se abrochó el cinturón de seguridad. Sí, Jeno tenía razón: estaba enfermo. La reunión con el vicealmirante había sido como el primer puñado de tierra que cayese sobre su ataúd.

La vida se desvanecía a sus pies, transportándolo por un túnel oscuro y sin fin...

26 de julio

Iba a ser madre.

Stephanie se pasó la mano por el vientre. Apenas podía abrocharse el botón de arriba de los pantalones vaqueros. Aún no podía creer que estuviese embarazada, que llevase un hijo de Dev en su seno.

No se había alarmado demasiado cuando no le había venido la regla el último mes. Siempre había sido bastante irregular. Pero, en las últimas tres semanas, había sentido náuseas y había empezado a notar ciertos cambios en su cuerpo.

El test de embarazo del día anterior había resultado positivo, despejando todas las dudas.

Acababa de volver de la consulta del ginecólogo. El doctor Sanders le había confirmado que estaba de tres meses. No podía creerlo. Llevaba un hijo de Dev. Le había recetado unas pastillas para las náuseas y un complejo vitamínico de hierro como revitalizante.

Se preguntó si tendría sentido tratar de localizar a Dev. ¿Querría él saber que iba a ser padre?

En el fondo, había estado esperando que se pusiese en contacto con ella. Él sabía que trabajaba en Crystal River Water Tours. Le habría resultado muy fácil llamarla o dejarle un mensaje. Pero no lo había hecho. Estaba claro que no quería volver a verla.

Pasó las doce horas siguientes pensando la decisión que debía tomar. Pero, por la mañana, lo tuvo claro: su hijo querría saber quién era su padre.

Ella siempre había deseado conocer al suyo. Un hijo era cosa de dos. Su obligación era tratar de informar a Dev. Lo que él hiciese luego sería cosa suya.

Tomó el teléfono con mano temblorosa para llamar al complejo turístico y preguntar si sabían algo sobre su paradero. La tomarían probablemente por alguna histérica persiguiendo a su novio. Pensó que sería mejor decir que solo trataba de interesarse por él para saber si estaba bien, dado que se había ido de la isla con mucha urgencia sin despedirse.

Marcó el número de teléfono y aguardó la respuesta.

–Escuela de buceo. Soy Angelo.

–Hola, Angelo. Me alegra oírte de nuevo. Soy Stephanie Walsh. Quizá ya no te acuerdes de mí. Estuve allí hace tres meses.

–¿Stephanie? Claro que sí. Siempre recuerdo a las chicas guapas. ¿Te lo pasaste bien en la isla?

–Fabuloso. Gracias a ti.

–Me alegro. ¿En qué puedo ayudarte?

–Estoy tratando de localizar a Dev Harris, el chico de Nueva York con el que estuve la primera semana. ¿Tienes su número de teléfono o su correo electrónico? Se fue tan de prisa que he estado preocupada estos últimos meses pensando si podría haberle ocurrido algo. Tengo además unas fotos que me gustaría enviarle.

–Déjame ver. No cuelgues.

–No te preocupes. Espero.

Angelo examinó detenidamente su registro. Había muchos Devlin, Devlon y Devlan Harris de la ciudad de Nueva York, pero ninguno era el que Stephanie estaba buscando.

Ella había tratado de llamarlo a Nueva York, pero no había conseguido encontrar su nombre en la guía telefónica. Había estado varios días llamando a las empresas exportadoras en las que él podría estar trabajando, pero sin ningún resultado.

Después de agotar esa vía, se había puesto en contacto con las líneas aéreas que habían volado a la isla el dieciocho de abril, pero tampoco había conseguido nada. De hecho, ya había renunciado a localizarlo. Pero el embarazo lo había cambiado todo.

–¿Stephanie? Ya estoy aquí. Lo siento, pero no tengo ni su dirección ni su número de teléfono. Tal vez puedan saber algo de él

en alguna de las tiendas donde fuisteis.

–No estuvimos en ninguna tienda –replicó ella decepcionada–, pero me regaló unas flores que tuvo que comprar en alguna parte. ¿Pudo haberlas conseguido en el *resort*?

–No. Solo pudo comprarlas en la floristería de la ciudad. Te daré el número... Sí, aquí está.

Stephanie tomó nota.

–Haces honor a tu nombre, Angelo. Muchas gracias.

–No hay de qué. Que tengas suerte.

Después de colgar, Stephanie se quedó mirando el número de teléfono que había apuntado. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. Si no conseguía nada en la floristería, probablemente, su bebé nunca conocería a su padre.

–Floristería Plant Shop, ¿qué desea?

–Hola. Me llamo Stephanie Walsh. Estoy llamando desde Florida. Recibí el veintisiete de abril un ramo de gardenias de su tienda que fue entregado en el Palm Resort. No tuve ocasión de darle las gracias al señor que me las envió. Se marchó antes de que pudiera hacerlo. Su nombre era Dev Harris. ¿Podría darme su dirección o su número de teléfono, por favor?

–Lo siento, pero no puedo darle esa información.

–¿Puede decirme al menos a qué hora recibió el pedido?

–Espere un momento... Sí, nos telefoneó a las cinco de la tarde.

–Gracias por su ayuda.

Nada más colgar, una idea comenzó a dar vueltas por su mente. Llamó al *resort* de nuevo y preguntó si podía hablar con Delia, la camarera del hotel. Tuvo que dejarle un mensaje para que Delia la llamara cuando estuviese libre.

A la media hora, recibió la llamada de la camarera.

–Hola, Stephanie.

–Hola, Delia. Muchas gracias por devolverme la llamada.

–No hay de qué. ¿Qué tal te va con Dev?

–En realidad, ese es el objeto de mi llamada. Estoy muy preocupada por él. Se marchó de la isla sin decirme nada. Me gustaría saber cómo está y necesito tu ayuda para localizarlo.

–Mi novio trabaja en el aeropuerto. Le pediré que averigüe los vuelos que salieron el veintisiete de abril después de las cinco de la tarde. Tal vez él encuentre algo que pueda ayudarte.

–No sé cómo pagarte el favor, Delia.

–Lo hago con gusto. Nunca vi a una pareja más enamorada.

–Gracias –replicó Stephanie–. Solo espero que no le haya pasado nada grave.

–Comprendo tu preocupación.

Stephanie se quedó más tranquila pensando que su excusa había convencido a todos.

Dos horas más tarde, el teléfono volvió a sonar.

–¿Stephanie? Soy Delia. Mi novio no pudo conseguir los nombres, pero averiguó el destino de los tres vuelos que salieron esa tarde. Uno a Los Ángeles, California. Otro a Vancouver, Columbia Británica. El último fue un jet privado de Vassalos Corporation, con destino a Atenas.

Stephanie sintió desvanecerse todas sus esperanzas. Ninguno de los aviones se había dirigido a Nueva York.

–Gracias por ayudarme, Delia. Eres un cielo. Dale también las gracias a tu novio de mi parte.

Stephanie colgó desconsolada. Dev la había mentido, ocultándole su verdadera identidad. Había usado un nombre falso. ¿Sería Dev algún apodo?

De una cosa estaba convencida: no era de Nueva York.

Se quedó pensativa. Había salido de Providenciales con demasiada urgencia. Si, de verdad, tenía tanta prisa, lo lógico era que hubiera tomado un medio de transporte privado.

Se dirigió al ordenador que tenía en el estudio y buscó «Vassalos, Grecia».

El primer enlace que apareció fue: Vassalos, Transportes Marítimos, Egnoussa, Grecia.

Averiguó que las Oinousses eran un pequeño archipiélago del mar Egeo, cerca de Turquía. Egnoussa, con una extensión de catorce kilómetros y apenas cuatrocientos habitantes, era la más poblada de las islas. Pero contaba con unas mansiones fabulosas donde residían los magnates del mundo naviero.

Su encuentro con Dev había sido algo inolvidable. Tenía un carisma muy especial y hablaba un inglés impecable. Pero, cuando pensaba en ello, se daba cuenta de que su acento no era neoyorquino.

¿Habría venido de una isla griega? Eso explicaría su afición por los deportes acuáticos.

¿Sería Egnoussa el lugar donde vivía? ¿Podría pertenecer a esa familia Vassalos tan importante? No sabía qué pensar, pero, cuanto más reflexionaba sobre ello, todo parecía encajar. Lo de tener el

aspecto de un dios griego le sentaba como anillo al dedo.

Siguió buscando en Google y encontró más información. De Atenas a la isla de Chios se podía llegar en avión en muy poco tiempo. Una vez allí, un barco hacía el trayecto a Egnoussa en menos de una hora. En la isla, había solo un taxi y un hotel con doce habitaciones.

Comenzó a darle vueltas a la idea. Podía llevar algunas fotos que se había hecho con él y enseñárselas a alguien de la empresa de transportes a ver si lo conocía. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por su bebé. Utilizaría sus ahorros para llegar hasta allí.

Llamó al médico para preguntarle si estaba en condiciones de volar. Él le dijo que sí, pero solo dentro de las veintiocho primeras semanas. No parecía haber, por tanto, ningún problema. Afortunadamente, tenía el pasaporte en regla. Antes de decidirse a pasar las vacaciones en el Caribe, había pensado ir con sus amigas a la Riviera Francesa o a la italiana y habían arreglado los pasaportes.

Tal vez no consiguiese nada yendo a Grecia, pero tenía que intentarlo. No podía seguir con esa duda atormentándola toda la vida. No quería hacer como su madre. Ella, al menos, podría decir a su hijo que había hecho todo lo humanamente posible para localizar al hombre que había dicho llamarse Dev Harris.

Su vida no iba a ser nada fácil de ahora en adelante. Tendría que decir a su jefe que estaba embarazada. Podría darse por satisfecha si conseguía que le diera un trabajo como recepcionista hasta que naciera su bebé. Si no, tendría que empezar a buscar otro trabajo cuando volviese de Grecia. Ahora tenía que ganar dinero suficiente, no solo para terminar de pagar la hipoteca, sino también para atender los gastos de su hijo.

Capítulo 2

28 de julio

Nikos llevaba dos semanas navegando con el *Diomedes,* pero esa tarde había atracado en el puerto deportivo de Egnoussa para repostar. Tan pronto como comprase algunas provisiones y alimentos, zarparía de nuevo. Aún necesitaba ayuda para desplazarse, pero había cambiado las muletas por un bastón que solo utilizaba cuando estaba muy cansado.

Yannis, su hombre de confianza, un marinero que llevaba más de cuarenta años al servicio de su familia, acababa de terminar las faenas de amarre cuando el padre de Nikos se acercó a ellos.

–¿Dónde has estado, Nikos?

–Donde he estado desde que me dieron el alta en el hospital, navegando por la costa.

Y tratando de rehabilitarse de su trastorno por estrés postraumático.

A pesar de la medicación que tomaba, había tenido dos episodios bastante severos. El médico le había dicho que irían remitiendo con el paso del tiempo, pero que podría llevarle meses o incluso años. De momento, Nikos había hecho del pequeño yate su casa. Una casa a la que nadie, excepto Yannis, tenía acceso.

Lo que su familia no sabía era que había estado con los afligidos padres de Kon. Y con Tassos, el hermano casado de Kon. Había hablado con él de muchas cosas.

Tassos era solo un año mayor que Nikos y vivía en Oinousses, una isla cerca de Egnoussa. Antes de la muerte de Kon, los tres habían estado muy unidos.

Tassos trabajaba en el departamento de ingeniería de una empresa petrolífera. Nikos y él habían estado hablando sobre la grave crisis financiera de Grecia y sobre el futuro del país.

–¡Llevo una hora llamándote por teléfono! ¿Por qué no me respondías? –dijo su padre algo molesto, desde el muelle.

–He estado comprando algunas cosas con Yannis. ¿Ocurre algo?

–Tienes una visita –respondió el padre, con gesto nervioso.

–Si se trata de Natasa, creo que estás perdiendo el tiempo.

–No, no es ella.

–No acierto a imaginar quién puede ser tan importante como para que te hayas tomado la molestia de venir a verme.

Los ojos del padre de Nikos, tan oscuros como los suyos, lo miraron detenidamente.

–¿Conoces a esta mujer? –preguntó su padre, sacando del bolsillo un par de fotos.

En una, estaba Stephanie con Nikos, los dos muy sonrientes, en la lancha de buceo. Angelo había tomado la foto. En la otra, aparecían abrazados en la playa, justo después de la puesta del sol. Con el vestido que ella llevaba, parecía un fruta dorada bajo las últimas luces del atardecer. Eso era lo que él le había dicho, entre otras cosas. Delia, la camarera del hotel, había sacado la foto.

–Deduzco que esta es la mujer que ha desplazado a Natasa de tus pensamientos. Cometiste una imprudencia dejándote fotografiar en el Caribe, estando aún en servicio activo –dijo su padre–. ¿Qué representa ella para ti, Nikos? Después de ver estas fotografías, creo que puede significar más de lo que me imaginaba. Tiene una belleza y una inocencia a flor de piel que podría engañar a cualquier hombre. Incluso a ti, hijo mío. Nunca has mirado a Natasa ni a ninguna otra mujer con los ojos con que miras a esa víbora. Admito que tiene una belleza diabólica, pero no deja de ser una víbora mercenaria, una mujer que conoce el precio de su belleza y que ha venido a atraparte. Después de lo que le pasó a Kon hace años, supongo que comprenderás que una extranjera que está de vacaciones en el Caribe solo puede ir buscando una cosa. No dejes que te atrape. Te conozco muy bien y sé que, si está embarazada, no es de ti sino de otro.

Las palabras de su padre cayeron en el corazón de Nikos como un cuchillo muy afilado. Recordó con dolor la tragedia de Kon. ¿Se repetiría con él la misma historia? ¡No era posible! Nadie podía saber quién era él en el Caribe. Nadie.

–¿Quieres decir que ha estado en la empresa? –dijo él, pasándose la mano por el pelo.

–Sí. Llegó en un taxi, se acercó al mostrador y solicitó hablar con el señor Vassalos. Cuando le enseñó las fotos a Ari, él me llamó por teléfono a casa. Le dije que la llevara a mi despacho. Te está esperando allí para hablar contigo.

Aún no podía creerlo. Eso no era propio de Stephanie. Hubiera jurado que ella estaba dispuesta a darle todo sin pedirle nada a cambio. Había confiado plenamente en ella. Le habría confiado su vida. Y ella a él. Sería terrible averiguar que se había equivocado con ella.

–¿Has llegado a algún tipo de compromiso con ella?

–Eso no es asunto tuyo, pero la respuesta es no –replicó él con aspereza.

Estaba desconcertado. La Stephanie que conocía y a la que había mandado aquellas gardenias, nunca habría intentado perseguirlo. Habría comprendido que aquello había sido una señal de despedida. ¿Cómo podía haberlo encontrado? ¿Era dinero lo que buscaba? Un embarazo accidental estaba descartado. Había tomado precauciones. Pero, como su padre había dicho, podía estar embarazada de otro hombre.

–No es de extrañar que hayas tratado a Natasa con tanta indiferencia. ¿Qué piensas hacer, hijo?

–Nada –respondió él, devolviéndole las fotos–. Dale instrucciones a Ari para que le diga que estoy fuera del país y que no volveré.

Nikos vio un destello de satisfacción iluminando la mirada de su padre. Aún seguía alimentando la esperanza de que Natasa y él llegaran a casarse muy pronto.

–No te preocupes. Yo me encargaré de ella.

Stephanie se sentó en la silla, preguntándose si valdría la pena todo lo que estaba haciendo. Había visto la cara de contrariedad en la mirada del recepcionista cuando le enseñó las fotos.

El hombre había hecho una llamada, hablando algo en griego que ella no había podido entender. Luego la había llevado al despacho en el que se encontraba ahora y le había dicho que *kyrie* Vassalos llegaría en pocos minutos.

Miró a su alrededor. Las paredes estaban llenas de fotos de barcos de todo tipo. Parecía casi un museo naval.

Pensó que aquel largo viaje había sido en vano. ¿Qué sentido tenía tratar de localizar a un hombre que no quería que lo encontrara? Pero una voz interior le dijo que tenía el derecho y el deber de informarle de que iba a tener un hijo.

Llevaba ya esperando una hora. Estaba convencida de que le

iban a decir que estaba en paradero desconocido. En ese caso, se marcharía de Egnoussa sin volver la vista atrás. Ahora ya sabía que él era un miembro de la familia Vassalos. Eso era todo lo que su hijo necesitaría saber.

Pasaron otros diez minutos. No podía quedarse allí sentada por más tiempo. Decidió ir a decirle al hombre de la recepción que volvería más tarde. Hacía muy buen tiempo. Unos treinta grados. Podría dar un paseo por el puerto.

Cuando se levantaba para salir, el hombre de la recepción entró en el despacho.

–¿Señorita Walsh? Siento la tardanza. Parece que *kyrie* Vassalos se encuentra fuera del país y no se sabe cuándo volverá. Lo siento –dijo el hombre, devolviéndole las fotografías.

Todo era tal como se había imaginado. Pensó dejar una tarjeta de la agencia de viajes Crystal River Water Tours donde ella trabajaba, pero cambió de opinión en el último momento.

–Gracias por su tiempo.

–De nada, señorita –dijo el hombre con una sonrisa irónica.

Se guardó las fotos en el bolso, salió del despacho y se dirigió a la salida del edificio. Si se daba prisa, aun tendría tiempo de tomar el próximo barco a Chios. Después de todo, el viaje no había sido en vano. Había hecho lo que debía hacer por su hijo. Y eso era lo único que importaba.

Se dirigió hacia el puerto por las pintorescas calles pavimentadas con losas, contemplando las mansiones techadas con tejas al estilo arquitectónico de la isla del Egeo.

Al llegar al muelle, se sentó en un banco a tomar un poco el sol. La isla era un verdadero paraíso. De ahí debía de haberle venido a Dev su gran afición por el mar y el buceo.

¿Sería un playboy? ¿O, tal vez, un magnate que buscaba diversión en cualquier parte del mundo? No sabía nada de él. Podría incluso estar casado y tener hijos.

Se estremeció solo de pensarlo. Si fuera así, nunca se perdonaría haberse acostado con el marido de otra mujer. Su esposa habría sufrido mucho en caso de haber visto su tarjeta de la agencia de viajes. Se alegró de no haberla dejado.

Sintió náuseas al pensarlo. Sacó un sándwich y una botella de agua del bolso. El médico le había dicho que tenía que comer con regularidad. Tenía hambre. Cosa rara en ella.

Cuando terminó el sándwich, sacó una bolsa de uvas que había

comprado en un mercado de frutas. Llevada por un impulso, le ofreció algunas a la anciana que acaba de sentarse a su lado.

–Gracias –dijo la mujer.

–Por favor, tome más si le apetece.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Es usted turista?

–No –respondió Stephanie–. He venido a ver a una persona, pero no estaba en la isla.

–¡Ah! Yo estoy esperando a una amiga.

–¿Vive usted aquí?

–Sí.

–¿Conoce a la familia Vassalos?

–¡Y quién no! Ese de ahí es uno de sus barcos –dijo la mujer, señalando a un hermoso yate blanco de trece a quince metros de eslora, atracado en el puerto–. ¿Por qué lo pregunta?

–He venido a ver a su hijo.

–Tienen dos hijos. Uno trabaja aquí. Al otro, nunca lo he visto. Está siempre fuera.

Stephanie se puso de pie. Tal vez no estuviera todo perdido.

–Me alegro de haber hablado con usted. Puede quedarse con las uvas. Creo que me voy a dar una vuelta por aquí hasta que llegue mi barco.

Sin perder un segundo, se dirigió al yate. Tal vez alguno de los tripulantes pudiera decirle dónde localizar a Dev. Había hecho un viaje tan largo...

Al acercarse un poco más, vio que se trataba de un yate de lujo, dotado de las últimas tecnologías. Ese tipo de embarcaciones que veía de vez en cuando en las aguas de Florida.

Pero no vio a nadie a bordo.

–¿Hola? ¿Hay alguien por ahí? –preguntó ella en voz alta.

No obtuvo ninguna respuesta.

Vio unas tumbonas en la cubierta y, un poco más allá, junto a la popa, unos esquís acuáticos, una cuerda y... un equipo de buceo. Le dio un vuelco al corazón al verlo.

Llamó de nuevo. Pero nadie le respondió. El barco con destino a Chios aún no estaba a la vista, así que decidió esperar un poco más por si aparecía alguien.

Se sentó en el espigón del muelle mirando al mar.

Al cabo de unos minutos, vio el barco a lo lejos, dirigiéndose a la bocana del puerto.

Era hora de irse. Había llegado al final de su viaje. Con la cabeza gacha, se dirigió a la zona de embarque. Chocó entonces contra un cuerpo masculino, duro como una roca. Sintió, al instante, unas manos agarrándola con fuerza para evitar que se cayera.

Creyó reconocer el tacto de esas manos a través de la blusa. Pero, cuando levantó la cabeza, no vio nada familiar en los brillantes ojos negros que la contemplaban como si ella fuera un extraterrestre.

–Dev...

Sí. Era él. Pero estaba tan cambiado y tenía una expresión tan amenazadora que no podía creer que fuera el mismo que había estado con ella en el Caribe. Él la soltó como si se tratara de un hierro al rojo vivo y siguió caminando.

–¡Dev! –exclamó ella, llamándolo a gritos–. ¿Por qué no me saludas? ¿Qué te ha pasado?

Él siguió caminando, sin volver la cabeza.

Aquella tarde, cuando ella leyó la nota de las gardenias, pensó que nunca podría sentir un dolor semejante. Pero se había equivocado. El dolor que sentía ahora parecía llegarle hasta la médula de los huesos.

«Déjalo que se vaya, Stephanie. Déjalo que se vaya», le dijo una voz interior.

Se dio la vuelta y siguió su camino, alejándose de él.

Cuando estaba ya cerca de la puerta de embarque, oyó su voz profunda llamándola.

–¡Stephanie! ¡Vuelve!

Ella giró la cabeza y lo miró por encima del hombro.

–Cuando te fuiste del Caribe con tanta prisa, me quedé preocupada por si estabas enfermo, pero veo que te encuentras bien. No te preocupes, ya me voy, no volveré a molestarte.

–Vuelve, Stephanie. Vuelve o me veré obligado a ir a por ti.

Con el corazón desbocado, se dirigió hacia él. Cuando llegó a su altura, sintió que le fallaban las piernas. Él la ayudó a subir al yate y a sentarse en uno de los bancos de la cubierta.

A pesar de su aspecto melancólico, estaba increíblemente atractivo. Aunque había perdido peso. Llevaba unos pantalones cargo blancos y una camiseta gris de cuello redondo. Tenía el pelo más largo. Un pelo negro, ligeramente ondulado, que hacía juego con su tez bronceada.

Él se apoyó contra un costado del barco, agarrándose al borde

de la cubierta con las piernas abiertas. Esas mismas piernas que ella había envuelto alrededor de la suyas, tanto bajo el agua como en la cama. Pero se le veía demacrado, como si estuviese enfermo. Ella había acertado en dos cosas: se había marchado del Caribe por alguna urgencia y era griego de los pies a la cabeza.

–He oído que te presentaste en las oficinas de la empresa, pero nunca pensé que te encontraría en el *Diomedes*. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Ya te lo he dicho. Después de los días tan felices que pasamos juntos, te fuiste tan de prisa que temí que hubiera podido sucederte algo malo. Y... necesitaba verlo por mí misma.

–Pensé que te lo había dejado todo claro con la tarjeta que te envié con las flores.

–Ya, pero aún así, pensé que podía haber algo más.

–Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Vine a Grecia para verte, pero me dijeron que estabas de viaje de negocios. El hombre de la recepción no me dio más información, por eso estaba tratando de encontrar a alguien que pudiera darme una pista de dónde estabas. Pero no vi a nadie.

–Sin embargo, a pesar de ello, te quedaste esperando. ¿Tan desesperada estabas? Me sorprende que no hayas venido antes.

¿Desesperada? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Cómo podía haberse convertido en una persona tan diferente en solo unas semanas? Una cosa era que no quisiera volver a verla y otra muy distinta que se comportase como si la odiara. Trató de conservar la calma.

–Me habría presentado aquí al día siguiente, si hubiera sabido dónde vivías. Pero la nota que me dejaste no decía dónde podía encontrarte.

–Fue un descuido por mi parte –replicó con sarcasmo–. Tengo que admitir que me sorprende que usaras esa excusa para ocultar quién eres realmente.

–¿Y quién soy realmente? –preguntó ella, alzando la barbilla–. Allí, en el Caribe, yo tampoco sabía quién eras tú. Me dijiste que te llamabas Dev Harris y que trabajabas en una empresa de exportación de Nueva York. Pero eras un submarinista consumado. A tu lado, Angelo, el monitor, parecía un principiante.

Dev clavó su mirada en ella. Sus ojos de azabache parecían más sombríos que nunca.

–Tú también hiciste muy bien tu papel de seductora.

–¿Seductora? No sé de qué me estás hablando.

–Vamos, Stephanie. El juego ha terminado. No creo que tu trabajo te permita viajar por medio mundo si no es con un objetivo claro. Sin embargo, tengo que admitir que desempeñaste tu papel con mucha maestría. Tuve suerte de poder librarme de ti a tiempo.

–¿A tiempo de qué? –preguntó ella, deseando no comprender el alcance de unas palabras tan ofensivas–. Es curioso que tú digas eso. Yo fui la que debí haberme ido antes de allí.

–Y ahora tienes problemas, ¿verdad?

–Sí –respondió ella en voz baja, sin pestañear.

Un problema que vendría envuelto en una mantilla de bebé, acompañado de un biberón, entre otras cosas, pensó ella.

–Así que has venido aquí para continuar lo que dejaste, ¿no es así?

Ella tragó saliva. No entendía por qué le decía esas cosas. No era el mismo Dev que conocía, pero, si dejaba que siguiera hablando, tal vez conseguiría saber lo que estaba pasando.

–Solo si aún me deseas.

–Es una proposición interesante. ¿Por qué no haces algo para que... te desee? –dijo él, arrastrando las palabras–. Si puedes lograr esa proeza, dejaré que tú misma marques el precio.

–¿De qué precio estás hablando? –exclamó ella sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

Dev entornó la mirada hasta casi convertir sus ojos en estrechas rendijas negras.

–De una forma u otra, el dinero es la única razón por la que estás aquí.

–¿Eso crees?

A pesar de su crueldad, sus insultos le daban fuerzas para seguir con el objetivo que le había llevado hasta allí. Lo que más deseaba era llegar al fondo de aquella pesadilla. Se acercó a él y le pasó los brazos alrededor del cuello.

–Te he echado de menos –susurró ella, besándolo en los labios–. No sabes cuánto.

Después de tres meses de ausencia, su deseo por él había recobrado todas sus fuerzas, a pesar del dolor que sentía por haberse visto abandonada.

En un primer instante, se sintió decepcionada al no obtener ninguna reacción de él, pero luego, de repente, sintió un gemido y él la atrajo hacia sí, como llevado por una fuerza irresistible. La

llama de la pasión no se había apagado.

–¿Podríamos ir a algún lugar más discreto? –susurró ella–. Llevo mucho tiempo deseando sentirte así junto a mí, pero no me gustaría que nadie nos viera.

–Ven conmigo. ¿No has traído equipaje?

–Lo dejé en Chios, en la habitación del hotel. Solo pensaba estar aquí unas horas.

–Iremos abajo –dijo él, agarrándola de la mano.

Nikos levantó la escotilla y bajaron por la escalera. Pasaron por un estrecho pasillo, cruzando el cuarto de estar y la cocina. El dormitorio principal estaba al fondo. Tenía un cuarto de baño.

La cama estaba sin hacer. ¿Habría dormido él allí la noche anterior? Mientras ella se hacía preguntas como esa, él se quitó la camiseta, la dejó en una silla y se sentó en el borde de la cama para quitarse las sandalias. Ella contuvo el aliento cuando él se puso de pie para quitarse los pantalones cargo.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–¿No era esto lo que querías? Te pagaré cuando hayamos terminado. Deja que te ayude.

En una fracción de segundo, él tomó su bolso y lo arrojó en la silla, encima de la camiseta.

–Espera, Dev...

–Llevas un blusa preciosa –dijo él sin escucharla–, pero estoy deseando volver a verte desnuda. Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche. Besarte me ha hecho recordar lo deliciosa que eras. ¿Quieres quitártela o prefieres que lo haga yo?

Ella se apartó de él, asustada. Su atrevimiento parecía volverse ahora en su contra.

–Por favor no seas así, Dev. Tenemos que hablar.

Ella no quería decirle el motivo de su visita hasta comprender la razón por la que él se había convertido en otro hombre.

–No recuerdo que fueras tan tímida. Ven aquí. Ya fuimos amantes una vez. ¿Por qué pretendes hacerte ahora la estrecha cuando antes eras tan... complaciente?

Stephanie sintió un intenso rubor en las mejillas. Él era el hombre más irresistible del mundo, pero no podía soportar sus insultos y su desprecio.

–No creo que podamos llamarnos amantes por una sola noche que me acosté contigo. Máxime, cuando te fuiste al día siguiente.

–Debió de haber sido una gran decepción para ti, ¿eh? –dijo él

en tono burlón–. ¿No te gustaron las flores que te dejé? Me dijiste que las gardenias eran tus favoritas.

–Sí, me gustaron mucho. Pero habría agradecido que me hubieras dejado una dirección o un número de teléfono.

Nikos le acarició el pelo que llevaba sujeto en una coleta.

–Diste conmigo, de todos modos. Así que vamos a la cama y demuéstrame cuánto te gustaron mis flores. No te preocupes. Tendrás lo que has venido a buscar.

–No me hagas esto, Dev. Por terrible que sea lo que te haya pasado, no puedes olvidar aquellos días tan felices que pasamos juntos y lo unidos que estuvimos.

–¿Unidos? –exclamó él con un tono de desprecio–. Esa palabra lleva aparejada la idea de fidelidad y lealtad. Me pregunto si existe algo de eso dentro de ese delicioso cuerpo tuyo.

Dev se sorprendería si supiera lo que existía dentro de ella e iba creciendo con cada minuto que pasaba. Ella apretó los labios, incapaz de olvidar por un segundo al hijo que llevaba en su seno.

–Veo que crees que te traicioné de alguna manera. Explícame, por favor, cómo pude hacer tal cosa. Estuvimos siempre juntos en el *resort*. Tú fuiste el que me pediste que fuera tu compañera de buceo, no yo. Estuve todo el tiempo contigo. No salí del *resort* ni para ir de compras con mis amigas, porque tú no me dejabas ni a sol ni a sombra. Cuando leí la nota que me dejaste con las flores, no sabes el efecto que me causó. Me había hecho a la idea de que podía haber algo entre nosotros, pero me di cuenta de que solo había sido una aventura de primavera para ti –dijo ella con la voz quebrada.

Sintió unas náuseas repentinas y se sentó en la cama para tratar de recuperarse.

–Sin embargo, has venido aquí, a pesar de todo.

–Sí. Era importante para mí verte de nuevo. Necesitaba saber por qué te marchaste de esa forma. Llegué a pensar incluso que podrías tener un problema grave de salud, pero que no querías decírmelo para no preocuparme. No sabía qué pensar. Hace unos días, ya no pude soportarlo más y decidí venir a buscarte.

–¿Cómo conseguiste dar conmigo? ¿Quién te dio mi nombre?

–¡Nadie! –respondió ella–. No es nada de lo que estás pensando.

–Explícamelo tú entonces.

Ella se puso de pie otra vez y juntó las manos.

–Busqué tu nombre en la guía telefónica de Nueva York, pero no lo encontré. Llamé entonces al *resort* para ver si tenían alguna

dirección tuya o...

–¿Me estás diciendo que fuiste capaz de averiguar el avión que tomé en el Caribe?

Stephanie le contó todos los pasos que había tenido que seguir hasta llegar hasta allí: las llamadas al *resort* y a Delia, las consultas en Internet, sus propias deducciones...

–No sabía si serías un Vassalos o un empleado. Así que decidí traer las fotos por si alguien te conocía.

–Veo que pusiste en juego toda tu inteligencia.

–Pensé que podría encontrarte aquí. Cuando el hombre de la recepción te reconoció en la foto, comprendí que había llegado al final de mi búsqueda y también que me habías estado mintiendo todo el tiempo. Supongo que es lo que acostumbras a hacer cuando conoces a una mujer y piensas solo en divertirte con ella para luego desaparecer de su vida.

–Está bien. Ahora que has logrado tu objetivo, vamos a la cama a rememorar los viejos tiempos. Luego volverás a tu país. Te daré dinero suficiente para que el viaje te haya valido la pena.

–No quiero tu dinero. Ya he conseguido lo que vine a buscar, Dev.

–Deja de llamarme Dev. Me llamo Nikos, como sabes muy bien.

Nikos...

No, el hombre que tenía ahora delante no se parecía en nada al Dev que ella había conocido y con el que había pasado los días más felices de su vida.

No se merecía saber nada del bebé hasta que naciera. Por otra parte, estaba convencida de que no la creería si se lo contaba.

Ahora tenía el número de teléfono de la centralita de Vassalos Shipping. Siempre podría dejarle un mensaje en enero, cuando su hijo naciese.

Él esbozó una sonrisa cruel.

–Has estado jugando conmigo por alguna razón y ahora deseo saber cuál es.

Stephanie respiró hondo, tratando de conservar la calma.

–Esperaba obtener una respuesta sincera por tu parte, pero veo que ya no eres el Dev Harris que conocí. Digamos que no quiero arruinar el recuerdo que guardo de ti. Ahora eres para mí un desconocido. Por lo que he oído, tienes esposa e hijos. La idea de cometer un adulterio contigo me pone enferma.

Se acercó a la silla para recoger el bolso, dispuesta a marcharse,

pero vio entonces un bastón apoyado contra la pared, al lado del armario. Miró a Dev y observó que se había puesto blanco como la nieve y se había apoyado en la puerta para impedirle el paso.

Recordó que antes se había tambaleado ligeramente en la cubierta y se había agarrado a ella. Había pensado que habría sido por la sorpresa de verla allí, pero ahora sabía que había otra razón. No guardaba bien el equilibrio. Algo grave debía de haberle pasado para que un hombre tan fuerte como él necesitara la ayuda de un bastón.

–¿Qué es lo que quieres, si no es dinero?

–Que me digas la verdad. Me siento como si estuviera en medio de una pesadilla.

–Tú eres parte de la mía, ¿no lo sabías? ¿Eres aún capaz de negar que me localizaste gracias a la ayuda del novio de Delia?

–Sí, es verdad. Pero dime, Dev.... Nikos..., ¿qué te he hecho para que me trates así? ¿Tienes tan pocos sentimientos como para dejarme así colgada sin darme una sola explicación?

–Es gracioso que tú digas eso.

Stephanie estaba harta de sus impertinencias. Había colmado ya su paciencia.

–Déjame pasar.

Comenzaba a sentir náuseas de nuevo.

–No deseo retenerte, pero, ya que te has tomado la molestia de llegar hasta aquí, no te dejaré ir hasta que me digas la verdad de todo. ¿Cómo supiste que me alojaría en aquel *resort* y no en otro? ¿De dónde sacaste esa información?

–No sé de qué me estás hablando. Hablas de mí como si fuera una mujer fatal o una espía, dispuesta a acostarme contigo para conseguir algo de ti.

–Esperabas quedarte embarazada de un hombre rico. ¿No era eso lo que pretendías? ¿Acaso tu último amante no estaba a la altura de tus ambiciones?

Ella estaba a punto de perder los nervios.

–Supongamos por un momento que tuvieras razón y ese fuera mi pecado. ¿Qué me dices de ti? Tú también te acostaste conmigo, ¿no?

–Sí, ¿y qué?

–Se diría que solo querías divertirte una noche y luego desparecer sin más. Ahora que estoy aquí, pareces disgustado y arrepentido de haber estado conmigo.

–Tú, en cambio, no lo pareces. ¿Quién te habló de mi familia y de mí?

–¡Nadie! Fui una estúpida viniendo a buscarte. Fue un error acostarme contigo. Me educaron para ser más sensata que todo eso, pero he aprendido la lección demasiado tarde. No me importa que me desprecies por haber venido a verte sin haberme invitado. Nunca podré olvidar los momentos tan maravillosos que pasé contigo. Ahora me voy, pero antes necesito usar tu cuarto de baño.

Estaba a punto de vomitar.

Capítulo 3

Stephanie entró en el baño.

Nikos apretó los dientes. Aquella semana en el Caribe con ella había sido inolvidable. ¡Y pensar que todo había sido una trampa deliberada!

Convencido de que lo había utilizado, tomó su bolso de la silla y lo vació sobre la cama, con la esperanza de encontrar algo que le diera una pista.

Había tres frascos de pastillas, un monedero, un móvil, una tarjeta de una habitación del hotel Persephone de Chios, un billete de avión y el pasaporte. Lo examinó todo detenidamente, pero no vio nada que le llamara la atención. Abrió su cartera, pero solo vio algunas fotos. En dos de ellas, aparecían los dos muy sonrientes. Las otras eran de sus amigas y de una mujer que debía de ser su madre. También encontró su tarjeta corporativa de Crystal River Water Tours.

Con una mueca de disgusto, abrió uno de los frascos. Contenía vitaminas. Lo olió un instante y luego vació también las pastillas sobre la cama. Examinó el segundo frasco. Eran también de vitaminas. De hierro. El tercer medicamento venía con una receta emitida por una farmacia de Florida. Estaba firmada por el doctor Verl Sanders. Era para las náuseas. La fecha indicaba que habían sido expedidas hacía solo dos días.

¡Estaba embarazada! Justo lo que su padre le había dado a entender...

Giró la cabeza hacia ella. Stephanie había vuelto del baño y estaba ahora sentada en la silla. Tenía la cara más pálida que nunca. No parecía la misma mujer llena de vida que había conocido en el Caribe.

–Por favor, Dev. Dame una de esas píldoras verdes con un poco de agua.

Ella insistía en seguir usando su nombre ficticio. Nikos tomó una de las pastillas, la agarró del brazo y la llevó al cuarto de baño. Vio que su bronceado de la playa había desaparecido.

–Tienes vasos en el dispensador –dijo él.

Stephanie tomó un vaso y abrió el grifo. Él le dio la pastilla y ella se la tragó con medio vaso de agua. Él se extrañó de ver el ansia con que tomaba la pastilla y del temblor de su mano. Parecía ahora mucho más vulnerable. Sintió despertar su instinto protector.

–¿Desde cuándo estás?

Ella soltó el vaso sorprendida. Sintió que le fallaban las piernas. Él la sujetó con más fuerza para evitar que se cayera. Sus miradas de cruzaron a través del espejo.

–Echa las cuentas.

Ese comentario tuvo la virtud de volver a enfurecerlo cuando estaba empezando a apaciguarse.

–¿De quién es el bebé?

–¿Cómo puedes preguntarme eso? –exclamó ella indignada–. No estuve con nadie más que contigo.

–Yo usaba protección, Stephanie.

–Eso fue lo que le dije al doctor Sanders. Pero me dijo que ninguna protección es completamente segura. Estoy de tres meses. Llámalo, si quieres. Él te lo confirmará. No sé cómo puedes pensar que haya podido estar con otro hombre después de los días tan felices que pasamos juntos. Pero, si te empeñas, te convencerás cuando el niño nazca. Bastará un simple test de ADN.

Nikos la miró a los ojos, tratando de encontrar algún rastro de falsedad en su mirada, pero no logró ver nada.

–Así que urdiste este plan con todo detalle para conseguir lo que buscabas, ¿eh? Y ahora vienes a recoger los frutos.

–¿De qué frutos hablas? –replicó ella fuera de sí–. Cuando me enviaste aquellas flores, me dejaste bien claro que lo nuestro había terminado. Pero pensé que incluso un donjuán como tú se merecía saber que iba a ser padre. Por eso decidí hacer lo correcto y venir en persona, con la esperanza de encontrar a Dev Harris. Pero, en su lugar, te encontré a ti. Un desconocido.

Tras sus acusadoras palabras, ella se soltó del brazo y corrió al dormitorio.

–Ahora que ya te he dado la noticia, tengo que tomar el barco de vuelta a Chios –añadió ella, volviendo a meter todas sus cosas en el bolso.

Pero él fue más rápido que ella y le sujetó la mano.

–Me temo que ya no vas a ir a ninguna parte. No habrá otro barco hasta mañana –replicó él, guardándose su móvil y su

pasaporte en un bolsillo de los pantalones.

–Nunca esperé nada de ti. Ahora me alegro de ello, porque no sé quién eres en realidad.

–Tampoco yo te conozco. Salvo en el sentido bíblico, claro. Vete si quieres. Pero no podrás regresar a Estados Unidos sin el pasaporte.

–¡No puedes retenerme aquí! –exclamó ella al borde de la histeria–. Tengo un trabajo esperándome y un apartamento que atender. Mi vuelo para Florida sale mañana por la mañana.

–Deberías haber pensado en eso antes de haber maquinado tu plan.

–Eres un egoísta presuntuoso. ¿Cuánto tiempo piensas retenerme?

–El que sea necesario, hasta que me digas la verdad.

Ella volvió a sentarse en el borde de la cama. Se sentía demasiado débil para tenerse en pie.

–Dev... Nos conocimos por pura casualidad cuando estaba con mis amigas de Crystal River.

–Sin embargo, te las arreglaste para localizarme aquí sin ninguna dificultad. Y ahora me dices que estás embarazada y que yo soy el padre de tu hijo. Los dos sabemos que ya estabas embarazada cuando me acosté contigo aquella noche. Si esperas engatusarme y entrar en mi vida con esa mentira, ya puedes ir haciéndote a la idea de que no vas a conseguir nada.

Ella apretó los puños y saltó de la cama como movida por un resorte.

–¡No quiero estar aquí un segundo más! ¡No puedo! Me esperan en mi trabajo. Mis amigas se preguntarán dónde estoy.

–Eso no es ningún problema. Puedes llamarlas para decirles que has sufrido un retraso.

–Dev...

–Soy Nikos, ¿recuerdas?

–Como quieras. Nikos, por favor, no me hagas esto. Necesito volver a Chios. Tengo todos mis objetos personales en el hotel.

–No te preocupes. Iremos allí en el yate y Yannis recogerá tus cosas.

–¿Yannis?

–Sí. Es un marinero que trabajaba para mi familia desde que yo era niño. Ahora trabaja para mí.

–¿Qué quieres decir con eso de que recogerá mis cosas?

–Cuando zarpemos de Chios, ya no volveremos a tocar tierra en dos semanas, por lo menos.

Stephanie dejó escapar un suspiro de contrariedad.

–Llama a mi ginecólogo de Florida. Él te informará de todas mis citas para que tengas la prueba que necesitas.

–Eso no demostrará nada. Podrías haberte acostado con otro hombre la noche antes de haber estado conmigo. Incluso con más de uno.

–No es posible que creas lo que estás diciendo. No ha habido nadie más que tú. Llama a Delia, si quieres. Ella te lo confirmará todo.

–¿Cuánto le pagaste para que me confirmara tus mentiras si la llamaba?

La cara de Stephanie se volvió blanca como la nieve. No podía más.

–Nikos... ¿Quién eres de verdad?

Él se pasó la mano por el pelo, preguntándose lo mismo. Después de vivir una infancia infernal con su padre y presenciar el desastroso matrimonio y posterior divorcio de Kon, había desarrollado una visión bastante cínica y pesimista de la vida.

–Alguien al que no le gusta que nadie se aproveche de él. Has sido muy inteligente tratando de convencerme de que me encontraste solo por tu tesón y perseverancia. Pero, por el momento, te quedarás conmigo en el *Diomedes*.

–Por favor no me hagas esto.

–No tienes que preocuparte por nada. Te dejaré que llames a tu jefe. Dile que te has visto obligada a quedarte en Grecia por razones de salud. Él lo comprenderá.

–Pero Nikos...

–Tampoco tienes que preocuparte por el apartamento. Estoy seguro de que tu amiga Melinda irá de vez en cuando a limpiarlo y a recogerte el correo. Solo debes preocuparte por ti. En el estado en que estás, tienes que cuidarte –dijo Nikos, poniéndose de nuevo la camiseta y las sandalias–. Por cierto, me gustaría saber quién te dijo que estaba en el yate. Nadie lo sabía, excepto mis padres.

–Conocí a una anciana mientras estaba esperando el barco –dijo ella con voz temblorosa–. Ella me dijo que este yate pertenecía a la familia Vassalos.

–Y aprovechaste para subir a bordo y echar un vistazo a ver si satisfacía todas tus expectativas, ¿verdad? A pesar de que te dijeron

que estaba fuera del país, aún seguiste buscando a alguien que apareciera en la cubierta para sonsacarle, ¿no es así?

–Temía que fingieras estar fuera si sabías que te estaba buscando. Era mi última esperanza de encontrarte.

–Así que fue de nuevo una mera casualidad que me encontrases aquí en el yate.

–Así es.

–Pues me temo que tu suerte ha acabado –dijo él, dirigiéndose a la puerta–. Adelante, sírvete tú misma. Hay de todo en la cocina. Acabamos de traer provisiones. Te encuentro mucho más pálida y débil que antes y eso no es nada bueno en tu estado actual.

–Tú tampoco tienes muy buen aspecto. Creo que has perdido peso. De hecho, parece que...

Ella se detuvo a mitad de la frase, sin atreverse a completarla.

–Parece ¿qué?

–Nada –replicó ella, desviando la mirada.

Él se había dado cuenta de que ella había visto el bastón y suponía lo que había querido decirle.

–No trates de subir a cubierta mientras estamos saliendo del puerto.

Nikos, cargado de adrenalina, se dirigió por el pasillo hacia la escalerilla. Se había esforzado demasiado sin la ayuda del bastón y sabía que podía pagarlo caro.

En efecto, cuando llegó a la cubierta, sintió un dolor agudo en la zona lumbar de la columna vertebral.

Capítulo 4

Stephanie sintió que el yate se ponía en movimiento.

¡Cielo santo! Nikos había cumplido su palabra. ¡Estaban saliendo del puerto y ella era su prisionera! Y no se trataba, ciertamente, de un enamorado raptando a su amada.

Sabía que no estaba tan atractiva como antes. Sus miradas de desprecio también habían contribuido a acentuar su palidez.

Él, en cambio, a pesar de su pérdida de peso y su inquietante conducta, había conservado su poderoso carisma masculino. Estaba aún más atractivo, si tal cosa era posible.

Estaba furiosa con él, pero sabía que su principal necesidad ahora era alimentarse. Tenía que cuidar de sí misma y del bebé.

Se dirigió a la cocina. El frigorífico estaba, como había dicho Dev, muy bien abastecido.

Después de comer, decidió subir a cubierta a tomar un poco el fresco, pero Yannis, un marinero de aspecto duro, de unos sesenta años, le impidió el paso al pie de la escotilla.

–Vuelva abajo, señorita Walsh.

–Deje que me quede aquí solo un rato a respirar un poco de aire fresco.

El sol había caído por debajo del horizonte.

–Nikos no quiere que suba aquí. Es por su seguridad. Le prometí que cuidaría de usted.

Comprendió que no habría forma de convencer a aquel perro guardián. Se dio la vuelta, volvió a bajar la escalerilla y regresó al dormitorio de Nikos.

No podía creer que fuera el mismo hombre del que se había enamorado locamente.

¿Qué estaría haciendo en aquel yate si no estaba trabajando en ese momento en Vassalos Shipping? ¿Por qué estaba siendo tan cruel y reservado con ella? Abrió el armario con la intención de encontrar respuesta a sus preguntas, pero lo único que encontró fue varias prendas de sport.

Salió de la habitación y se dirigió por el pasillo hacia la puerta

que había a la izquierda. Era otro dormitorio, con una cama de matrimonio y un cuarto de baño incorporado.

Probó en la puerta siguiente, pero estaba cerrada. Tal vez fuera el dormitorio del tripulante del yate. Yannis, recordó que se llamaba.

Echó una ojeada a la sala de enfrente. En un extremo, había un sofá, una mesa con un par de sillas y un equipo de música. El otro extremo era una especie de estudio. Tenía un ordenador con todos sus periféricos asociados. Sobre el escritorio, encontró unos mapas y cartas de navegación escritos en griego. Temerosa de que la descubrieran fisgoneando, dejó todo como estaba y se dirigió de nuevo al dormitorio.

Una vez dentro, cerró la puerta y se apoyó en ella con el corazón palpitante, mientras trataba de encontrar sentido a todo.

Cuando se tranquilizó, se sintió tan agotada que decidió echarse en la cama. Cerró los ojos, tratando desesperadamente de encajar las piezas inconexas que tenía ante sí. El hombre de la recepción le había dicho que *kyrie* Vassalos estaba fuera del país. Sin embargo, era evidente que Nikos llevaba viviendo en aquel yate desde hacía algún tiempo. ¿Por qué le había mentido?

Por más que lo pensaba, no acertaba a encontrar la respuesta. Se quedó dormida.

Cuando se despertó, vio que seguían navegando, pero comprobó, con sorpresa, que Nikos le había echado una manta por encima. ¿Cuánto tiempo habría estado durmiendo?

Su reloj marcaba las once de la noche. Hora local griega.

Al bajarse de la cama, se dio cuenta de que él la había descalzado. Vio su maleta al pie de la cama. Eso significaba que ya habían pasado por Chios y que él se había hecho cargo del equipaje que había dejado en el hotel y además había pagado la factura.

Comenzó a temblar. Nadie sabía ahora dónde estaba. Estaba siendo retenida contra su voluntad en medio del mar Egeo por un hombre que empezaba a ser un completo desconocido para ella.

Se puso las sandalias, salió de la habitación y se dirigió por el pasillo hasta la escalerilla. No vio a nadie en la cubierta. Se acercó a la barandilla y miró a su alrededor. Era ya noche cerrada.

En la distancia, podía ver las luces parpadeantes de alguna ciudad lejana. Aunque la vista era hermosa, se estremeció al pensar en el peligro que podía correr en aquel barco. Y en aguas griegas, nada menos...

¿No decía acaso la mitología griega que Pandora había sido la primera mujer sobre la tierra? Zeus le había dado una hermosa caja que no debía abrir bajo ningún concepto. Pero, llevada por su curiosidad, ella la había abierto, dejando escapar todos los males que tenía dentro. Como castigo a su desobediencia, sufriría eternamente las iras del dios.

Stephanie se estremeció al recordar el mito. Ella había destapado también una caja que no debería haber abierto. Lo había hecho con la intención de encontrar al padre de su hijo, pero ahora podría tener graves consecuencias para ella, provocando la ira de Nikos, su dios griego.

–Se suponía que no debías subir aquí.

Stephanie dejó escapar un grito al oír la voz profunda de Nikos. Giró la cabeza hacia él. La brisa cálida de la noche aplastaba su camiseta, marcando la musculatura de su pecho. Su pelo negro y ondulado se agitaba al viento. Su belleza masculina la cautivó, a pesar de su expresión hostil.

–Te estaba buscando.

–Es peligroso andar por aquí a estas horas de la noche. Tienes suerte de que no haya dejado puesto el sistema de seguridad. Te habrías dado el susto de tu vida con el sonido de la alarma.

Ella se agarró con fuerza a la barandilla.

–Estoy acostumbrada a estar en los barcos.

–Vuelve abajo. Ahora mismo –dijo él con voz de mando.

El tono de Nikos era demasiado sombrío y siniestro para atreverse a desafiarlo. Respiró hondo, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la escalera. Sintió sus pasos siguiéndola mientras bajaba en dirección al dormitorio.

Cuando estuvo dentro, se volvió para mirarlo.

–¿Estaba conectada la alarma esta tarde cuando estaba buscando a algún miembro de la tripulación?

–Sí. Esta parte del puerto es de mi familia, pero siempre hay gente dispuesta a no respetar la propiedad privada. Me sorprende que no intentaras subir al *Diomedes* sin permiso. En el Caribe, vi lo mucho que te gustaba la aventura. De hecho, lo has demostrado viniendo a buscarme sin importarte los riesgos ni las posibles consecuencias.

–Estaba en una misión sagrada –dijo ella, alzando la barbilla.

–¿Sagrada? ¡Qué expresión tan curiosa!

–No lo entenderías –respondió ella, tratando de contener las

lágrimas.

–Inténtalo.

–No vale la pena. Te burlarías de mí.

–Estás poniendo a prueba mi paciencia y me queda ya muy poca –dijo él con acritud.

Nikos se apoyó contra la puerta en una postura que a ella empezaba a resultarle familiar, pero que no comprendía por qué la hacía con tanta asiduidad.

–Estoy esperando –insistió él.

–Cuando estábamos en el Caribe, me preguntaste por mi padre. Te dije que mi madre y él nunca llegaron a casarse y que ella tuvo que criarme sola. Pero nunca te conté los detalles.

–¿Por qué?

Ella se sentó en el borde de la cama.

–Porque me resulta muy doloroso hablar de ello y porque apenas te conocía. Con el tiempo, te lo hubiera dicho todo, pero nos faltó tiempo –dijo ella con voz temblorosa.

–Sí, te faltó tiempo. Debió ser un golpe muy duro para ti ver como se desmoronaban tus planes tan cuidadosamente trazados.

–Yo no tenía ningún plan, Nikos. No sé por qué no quieres creerme. Dices que quieres respuestas y estoy tratando de dártelas. Mi madre conoció a mi padre esquiando en Colorado durante unas vacaciones de invierno. Pasaron juntos una semana maravillosa, hasta que él le dijo que tenía que marcharse, pero que iría a Crystal River a verla. Ella trabajaba en el hospital. Podría haberla localizado fácilmente si hubiera querido, pero nunca la llamó ni fue a buscarla. Mi madre tenía su orgullo y esperó en vano a que él se pusiera en contacto con ella.

Nikos miró a Stephanie con cara de escepticismo.

–Si ella sabía donde él vivía, ¿por qué no fue a buscarlo?

–Cuando yo nací, estaba tan avergonzada de lo que había hecho que se prometió que yo nunca sabría su nombre ni su paradero. Sentía que él no se merecía saber que era mi padre. Me llevó a una guardería y me eduqué con la ayuda de mis abuelos hasta que murieron.

Stephanie se puso de pie para intentar tragar el nudo que tenía en la garganta.

–Desde que me dejaste en el *resort,* comencé a tener una visión más clara de lo que mi madre debió pasar y del sufrimiento que debió acompañarla toda su vida. Pero olvidó una cosa. No se dio

cuenta de lo importante que era para mí saber quién era mi padre. Mi madre me robó eso. Fue la única cosa en la vida que le reproché. Yo la amaba. Aunque fue la mejor madre del mundo, me costó perdonarla por eso. Sin embargo, al final, lo hice. Pero su silencio me dejó algunas cicatrices, porque llevo también la carne y la sangre de mi padre. Cuando ella murió, su secreto murió con ella, dejándome la duda y la angustia de no saber nunca quién fue mi padre ni otras muchas cosas. ¿Tendré abuelos aún con vida? ¿Tendré algún hermanastro o hermanastra? ¿Le gustarán a mi padre las mismas cosas que a mí? ¿Me pareceré a él? Todas esas son preguntas para las que no tengo respuesta. Y, desgraciadamente, nunca las tendré... No quiero que la historia de mi madre se repita conmigo.

Echó la cabeza hacia atrás, con aire pensativo.

–No lo podía creer cuando el médico me dijo que estaba embarazada. Dijo que un buen preservativo casi nunca falla, pero que puede deslizarse. Eso fue lo que debió pasar en nuestro caso.

Nikos permanecía callado. Su semblante se había ido tornando cada vez más sombrío.

–Lo creas o no –siguió diciendo ella–, lo primero que pensé cuando me enteré del embarazo no fue en ti ni en tu dinero, sino en la vida que habíamos creado. Sentí una gran alegría al saber que iba a ser madre. Pero tengo que decirte también que te maldije a ti y a mí misma por la debilidad que nos llevó a tener un momento de placer sin tener ningún tipo de compromiso. Los dos fuimos muy egoístas, Nikos.

–Tienes razón –admitió él, en tono de arrepentimiento.

–No te odio por lo que hiciste, marchándote sin despedirte de mí personalmente. Asumí un riesgo contigo. Pero éramos una pareja en ese momento. Por eso, hice todo lo que estuvo en mi mano para encontrarte y que supieras que ibas a ser padre. No sería sincera si no admitiera que deseaba estar contigo cuando nos conocimos en el Caribe. Eso nunca he tratado de negarlo. Fueron unos días maravillosos que siempre recordaré. Esa es la razón por la que no quiero ensuciar algo que fue tan hermoso para mí en aquel momento, aunque fuera ilícito. Aunque sigo sin saber si estás casado y si tienes esposa e hijos.

–No –respondió él con acento melancólico.

–Me alegro de no tener que llevar también ese peso encima. Me has acusado de venir en busca de la fortuna de tu familia. Déjame

decirte que no te pediría dinero ni lo aceptaría aunque me lo ofrecieses. Lo que hubo entre nosotros no fue amor. No podría haberlo sido, dado que estaba basado en una mentira.

Stephanie vio como las facciones de Nikos se endurecían.

–No me debes nada, Nikos, pero tienes todo el derecho a saber que vamos a tener un hijo. Cuando el bebé nazca, tengo la intención de darle el apellido Walsh. Pero me gustaría poder decirle a nuestro hijo o a nuestra hija cuál es tu verdadero nombre, que no te llamas Dev Harris y que perteneces a una familia acomodada de Egnoussa, Grecia, y no de Nueva York. Por eso, hice todo lo posible para encontrarte y conocer tu verdadera identidad. Pero todo lo he hecho por nuestro hijo. Él no se merece tener unos padres tan egoístas.

–Es muy noble que asumas parte de la culpa –dijo él, con un tono sarcástico que dejaba sin valor cualquier posible sentimiento.

–Cuando descienda de este yate tan lujoso, volveré a Crystal River sabiendo que he hecho lo que debía por mi bebé. Un día, cuando nuestro hijo me lo pregunte, le contaré todo lo que sé de ti y le hablaré de aquellos diez días que pasamos juntos. Fueron los más felices de toda mi vida. Le agradará saber cómo fueron sus comienzos. Todo ser humano necesita saber quién es y de dónde viene. Y si fue un hijo deseado. Quiero que nuestro hijo sepa que fue deseado desde el primer instante que supe que estaba embarazada. Cuando sea mayor, le corresponderá decidir si quiere conocerte o no. Yo no intervendré para nada en su decisión. Ahora, si me disculpas, necesito ir al baño otra vez. Después me iré a la cama. ¿Dónde quieres que duerma?

–Tu dormitorio es la primera puerta del pasillo a la izquierda. Te lo enseñaré. Tienes tu propio cuarto de baño. Puedes ir ahora allí si quieres.

Nikos tomó la maleta y la llevó a la habitación de invitados que ella había visto antes.

–Que pases una buena noche. Parece que lo necesitas –dijo él.

Stephanie se sintió desolada ante aquel comentario tan poco halagador.

Nikos había dicho a Yannis que echara el ancla frente a la isla de Oinousses por la noche. Temeroso de tener una de sus pesadillas en la habitación y de que Stephanie pudiera oírlo, había decidido

dormir en la cubierta, bajo las estrellas.

Se echó en una tumbona y se tapó con una manta.

Todo estaba en silencio. Solo se oía el agitado latido de su corazón.

Las horas que quedaban hasta el amanecer iban a ser un verdadero tormento, recordando todo lo que Stephanie le había dicho.

No había dudado en gastar su dinero y su salud para localizarlo y decirle que iba a ser el padre de su bebé. Eso le llevaba a creer que debía de haberle dicho la verdad. De otro modo, habría acudido al otro hombre con el que había estado antes. Si es que lo había.

Pero, en todo caso, no tenía una prueba de su paternidad. Solo un análisis de sangre después del nacimiento del bebé podría probar quién era el verdadero padre.

Se debatía en un mar de dudas.

Cerró los ojos, tratando de concentrarse en sus pensamientos. Kon se había enfrentado a una situación similar antes de alistarse en el ejército. Había perdido la cabeza con una joven francesa de diecinueve años que había conocido en Córcega en unas vacaciones. Sin embargo, antes de regresar a casa, había comprendido que no estaba enamorado de ella y había roto su relación.

Pero, un mes después, ella había aparecido con un test de embarazo, alegando que él era el padre de su bebé. Kon asumió la responsabilidad y se casó con ella de incógnito en una iglesia local. Nikos fue uno de los testigos. Los padres de Kon acabaron aceptándola en la familia y vivieron con ellos hasta que Kon encontrara un lugar donde vivir con su esposa.

Pero, al cabo de dos meses, se dio cuenta de que ella le había mentido y que no había ningún bebé. Ella acabó confesando que todo había sido una invención suya porque lo amaba y no quería perderlo. Kon se sintió traicionado y acabó divorciándose de ella. Pero el divorcio supuso un alto coste para él, no solo económico, sino emocional. Nikos le ayudó a superarlo.

Después de la amarga experiencia de su amigo, Nikos no podía dejar de pensar en la posibilidad de que Stephanie le estuviera mintiendo también. Era una situación angustiosa. No sabía qué creer. Podía hacer el amor con ella para tratar de averiguar si estaba realmente embarazada. Pero no lo veía viable en ese momento por muchas razones. Podía también telefonear a su médico. Pero, de alguna manera, esa idea le repugnaba.

Lo único que podía hacer era esperar a que se hicieran más patentes los signos físicos de su embarazo. Para eso, tendría que tenerla cerca durante un tiempo.

Cuando pensó en su primer encuentro, recordó que él había sido el que se había acercado a ella, para proponerle ser su compañero de inmersión durante las vacaciones. Ella puso algunas objeciones, pero acabó aceptando, pues adoraba el deporte y las normas no permitían bucear sin un compañero.

Habían disfrutado bajo el mar, descubriendo la belleza y las maravillas del mundo submarino en cada una de sus cuevas y oquedades. Él se había quedado cautivado por su naturalidad y simpatía y la había invitado a cenar. Ella había rechazado la primera invitación, pero no la segunda.

Fue así como él se enteró de que había crecido en la Nature Coast de Florida y había aprendido a bucear desde muy niña con su madre. Después de graduarse en la universidad, se había ido a trabajar a una agencia de viajes y llevaba a los turistas a verla nadar y bucear con los delfines. Eso explicaba su destreza bajo el agua.

Si él era realmente el padre de su bebé, su embarazo sería una autentica bendición. Después de la explosión, se había quedado estéril. No podía tener ya ninguna esperanza de tener un hijo.

Sin embargo, esa bendición podría convertirse en una maldición si ella le estaba engañando.

Pero ¿y si, efectivamente, él era el padre...?

¡Un bebé con la sangre de los Vassalos podía estar creciendo ahora en el vientre de Stephanie!

¡El único hijo o hija que él tendría!

Esa idea le daba vueltas en la cabeza una y otra vez.

Se levantó de la tumbona y se acercó a la barandilla. La luz de la luna se reflejaba en el agua. Durante su formación como miembro de los SEAL, había aprendido a tener controlado todo su radio de acción antes de entrar en combate. Ahora Stephanie era el objetivo. Por desgracia, él había plantado, entre ellos, un campo de minas que podía destruirlos si no andaba con cuidado.

Si sus sospechas eran ciertas y ella tenía bien calculado cada movimiento con el fin de atraparlo, tendría que maniobrar con la precisión de un microcirujano, mientras esperaba poder confirmar su embarazo y efectuar luego las pruebas de ADN.

Pero ¿cómo iba a reconciliarse con ella si se había equivocado?

La había acusado de ser una farsante, cuando él había sido el que peor se había portado. No solo la había abandonado en la isla sin darle una explicación sincera, sino que, ni siquiera, había tratado de ponerse en contacto con ella durante su estancia en el hospital.

Cuando su padre le había enseñado aquellas fotos, se había dejado llevar por sus sospechas, pensando que ella iba detrás de su dinero. Como venganza, la había tratado de manera cruel y abominable.

Dejó escapar un suspiro. ¿Podía ser un buen padre un hombre como él, que había pensado lo peor de una mujer que lo amaba, solo por un rumor?

Las palabras de Stephanie resonaban aún en sus oídos: «Lo que hubo entre nosotros no fue amor».

Pero ¿y si ella realmente lo amaba y solo había dicho eso por despecho? ¿Por qué, si no, había sido capaz de afrontar tantas adversidades para encontrarlo?

Por el bien de ambos, debía descubrir la verdad. De lo contrario, estaría repitiendo la historia de su padre. Hasta que tuviera la prueba concluyente, lo mejor sería creer su historia.

Cuando el sol comenzó a despuntar por el horizonte, ya tenía su plan trazado. Primero se daría una ducha y luego iría a preparar el desayuno para los dos. O para los tres...

Stephanie se despertó al oír un golpe en la puerta del dormitorio. Eran las ocho y diez. Había dormido profundamente. Tal vez, gracias al suave balanceo del barco. Aunque ahora parecía haber cesado.

–¿Sí?

–Tienes el desayuno preparado en el cuarto de estar.

Stephanie se quedó sorprendida al oír la voz de Nikos. La noche anterior le había dicho que se preparase su propia comida. Sin embargo, ahora estaba mucho más amable. Eso era una buena señal. Tenía que regresar a casa ese día y no podría hacerlo sin su colaboración.

–Gracias. Iré en seguida.

Se tomó sus pastillas con el vaso de agua que había dejado en la mesita, entró en el cuarto de baño y se duchó rápidamente. Luego se cepilló el pelo y se lo dejó suelto. Tras darse un poco de colorete

y brillo de labios, se sintió lista para enfrentarse con Nikos.

No había llevado casi equipaje. Solo algo de ropa interior y una blusa de color azul ahumado, que era la que se había puesto ahora con unos pantalones caqui. Tendría que comprar algo de ropa premamá cuando regresase a Florida.

Estaba preparada para sobrellevar ella sola todo el embarazo. Ya no se sentía tan angustiada, después de haber encontrado al padre de su bebé y de conocer su verdadera identidad.

Se puso las sandalias, salió de la habitación y cruzó el pasillo hasta el cuarto donde Nikos la estaba esperando. Él se puso de pie cuando ella entró. Stephanie detectó el aroma del jabón que él había usado en la ducha. Sintió algo muy especial, pero trató de disimularlo.

–¡Vaya desayuno tan fabuloso que has preparado! –exclamó ella con una sonrisa–. Pero podríamos haber comido en la cocina. Te habrías ahorrado muchas molestias.

Nikos había hecho también café, pero ella sería incapaz de tomarlo en su estado.

–Es verdad. Pero eres mi invitada y pensé que aquí estarías más cómoda.

–¿Invitada? Una prisionera querrás decir.

–Esperemos que haya algo aquí que te pueda retener –replicó él, ayudándola a sentarse en la silla y tomando luego asiento frente a ella.

–Esos bollos y esa fruta tienen muy buen aspecto.

Igual que él, pensó ella. Estaba recién afeitado y llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa blanca. Estaba tan atractivo que casi era un pecado mirarlo.

Él no apartaba de ella sus ojos negros de azabache mientras comía unos huevos.

–Ahora llevas el pelo un poco más largo.

–Tú también –replicó ella, sin atreverse a decir que le gustaba más así.

Nikos probó con deleite su taza de café.

–¿Qué te dijo el médico sobre lo de practicar la natación y el buceo durante el embarazo?

–Me dijo que puedo nadar sin excesos, pero que el buceo puede poner en riesgo al feto. ¿Por qué lo preguntas?

–Por tu trabajo. Estando embarazada, no podrás nadar con los delfines como hasta ahora.

Ella se puso a comer un plátano.

–Tienes razón. Tendré que hablar con mi jefe sobre eso cuando vuelva. A propósito, ¿cuándo tienes pensado llevarme a Chios para que pueda tomar mi vuelo de regreso?

–Eso depende –respondió él, mordiendo una jugosa ciruela.

–¿De qué?

Él se acabó la ciruela y se recostó en la silla, mirándola detenidamente.

–Tengo una proposición que hacerte.

–No me interesa.

–¿No me digas que no sientes curiosidad, después de todas las molestias que te has tomado para encontrarme?

–Mi curiosidad murió cuando perdí a Dev. Tú eres su lado oscuro, un completo desconocido para mí. No tengo el menor deseo de escuchar nada de lo que puedas decirme, excepto saber cuándo vas a dejar que me vaya.

–Está bien. Me has convencido de que eras solo una inocente turista de vacaciones por el Caribe. Asumo toda la responsabilidad. Te encontré muy atractiva y traté de acercarme a ti. Ahora que estás embarazada, lo justo es que me haga cargo de ti y del bebé que llevas.

¿Por qué le decía eso ahora?, se preguntó ella, desgarrada de dolor.

–Te lo diré por última vez, no quiero tu dinero, solo mi libertad.

–La tendrás en su momento, si es eso lo que quieres. Para eso están los divorcios, ¿no?

–¿De qué estás hablando? –exclamó ella, levantándose bruscamente de la silla.

–De nuestro matrimonio, por supuesto. Has hecho un largo viaje desde Florida para decirme que voy a ser padre. Quiero que mi nombre figure junto al tuyo en el certificado de nacimiento de nuestro hijo. Para un griego, eso significa mucho.

–¿Desde cuándo?

–Desde que supe que nunca llegaste a conocer a tu padre. Ni siquiera su nombre. Comprendo lo terrible que ha debido de ser para ti. Por eso, es vital que el bebé lleve mi apellido y pueda ocupar así el lugar que le corresponde.

Stephanie se sintió mareada y se agarró al respaldo de la silla.

–Tú no deseas casarte conmigo.

–Te equivocas –dijo él, poniéndose de pie–. Es lo único en lo que

he estado pensando toda la noche.

–¿Por qué?

–Porque este bebé es algo muy valioso para mí.

–Anoche cuestionabas que fuera tuyo –replicó ella indignada.

–Anoche no podía creer que hubiera sucedido este milagro.

–¿De qué milagro hablas?

–Han ocurrido muchas cosas desde la última vez que nos vimos. Tuve un accidente en un barco. Sufrí una lesión medular y estuve ingresado varias semanas en un hospital.

Stephanie se mordió el labio inferior, abatida por la noticia.

–Sabía que te ocurría algo. Perdías el equilibrio a veces. Me di cuenta cuando me sujetaste.

–Afortunadamente, ya estoy mucho mejor. Solo necesito usar el bastón cuando estoy cansado. Pero ya no soy el mismo hombre de antes y nunca lo seré. El accidente me ha ocasionado otros daños de los que, tal vez, nunca pueda recuperarme.

–¿A qué daños te refieres? –preguntó ella, temerosa de oír la respuesta.

–En primer lugar, la lesión me ha dejado estéril.

Ella dejó escapar un leve gemido. Sabía lo terrible que eso debía de ser para un hombre como él.

–Supongo que será solo algo temporal, ¿no?

–No. Es permanente –respondió él con la voz quebrada.

Stephanie se llevó la mano a la boca para ahogar un grito de dolor.

–Lo siento mucho, Nikos. No sé qué decir.

–Tal vez ahora comprendas por qué tu presencia aquí para decirme que estabas embarazada me trastornó tanto. Después de haberme resignado a no poder tener hijos, tenía miedo de que pudieras estar engañándome, creándome falsas esperanzas.

Stephanie sintió que le faltaba el aire de los pulmones mientras trataba de asimilar sus palabras.

–Y, por si fuera poco, mi mejor amigo murió en el accidente –añadió él.

–¿Kon Gregerov?

Nikos asintió con gravedad.

–¡Oh, no! –exclamó ella sin poder contener las lágrimas.

Él le había hablado varias veces de su amigo mientras habían estado buceando. Le había dicho que era como un hermano para él.

Después de una trauma así, no era de extrañar que hubiera

cambiado de forma tan radical. La vida le había golpeado duramente.

–Ahora que ya sabes toda la verdad sobre mí, aquí está mi proposición. Quiero casarme contigo. Nos quedaremos a vivir aquí. Eso significa que tendrás que renunciar a tu trabajo. Puedes vender o alquilar tu apartamento y dejar el coche y los muebles en un almacén, por el momento. Es la única manera de protegeros a ti y al bebé. No habría sido justo contigo si no te hubiera dicho que no puedo darte más hijos. Hay millones de hombres en el mundo que pueden dártelos. Tienes que pensar en eso antes de comprometerte legalmente conmigo.

Stephanie se quedó pensativa. Aunque sabía que Nikos no estaba enamorado de ella, tenía que reconocer que había sido muy sincero en todo momento. Saber que el único hijo que podría tener en su vida estaba ya en camino podría darle una razón para seguir viviendo.

Pero no tenía muy clara la conveniencia de ese matrimonio. Sabía tan poco de él...

–¿Nikos? –dijo ella, limpiándose las lágrimas con la mano–. ¿En qué trabajas?

–Trabajaba en la empresa de transportes de la familia. Ahora estoy tratando de montar un negocio con el hermano mayor de Kon.

–¿Cómo se llama?

–Tassos. Es también un buen amigo. Está casado y tiene un hijo.

–¿Tiene algo que ver ese nuevo negocio con los barcos?

–No. Estamos planeando perforar en busca de gas natural en esta parte del Egeo. Pero no tienes que preocuparte. Podré atenderte como es debido –dijo él sonriendo.

–No seas tonto. Eso nunca me ha preocupado –replicó ella algo ruborizada–. ¿Nikos? ¿Has estado casado alguna vez?

–No, aunque mi familia me tiene adjudicado una novia desde hace años.

–Supongo que se tratará de una mujer griega bella y rica, de una buena familia y de tu misma clase social. ¿Pensabas casarte con ella antes de que yo apareciera por aquí?

–No. Natasa desea tener hijos. Y eso es lo único que no puedo darle.

Ella, en cambio, sí le había dado uno, su único hijo, se dijo Stephanie llena de gozo, a pesar de que sabía que él no estaba enamorado de ella.

–Cuando se entere de que vamos a casarnos, tendrá que desengañarse –añadió él.

Stephanie miró a Nikos fijamente. No había contestado a su pregunta, pero no importaba. Había otra mujer esperándolo. Una mujer que gozaba de la aprobación de su familia. Eso explicaba por qué nunca había llegado a establecer ningún compromiso serio con ella en la isla.

–Nikos, si aceptara casarme contigo, me gustaría una boda sencilla.

–Creo que en eso estamos de acuerdo. Será un boda íntima. Yannis y la familia Gregerov actuarán como testigos.

–¿Ni siquiera invitarás a tus padres? –preguntó ella sorprendida.

–A ellos, menos que a nadie. Mi padre y yo no nos llevamos bien desde hace mucho tiempo.

–¿Tampoco con tu madre?

–Digamos que ella es fiel a mi padre y se pone de su parte en casi todo a fin de que reine en casa la armonía.

–Lo siento, Nikos.

–También yo siento que hayas tenido que vivir con el daño que tu madre te ha infligido, aunque ella lo hiciera pensando que estaba haciendo lo correcto. Mi padre acostumbra a justificar así también sus decisiones, sin tener en cuenta el daño que puede hacer. En ese aspecto, tú y yo hemos tenido una experiencia parecida. Después de casarnos, iremos a hacerles una visita para presentarte como mi esposa. Se les pasará el enfado cuando el bebé nazca. Mis padres están deseando tener nietos.

–¿Saben ellos que te quedaste es... estéril después del accidente? –dijo ella, tartamudeando.

–No. Para ellos, los niños son lo más importante. No quiero que lo sepan.

–¿Qué crees que pensarán de mí cuando me vean? Me temo que les extrañará que hayas elegido por esposa a una mujer americana embarazada y sin padre conocido.

–Llevas un Vassalos en tu seno. Eso te convierte en la mujer más importante del mundo.

El bebé era también un Walsh, pensó Stephanie. Pero Nikos tenía su orgullo y ella sabía lo importante que eso era para él.

–Antes mencionaste algo sobre un divorcio –dijo ella, mirándolo de soslayo.

–Nadie sabe lo que el futuro podrá depararnos después de que

nuestro hijo nazca.

–¿Quieres decir que tal vez ya no quieras vivir conmigo bajo el mismo techo?

–Si no recuerdo mal, tú fuiste la que dijo que lo que hubo entre nosotros durante las vacaciones no fue amor. Yo solo estoy tratando de cubrir cualquier contingencia. Así no habrá luego más sorpresas. Creo que ya hemos tenido bastantes. Ahora, lo que debemos hacer es sentar las bases para que lo nuestro funcione.

Un planteamiento lleno de pragmatismo, se dijo ella.

–¿Dónde viviremos?

–Prefiero seguir en el yate por el momento. Así podré trabajar mejor con Tassos, Atracaremos en varios puertos para que puedas bajar a ver algún sitio que te guste. Más adelante, compraremos una villa en la isla de Oinousses, cerca de la de los Gregerov, donde puedas poner un cuarto para el niño. Tanto Elianna, la esposa de Tassos, como Ariadne, su hermana menor, han tenido un bebé recientemente y hablan inglés. Son muy amables. Te gustarán, ya lo verás.

–Estoy segura de ello.

El problema era que ella no hablaba nada de griego ni estaba segura de comprender lo que estaba pasando. El día anterior, no sabía si Dev estaría en Egnoussa. Por la noche, Dev Harris se había convertido en Nikos Vassalos. Y ahora acaba de proponerle que se casase con él. Pero él no era el hombre del que se había enamorado durante las vacaciones.

Desgraciadamente, aquellos días tan felices con Dev ya nunca volverían. Pero no podía permitirse el lujo de echarse a llorar. Era Nikos, y no Dev, el que le había propuesto casarse con ella y debía aceptar por el bien de su hijo. Así tendría un apellido legítimo y una herencia.

–¿Alguna otra pregunta?

–¿Hay algo más que no me hayas contado? –replicó ella.

–Te lo contaré solo si aceptas casarte conmigo. Pero si lo prefieres puedo buscarte un sitio en Oinousses. Serías mi compañera de almohada y te mantendría. Así podría verte a menudo y estar contigo cuando el niño nazca.

Stephanie no podía creer lo que estaba oyendo. Aquella expresión de «compañera de almohada» debía de ser parte del vocabulario griego. Creía haberla oído antes. Una mujer que vivía feliz sin reclamar nada al hombre que la mantenía, hasta que él se

cansaba de ella y la despedía.

No podía imaginar nada más horrible.

–Tienes que elegir, Stephanie. Una cosa u otra. Bajo ninguna circunstancia, voy a permitir que te vayas ahora de Grecia.

Nikos lo había dejado bien claro. Su bebé era doblemente valioso para él.

Ella había ido a Grecia para encontrar al padre de su hijo, pero nada había salido como había esperado. El suyo sería un matrimonio sin amor.

–¿Cuándo tienes pensado que nos casemos?

–Mañana.

–¿Tan pronto? ¿No hace falta ningún trámite previo?

–Con los contactos que yo tengo, no.

–¿Dónde tendrá lugar la boda?

–En una pequeña iglesia de Oinousses. El padre Kerykes, el cura del pueblo, oficiará la ceremonia. Es el mismo que casó a Kon. Es de toda confianza y muy discreto.

Stephanie se humedeció los labios. Al menos, se dirían los votos en un lugar santo.

–¿Qué decides, Stephanie?

–Acepto, por el bien de nuestro hijo, para que pueda llevar tu apellido.

–En ese caso, sígueme. Tengo algo que enseñarte.

Salieron del cuarto y Nikos la llevó por el pasillo hasta la puerta que ella había visto cerrada. Abrió con una llave. Era otro dormitorio con dos camas individuales.

–Puedes mirar en el armario.

Stephanie se acercó y abrió las dos puertas. A un lado, había dos uniformes militares de gala colgados. Uno era blanco y el otro azul marino con botones y galones dorados. Junto a ellos, había un par de muletas.

Cuando miró al otro lado, se sorprendió al descubrir media docena de rifles y un traje negro de neopreno especial para bucear, junto con diversos objetos de uso militar.

–¿Qué significa esto? –preguntó ella, volviéndose hacia él–. ¿Es tuyo todo esto? Pensé que me habías dicho que trabajabas en la empresa de tu padre.

–Lo hice hasta los veintidós años. Pero luego, cuando Kon se divorció, decidimos unirnos a la marina griega, para disgusto de mi padre. Estuvimos allí diez años, aunque en los últimos cinco

estuvimos destacados en la Navy SEAL, haciendo operaciones especiales para el gobierno. Mientras estaba contigo de vacaciones, la unidad me llamó para intervenir en una misión de alto secreto. Tuve que salir de inmediato. Tenía prohibido revelar mi identidad, así que te dejé aquella nota. Era todo lo que podía hacer.

Stephanie, aturdida, se dejó caer en una de las camas.

–Dos días después, el enemigo atacó a nuestro grupo de demolición submarina. Bombardearon al buque pesquero que utilizábamos para la vigilancia. Tras la detonación, algunos consiguieron salir nadando. Kon murió en la explosión. Yo me quedé inconsciente. Habría muerto si no me hubieran sacado del agua y trasladado a un hospital.

–Nikos...

–Al principio, me dijeron que me quedaría parapléjico de cintura para abajo, pero, afortunadamente, fui recuperando poco a poco la movilidad en las piernas.

–¡Gracias a Dios! –susurró ella con voz temblorosa.

–Debería haber muerto allí también con él –dijo Nikos con un tono de desesperación.

–Pero no fue así, y debes creer que había una buena razón para ello.

–Si puedes hacerme creer eso, es que eres una santa –replicó él con una sonrisa de amargura.

–Kon no dejó ningún niño huérfano, pero tú lo habrías dejado. Piensa en que no has quedado paralítico. De lo contrario, tu hijo crecería viéndote a todas horas en una silla de ruedas. Eres un hombre afortunado, Nikos. Un veterano, un héroe de guerra. Eso será motivo de orgullo para nuestro hijo. Por él, tienes que luchar para recuperarte. ¿Te está tratando algún médico?

–Sí.

–¿Haces ejercicios?

–Yannis me ayuda a hacer algunos ejercicios de rehabilitación en la cubierta.

–Yo te puedo ayudar también.

–No será necesario. Ahora que vas a ser mi esposa, quería que supieras todo sobre mi pasado, pero no quiero que volvamos a hablar nunca más de esto.

Nikos cerró las puertas del armario y sacó el móvil del bolsillo.

–Antes de hacer cualquier plan, quiero que hables con tu jefe y le digas que no puedes volver a trabajar en la agencia. Iré a la

cocina mientras hablas con él. Ve a buscarme allí cuando hayas terminado. Si no estoy en la cocina, estaré en el cuarto de estar.

Ella tomó el móvil y se puso de pie con el corazón en un puño.

–¿Nikos?

–¿Qué? –respondió él, desde la puerta, mirándola con ojos penetrantes.

Stephanie vio su mirada intimidante y no se atrevió a formularle la pregunta que pensaba hacerle. Tampoco importaba. Sabía que tenía la respuesta a lo que hubiera sido de su relación si él no se hubiera visto obligado a abandonar la isla para ir a aquella misión secreta.

Habría hecho lo mismo que su padre cuando dejó a su madre. Se habría despedido de ella con la misma mentira, prometiéndole que volvería a verla, y eso habría sido el final de todo.

Capítulo 5

Cuando Nikos llevó los platos a la cocina, encontró a Yannis desayunando.

–¿Qué planes tienes para hoy, Nikos?

–Cuando termines de desayunar, levaremos anclas y pondremos rumbo a Oinousses. Una vez que hayamos atracado, no te necesitaré hasta mañana. Podrás pasar el día con Maria.

Maria era la compañera sentimental de Yannis. Era viuda como él y tenía una pequeña tienda.

–Se alegrará mucho.

–¿Y tú no, truhán? –dijo Nikos, bromeando.

Yannis lo miró fijamente.

–¿Pasa algo? Pareces otro. Ya no tienes la misma cara de funeral que antes.

–Me voy a casar mañana con *kyria* Walsh en la iglesia de Agios Dionisios. Eso es lo que pasa. Y tengo que hacer los preparativos.

Yannis miró a su amigo con cara de sorpresa.

–¿Vas a casarte? ¿Con ella? Y ¿qué pasa entonces con *kyria* Lander?

Nikos comenzó a lavar los platos. Yannis y él se turnaban en las tareas de la cocina.

–Ella no está embarazada de mi hijo. Y, Stephanie, sí.

–¡Ah! –exclamó el marinero, santiguándose–. Eso debió ocurrir mientras estabas de vacaciones en el Caribe, ¿verdad?

–Sí.

–¿Lo sabe tu padre?

–Aún no.

–Va a ser una bomba cuando tu familia se entere.

–No me importa. Cuando lo sepan, Stephanie ya será mi esposa. Tú serás uno de los testigos, como lo fuiste en la boda de Kon.

–Será un gran honor. ¿Va a ser niño?

–Aún es pronto para saberlo. Tal vez dentro de un mes. Por ahora, viviremos en el yate. Stephanie necesita muchos cuidados y tiene que comer por dos. Y, para que lo sepas, le he contado todo

sobre mi lesión. No tenemos secretos entre nosotros.

Su amigo se levantó y colocó el plato y la taza en el lavavajillas.

–Eso está bien. Además, acabaría averiguándolo –dijo Yannis antes de salir de la cocina.

Cuando Nikos terminó en la cocina, se dirigió al cuarto de estar y telefoneó al padre Kerykes para fijar la hora de la boda. Acordaron que sería a las cuatro de la tarde.

Llamó luego a Tassos. Su amigo se alegró mucho al enterarse de su inminente matrimonio. Prometió acudir con su esposa y toda la familia Gregerov, y sacar muchas fotos. Insistió luego en invitarlos a cenar en su taberna favorita.

Nada más colgar, Stephanie entro en el cuarto.

–Pudiste hablar con tu jefe? –preguntó Nikos.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Cómo se ha tomado la noticia?

–No muy bien. No le gustó nada el motivo de mi renuncia. Grant es muy paternalista y piensa que no debería casarme con un hombre al que no conozco lo suficiente.

–¿Le dijiste que estás embarazada?

–Tuve que hacerlo, si no, no me habría permitido dejar la agencia. A pesar de todo, al final, me felicitó, deseándome suerte. Es un hombre encantador. Le prometí que, cuando naciera el bebé, le enviaría una foto de los tres. Me mandará un cheque con el finiquito cuando le dé una dirección.

–Muy bien. ¿Y tus amigas?

Ella ya había llamado a Melinda desde Chios para decirle que había llegado bien.

–Las llamaré después de casarnos. De otro modo, me dirían también que esta boda les parece algo precipitada y no quiero tantas presiones en este momento.

–En ese caso, ¿que te parece si subimos un rato a cubierta? Así podrás tomar el sol en una de las tumbonas hasta que atraquemos en Oinousses. Después iremos a comer a la ciudad. Entre otras cosas, tendremos que ir a comprarte algo de ropa.

Stephanie miró a Nikos con sus ojos azules como zafiros, algo recelosa.

–¿Entre otras cosas? ¿Cuáles son esas otras cosas?

–¿Cuándo te dijo tu médico que fueras a verlo de nuevo?

–Dentro de un mes.

–¿Estaba todo bien?

–Sí, salvo que necesito tomar hierro.

–Vi las pastillas. Pero nos pasaremos luego por la clínica del doctor Panos para que te vea de ahora en adelante. Él atendió a Elianna y a Ariadne. Las dos confiaban mucho en él.

–Te agradezco que pienses en mí, pero estoy contenta con mi ginecólogo. Fue el médico de mi madre y me ha estado viendo desde mi adolescencia.

Nikos se dio cuenta de que ella no deseaba cambiar de médico, pero tampoco se había negado rotundamente a ello. Ya era algo. Se daba por satisfecho. Se sentía en un estado de ánimo mejor que nunca desde que había salido del hospital más muerto que vivo.

Atracaron en el pequeño puerto de Oinousses. A Stephanie le pareció una isla sorprendentemente grande, muy bella y tranquila, con sus verdes colinas, sus iglesias y sus casas pintorescas de estilo neoclásico local. Nikos le había dicho que no había manantiales y que el agua provenía de pozos y un depósito.

Stephanie miró el azul brillante del mar desde la cubierta. El agua estaba limpia y en calma. Casi no parecía real. Esa isla paradisíaca iba a ser su nuevo hogar.

Giró la cabeza hacia Nikos, que estaba a su lado. Su perfil griego se recortaba sobre las casas blancas de la ciudad. Sus ojos negros de azabache parecieron volver a cobrar el brillo que ella había visto durante aquellos días en el Caribe.

–¿Qué ibas a preguntarme? –dijo él con voz grave.

El corazón de ella se aceleró. Había veces en que parecían leerse el pensamiento el uno al otro.

–¿Cuál es tu nombre completo?

–Theodoros Nikolaos Vassalos.

–¿Theodoros es un apodo?

–No, yo no tengo apodos. Es el nombre de mi padre.

–¿Nuestro hijo llevará entonces tu nombre en primer lugar?

–Sí, porque va a ser nuestro primer y único hijo.

–¿Tenéis alguna regla para los nombres?

–Puedes ponerle el nombre que quieras.

–Pero si seguimos las reglas...

–Entonces, si es niño, lo llamaríamos Alexandros, igual que mi abuelo paterno.

–Nikolaos Alexandros Vassalos –dijo Stephanie en voz alta,

recreándose en el nombre.

–Eso es.

–¿Y si es niña?

–Se llamaría Melitta, como mi abuela materna.

–Me gustan los dos nombres. ¿Viven aún tus abuelos?

–Sí.

–Eso es maravilloso. Nuestro hijo tendrá bisabuelos también –dijo ella muy sonriente.

Nikos la miró detenidamente con un expresión enigmática que ella no fue capaz de desentrañar.

–¿Nikos? –gritó Yannis en voz alta, llamando a su patrón.

–Ya voy –respondió él, sin dejar de mirarla–. Recoge lo que necesites. Vamos a desembarcar.

Stephanie bajó corriendo para refrescarse un poco y recoger el bolso, mientras los dos hombres amarraban el yate al muelle.

Minutos después, Nikos se dirigió con ella al área de aparcamiento del puerto y la ayudó a entrar en un coche azul oscuro.

–Puedes usar el coche cuando te apetezca ir a la ciudad. Te daré una copia de las llaves.

–Gracias.

–¿Tienes hambre? –preguntó él.

–Yo diría que sí.

–Muy bien. Hay una taberna típica donde se puede comer en el jardín. Sirven auténtica comida griega. Te encantará.

Nikos conocía las calles y las tiendas como la palma de su mano.

El propietario del pequeño restaurante sonrió orgulloso al verlo. Pasaron dentro. Los hombres intercambiaron algunas palabras en griego y luego el dueño los condujo a un jardín encantador lleno de orquídeas y jacintos silvestres en flor.

Se sentaron en una mesa para dos y les llevaron en seguida unos zumos de fruta y algunos aperitivos. Uno de los platos estaba elaborado con aceite de oliva, cebollas y habas. El otro, llamado *caciki,* tenía una especie de queso cremoso y se tomaba con rodajas de pan recién horneado: el célebre pan *psomi* con semillas de sésamo. Siguió luego un *risotto* de gambas y unos calamares a la plancha.

Stephanie comió de todo, salvo de los calamares. Dijo a Nikos que los probaría en otra ocasión. Se quedó sorprendida al ver la sonrisa tan cordial con que la miró. Era la primera vez que lo veía

sonreír de esa manera desde que había llegado a Grecia.

–¿Te apetece algo de postre? –dijo él.

–Gracias. La comida ha estado deliciosa, pero estoy llena.

–¿Qué te parece si aprovechamos entonces para ir a comprarte algo de ropa?

Volvieron al coche y se dirigieron al otro lado del pueblo.

Nikos detuvo el vehículo delante de una boutique.

–Esta es la tienda preferida de Ariadne. Espero que te guste.

Entraron en ella. Stephanie apartó unas camisetas holgadas de manga corta, un par de faldas y pantalones, dos vestidos veraniegos y varias blusas de gasa muy elegantes de manga larga. Compró también algo de ropa interior, un pijama y un biquini.

La dependienta era una mujer mayor muy servicial que hablaba un inglés muy correcto. Mientras Stephanie se probaba un vestido blanco y una chaqueta con pequeñas violetas de color rosa, la mujer se acercó a ella.

–Va a estar muy elegante con ese conjunto.

–Gracias.

–Será un hermoso vestido de boda, ¿no le parece? –dijo Nikos.

Stephanie se quedó perpleja. Sabía que Nikos quería que su boda fuera sencilla, pero pensaba haber llevado algo más parecido a un traje de novia.

La dependienta debió de percatarse de su reacción, porque miró a Nikos con el ceño fruncido.

–¿Un vestido de boda? ¡Oh, no! Para eso, tendrán que ir a la tienda de enfrente.

–Está bien –dijo Stephanie a la mujer, y luego añadió para que Nikos no se sintiera molesto–: Me encanta este vestido. Es perfecto. Cóbrese. Aquí tiene mi tarjeta de crédito.

Pero Nikos se adelantó a ella. Retiró la tarjeta que había dejado en el mostrador y sacó la suya de la cartera. Stephanie lo miró de soslayo y vio que había vuelto de nuevo la expresión sombría a sus ojos. Tendría que haber imaginado que Nikos, como buen griego, era demasiado orgulloso como para permitir que una mujer pagase en un establecimiento.

Él recogió las compras y las puso en el asiento de atrás del coche. Ella se acomodó en el asiento del acompañante, pero él le sujetó la puerta para que ella no pudiera cerrarla.

Stephanie lo miró extrañada.

–Vi la cara que pusiste –dijo él con aspecto serio–. ¿Quieres un

vestido de novia tradicional? Pues lo compraremos. Tendrás el más elegante que haya en la ciudad.

–No, Nikos. Por favor, entra en el coche. No podemos hablar aquí delante de todo el mundo.

–No hay nada que discutir. Ven.

Stephanie comprendió lo inútil que sería tratar de convencerlo. Se bajó del coche, cruzaron la calle y entraron en la tienda de vestidos de novia.

Una mujer joven, muy elegante y llamativa, de unos veinticinco años, se quedó admirada al ver entrar a Nikos. Debía de ser soltera porque no llevaba ningún anillo. Comenzó a hablarle en griego, pero él la respondió en inglés.

–Nos gustaría ver su colección de trajes de novia. Quiero el mejor para mi prometida.

Stephanie se extrañó al escuchar esa palabra de sus labios.

–Vengan por aquí, por favor –dijo la dependienta, mostrándoles una serie de vestidos que por el precio que figuraba en las etiquetas revelaba que estaban en una tienda exclusiva.

Stephanie se sintió incómoda. Mientras veía los trajes, podía oír a la atractiva empleada hablando con Nikos en vez de estar atendiéndola a ella. Estaba coqueteando con él descaradamente. Tuvo que hacer un esfuerzo para no marcharse. Pero sabía que Nikos no permitiría que se fueran de la tienda sin que ella se hubiera comprado el vestido.

La noche pasada, cuando abrió el armario y vio los uniformes militares, se había imaginado yendo al altar del brazo de un novio vestido con el uniforme de la marina con botones dorados. Estaría impresionante, con su pelo negro y su tez aceitunada. Ella necesitaría un vestido de novia que estuviera a su altura.

Después de verlos todos, eligió el más caro de la colección. Era un traje sencillo, estilo princesa, pero con un velo largo de encaje de Alençon hasta los pies que le daba una gran elegancia y distinción.

Se dirigió a la dependienta.

–Me llevaré este si lo tienen de mi talla. Es una cuatro en Estados Unidos.

Stephanie pensó que le quedaría bien esa talla cuando se «desinflase» de la comida tan copiosa que acababa de tomar.

–Creo que lo tenemos –respondió la joven, dejando de mirar a Nikos por un instante.

–Entonces, póngamelo. Mi prometido lo llevará a nuestro coche. Gracias.

Cuando la dependienta se dirigió al almacén en busca del vestido, Stephanie miró a Nikos, que estaba apoyado en el mostrador, con su rostro implacable.

–¿Sigues queriendo que nos pasemos por la clínica? Podríamos ir mañana.

Nikos la miró con un brillo diabólico en sus ojos de azabache.

–Tenemos tiempo de sobra para ir esta tarde. A menos, que no te sientas bien.

No. No se encontraba bien. Pero no era por las náuseas como otras veces, sino porque presentía que él seguía desconfiando de ella. Era una gran decepción, después de la velada tan agradable en aquel restaurante griego, en la que él había vuelto a ser más como... Dev.

–Estoy bien, gracias.

Stephanie le dio la espalda mientras él pagaba el vestido con la tarjeta de crédito.

Cuando salieron de la tienda, él puso el vestido y el velo encima de los otros paquetes y luego se sentó al volante. La clínica estaba relativamente cerca del puerto.

En la recepción, les dijeron que el doctor Panos no estaba disponible en ese momento por hallarse realizando una intervención quirúrgica. Nikos concertó una cita para el primero de septiembre.

Se dirigieron luego al aparcamiento del muelle. Cuando subieron al yate, Nikos llevó todo a su habitación y luego le dijo a Stephanie que estaría en el cuarto de estar, hablando por teléfono, si le necesitaba.

Entretanto, ella se dedicó a quitar las etiquetas de lo que habían comprado y a guardar la ropa en el armario y en la cómoda. Cuando terminó, miró al reloj. Eran casi las cinco. Al día siguiente, a esa misma hora, llevarían ya una hora casados.

Pensó en darse una ducha y probarse luego el vestido de novia antes de acostarse. Ahora estaba muy cansada.

Se quitó los pantalones, se echó en la cama y se llevó instintivamente la mano al pequeño bulto que se había ido haciendo más grande día a día en su vientre.

–Todo esto que estoy haciendo es por ti, cariño mío. ¿Eres un pequeño Alex, tan guapo como tu padre, que vas a volver locas a las chicas? ¿O eres una pequeña y hermosa Melitta con el pelo y los

ojos negros y brillantes como tu papá? Tal vez, en la próxima cita con el médico, sabré cómo llamarte, vida mía.

Capítulo 6

A eso de las siete de la tarde, Nikos terminó de hablar por teléfono con la floristería que llevaría las flores a la iglesia al día siguiente. Ya solo le quedaba comprar el anillo. Lo haría por la mañana, después de que Yannis le ayudara a hacer los ejercicios de rehabilitación en la cubierta.

Se levantó y salió al pasillo en dirección a la habitación de Stephanie. Llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Acercó el oído, pero tampoco oyó nada. ¿Habría subido a cubierta sin decírselo, como la otra vez? Volvió a llamar un poco más fuerte.

¿Estaría enferma? Comenzó a preocuparse.

Procurando no hacer ruido, entreabrió la puerta y asomó la cabeza.

Stephanie estaba tumbada en la cama. Se había quitado los pantalones vaqueros y los había dejado en el suelo. Parecía exhausta, con sus largas y hermosas piernas desnudas. El jet lag debía de haber hecho mella en ella. Tenía la melena rubia esparcida sobre la almohada.

Ya había tenido ocasión de verla completamente desnuda. Una visión gloriosa.

Los recuerdos del pasado acudieron a su mente. Eran unas imágenes difíciles de olvidar.

Cerró la puerta y se dirigió a la cocina a prepararse un poco de café y una ensalada.

Acababa de añadir unos trozos de queso feta, cuando ella apareció en la puerta. Llevaba unos pantalones vaqueros nuevos y una de las blusas estampadas que había comprado esa tarde. Se había cepillado el pelo. Tenía un brillo dorado platino que acentuaba el deslumbrante color azul de sus ojos. Nunca había visto una mujer tan hermosa.

–Por fin te has despertado.

–No puedo creer que haya estado durmiendo tanto.

–Debes de tener sueño atrasado. ¿Tienes hambre?

–Aunque no lo creas, sí. Acabo de tomar otra pastilla para

sentirme mejor.

–Pues parece que te ha hecho efecto. Te veo estupenda. Vamos a cenar algo.

Nikos había puesto ya la mesa. Fruta fresca, panecillos, zumo de manzana y una botella de agua para ella. Después de servir la ensalada, se sirvió un taza de café y se sentó frente a ella. Stephanie bebió un buen vaso de agua y tomó un panecillo.

–Así me gusta. Hace mucho calor en esta época del año y tienes que estar bien hidratada.

–Ya me he dado cuenta. Llevaré una botella de agua siempre conmigo. Gracias por hacerme la cena, pero quiero que sepas que no estoy acostumbrada a que nadie me haga las cosas.

–Disfruté mucho preparando nuestra cena prenupcial.

Stephanie tomó un poco de ensalada y luego dejó el tenedor en el plato.

–Hablando de nuestra boda, me gustaría explicarte algo sobre lo de esta tarde. Tal vez, sacaste la impresión equivocada de que el vestido blanco que compramos en la primera tienda no me parecía lo bastante bueno para la boda.

–No tienes por qué darme ninguna explicación.

–La dependienta se dio cuenta de la cara de sorpresa que puse cuando dijiste que podía ser un bonito vestido de novia, pero debió haberse callado.

–Me alegro de que me abriera los ojos. Según he oído, la novia es la gran protagonista el día de la boda.

–Sí. Las mujeres somos unas románticas perdidas, pero para mí significa algo más. Estoy embarazada y nuestra situación es diferente.

–¿Diferente? ¿Qué quieres decir con eso?

–No vamos a casarnos como una pareja normal y he estado pensando mucho en el bebé. Cuando sea mayor, le gustará ver fotos de nuestra boda. Deseará ver cómo eran sus padres en ese día tan especial, cómo iban peinados y el traje que llevaban. Cuando abrí el armario ayer en el dormitorio que tenías cerrado con llave, te imaginé llevándome del brazo con tu uniforme militar azul marino. Piensa en lo que significará para nuestro hijo verte luego así el día de nuestra boda. Ella o él conocerán la lesión tan grave que sufriste y por qué tuviste que dejar el ejército antes de lo que habías planeado. Será como conservar una página importante de nuestra historia. Yo no tengo ningún recuerdo de mi padre, pero puedo

dejarle uno a nuestro hijo. Por eso elegí el vestido con el velo de encaje largo en la tienda de novias. Sé que era caro, pero el vestido blanco de la primera tienda no le haría justicia a tu uniforme. No hay nada como un hombre atractivo con un uniforme azul. Cualquier mujer te diría lo mismo.

–Stephanie...

–Sé comprensivo, Nikos. Eres un hombre excepcional. Mis amigas de la isla no han podido olvidarte. La chica de la tienda de los vestidos de novia no dejaba de mirarte, tampoco. Nuestro hijo estará muy orgulloso de ti y de la manera tan heroica en que serviste a tu país.

Nikos se levantó de la mesa. Se daba cuenta de que había sacado una conclusión equivocada de ella cuando la había visto escoger el vestido más caro de la tienda. Pero no podía olvidar las palabras de su padre: «Nunca has mirado a Natasa ni a ninguna otra mujer con los ojos con que miras a esa víbora. Admito que tiene una belleza diabólica, pero no deja de ser una víbora mercenaria, una mujer que conoce el precio de su belleza y que ha venido a atraparte».

–No me conviertas en un héroe, Stephanie.

–Cualquier hombre o mujer que sirve en el ejército es un héroe, Nikos. Haré dos álbumes para conservar el recuerdo de nuestra boda. Uno para nuestro hijo y otro para tus padres. Yannis podría sacarnos las fotos. Quizá algún día quieras decirme eso tan terrible que tus padres te hicieron para que no desees que estén presentes en nuestra boda.

–Esas razones están en un lugar muy profundo de mi alma, pero no tienen nada que ver contigo.

–Aun así, son tus padres y los abuelos de nuestro bebé. Un álbum de fotos de nuestra boda significaría mucho para ellos. Por favor, dime que llevarás el uniforme.

–Lo pensaré. Ahora, disculpa, pero tengo que ir a la ciudad. Cuando salga, conectaré el sistema de seguridad. Si salta, sonará una alarma en la comisaría de policía y yo recibiré un mensaje en mi móvil. Estarás segura mientras esté fuera.

–¿A dónde vas?

–A visitar a un amigo.

–¿A Tassos? ¿Le has contado lo del bebé?

–Nadie lo sabe, excepto Yannis. Te veré por la mañana.

Nikos abandonó el barco y se fue al cementerio. Sería su primera visita a la tumba de Kon. No había podido despedirse de él. Estaba

en el hospital cuando lo enterraron en el panteón familiar de los Gregerov. Nunca había habido ningún secreto entre ellos…

Al día siguiente, a las tres y media de la tarde, Nikos esperaba en el coche, listo para sacar las fotos que tan importantes eran para Stephanie.

Después de desayunar, había ido a la ciudad a comprarle el anillo. Al regresar, había estado hablando con ella sobre los detalles de la ceremonia de la boda. Ahora ya era hora de salir.

Stephanie bajó del barco ayudada por Yannis y se dirigió al coche. Nikos la vio llegar, caminando por el muelle con su vestido de novia. Estaba bellísima. Nunca había visto una novia igual. Comenzó a sacar una foto tras otra.

Las pocas personas que había en el puerto pensarían que estaban presenciando una visión celestial flotando en seda blanca. Tal vez, un ángel. Su cabello despedía rayos de oro y plata a través del velo de encaje bajo el sol del atardecer. Nikos sintió un nudo de emoción en la garganta al pensar que iba a ser suya.

Deseaba que el niño que llevaba en sus entrañas fuera suyo. Si no…

Después de haberla visto la noche anterior casi desnuda en la cama, no le cabía ninguna duda de que estaba embarazada. No podía permitirse seguir alimentando esas dudas tan ruines. Y menos el día de su boda.

Atendiendo al deseo de Stephanie, se había puesto su uniforme azul marino con alamares dorados. Era lo menos que podía hacer por ella, después del largo viaje que había hecho desde Florida para decirle que iba a ser padre. Además, se lo había prometido a Kon.

Nikos había estado pensando mucho sobre el padre de Stephanie. Tal vez, podría dar con él, contratando los servicios de un buen detective privado. Valdría la pena intentarlo.

Yannis, que actuaba en nombre del padre de Stephanie, se había puesto su mejor traje blanco para la ocasión. El viejo marinero y ella parecían haber hecho una buena amistad.

Nikos siguió tomando fotos hasta que llegaron al coche. Yannis les pidió que se pusieran juntos para sacarles una foto. Luego, entre los dos, ayudaron a Stephanie a entrar en el asiento de atrás sin que se le arrugara el vestido.

Yannis se puso al volante y Nikos se sentó a su lado.

–¡Oh, Nikos! –exclamó ella al ver, pocos minutos después, la pequeña iglesia blanca de Agios Dionysios elevándose sobre una colina con vistas al mar–. ¡Qué hermosa es! No me puedo creer que vayamos a casarnos ahí.

–Mi esposa y yo nos casamos en esta misma iglesia hace cuarenta años –dijo Yannis.

–¿Tienes hijos? –preguntó ella.

–Tengo dos hijos casados y seis nietos. Son pescadores y viven aquí.

–Eres un hombre afortunado.

–Nikos también fue muy afortunado cuando te conoció.

Estaba claro que Stephanie se había ganado a Yannis por completo.

–Gracias, Yannis.

La familia Gregerov, en pleno, estaba esperándolos en la entrada de la iglesia. Nikos presentó a Stephanie a los padres de Tassos, Castor y Tiana Gregerov, y luego a la esposa de Tassos, una joven muy atractiva de pelo rubio. Las otras mujeres eran más bien morenas.

Mientras los invitados les sacaban fotos, Nikos vio de soslayo cómo Tassos se acercaba a Stephanie y le ponía algo en la mano. Sintió curiosidad por saber qué era, pero pensó que debía esperar otro momento.

Stephanie le dio un beso en la mejilla con los ojos brillantes de lágrimas.

Después de abrazar a la madre de Tassos, Nikos tomó del brazo a Stephanie y entró con ella en la iglesia, teniendo cuidado de no pisar el velo. Una docena de ramos de flores llenaban la nave central con su perfume. Algunos eran de gardenias.

El padre Kerykes conversó un rato con ellos antes de pedir a Tassos y a Yannis que ocuparan sus lugares a ambos lados de los novios. Los demás se sentaron en los primeros bancos de la iglesia.

En consideración a Stephanie, la ceremonia se ofició en inglés y con la idea de que fuera lo más corta posible. Cosa nada fácil, tratándose de una boda por el rito griego.

Primero tuvo lugar la ceremonia del intercambio de anillos como signo de promesa y fidelidad entre los cónyuges. Nikos había comprado un anillo de brillantes para ella y una alianza de oro para que ella se lo diera a él, pero vio entonces cómo ella sacaba un anillo que él reconoció inmediatamente. Era el de Kon. Nikos se

sintió tan conmovido por el gesto de Tassos que no pudo contener su emoción durante toda la ceremonia.

Siguió la coronación. El sacerdote impuso unas coronas de flores a los cónyuges, como reyes de su futura familia. Luego vino la procesión ceremonial, en la que los novios dieron tres vueltas alrededor del altar, simbolizando el viaje que iban a iniciar juntos.

La pareja besó luego la Biblia, y el sacerdote, tras quitarles las coronas de flores, les dio la bendición.

–Para bien o para mal, eres ahora la señora Vassalos –dijo Nikos a Stephanie mientras bajaban del altar agarrados de la mano–. ¿Te encuentras bien?

–Sí, estoy... bien –respondió ella con la voz quebrada–. Solo tengo algo de sed.

–Tenemos que ir ahora a firmar a la sacristía. Allí podrás beber agua.

Cuando ella salió de la iglesia con el ramo en la mano, Nikos vio que estaba algo mareada. Pidió a los invitados que se dieran prisa en felicitarlos y en sacar las fotos de recuerdo, pero todos se arremolinaron alrededor de la novia para darle un beso.

–¿Sientes náuseas? –preguntó él, ayudándola a subir al coche.

–Me pondré bien en seguida. Solo estoy algo sofocada.

–No me extraña con el calor que hace y lo que la ceremonia se ha prolongado. Pero ya ha terminado todo. En la taberna estarás mejor, ya verás. Está muy cerca... Date prisa, Yannis.

Ella se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos.

–He hecho tantos esfuerzos para no desmayarme delante de ti que ya no me queda...

–Lo has hecho muy bien. Estoy muy orgulloso de ti.

Stephanie se echó a reír casi sin ganas.

–No sabía que una boda griega fuera una prueba de resistencia.

–¿Por qué crees que yo me he estado resistiendo tantos años? –dijo él, bromeando.

–Perdóname, Nikos. Debes de estar asándote dentro de ese uniforme. Ahora comprendo por qué preferías que llevara el vestido blanco de verano –dijo ella, dejando escapar un suspiro–. No debería haber venido a buscarte y obligarte a pasar por todo esto.

Él sintió esas palabras como saetas que se le clavaran en el pecho.

–No vuelvas a decir eso otra vez.

Stephanie lamentó que Nikos se hubiera molestado por sus palabras. Pero era la verdad.

No le había obligado a casarse con ella apuntándolo con un rifle, como los que él tenía en aquel armario, pero la posibilidad de que el bebé pudiera ser suyo había actuado como un arma igualmente poderosa. No era tan ingenua. Sabía que él tenía dudas sobre su paternidad y que no se quedaría satisfecho hasta que se realizara una prueba de ADN.

–Perdóname por ese pronto que he tenido. Ha sido una boda maravillosa. Y las flores eran preciosas, igual que el anillo. Gracias por todo.

–Lo único que importa es que te sientas mejor y que el bebé esté bien. Ahora vamos a ir a la taberna más tradicional de la isla. La familia del dueño hace la pasta y las *dolmadakias* mejores de la región. Además, tienen cordero al horno con patatas alioli. Te gustarán los calabacines rellenos y las albóndigas. Aquí las llamamos *keftedes*. Se te deshacen en la boca.

–Me encantan las albóndigas.

–Están hechas con una salsa de tomate excepcional. No creo que hayas probado nada igual.

Quince minutos después, estaban reunidos en aquel genuino restaurante griego, donde todo el mundo reía y comía muy animado a los acordes de una música local.

Stephanie encontró a los familiares de Kon encantadores y recibió grandes muestras de afecto por parte de todas las mujeres.

Se sacaron más fotos y todo el mundo brindó por la felicidad de los novios y pronunció un pequeño discurso, incluido Yannis.

En un momento dado, él se acercó a ella y la besó cálidamente varias veces en la boca entre los vítores y aplausos encendidos de los invitados.

Stephanie, consciente de que no debía tomar alcohol, bebió un zumo típico griego, una especie de sirope, a base de frutas, azúcar y lima.

–Umm, está delicioso –dijo ella, mientras le devolvía un beso a Nikos, diciendo que era para las fotos del álbum familiar.

La fiesta transcurría en un clima cálido y entrañable, pero ella sentía que la familia de Nikos no estuviera presente. También habría deseado tener a su difunta madre al lado.

–Hace demasiado calor aquí para ti –dijo él–. Se te están

cerrando los ojos. Creo que ya es hora de que volvamos a casa.

Nikos se levantó de la silla y se despidió de todos.

–Stephanie y yo os agradecemos vuestra compañía en este día tan inolvidable para nosotros.

Tras los besos de rigor, salieron finalmente de la taberna. La luz del crepúsculo confería a la isla un toque mágico. Nikos la ayudó a subir al coche. Yannis condujo de nuevo, ladera abajo.

El yate podía verse a lo lejos. Sería su hogar mientras encontraban otro lugar donde vivir.

Tassos y Elianna los habían seguido en su coche y, al entrar en el yate, adornaron el cuarto de estar con media docena de flores que habían recogido de la iglesia. Stephanie, emocionada por el detalle, les dio un abrazo.

Nikos subió con Tassos a la cubierta. Pensaban montar un negocio juntos y tenían muchas cosas de qué hablar.

–¿Te importaría desabrocharme el vestido por detrás antes de marcharte? –dijo Stephanie a Elianna, quitándose el velo y dejándolo en el sofá.

–¿No prefieres que lo haga Nikos? –dijo Elianna con una sonrisa.

–Está muy ocupado ahora, hablando con Tassos –respondió Stephanie, bajando la mirada.

–Como quieras.

Elianna se puso a quitarle el vestido con mucho cuidado.

–Es el vestido más hermoso que he visto nunca. ¿Cómo conseguiste abrochártelo?

–Yannis me ayudó.

–Debe de haberle llevado mucho tiempo con todos estos botones. ¿No le importó a Nikos?

–Yannis le dijo que no podía verme con el vestido puesto hasta que no fuéramos a la iglesia.

–Eres la envidia de todas las mujeres de Oinousses. Todo el mundo aquí pensó que se casaría con Natasa Lander.

–Debe de ser una joven encantadora.

–Sí, y muy rica. Su familia tiene la mansión más grande de la isla de Chios. Nikos nos ha dado una sorpresa a todos.

–A mí también, me ha sorprendido nuestro matrimonio –dijo Stephanie con voz trémula.

–Tassos me dijo que os conocisteis en el Caribe antes de que ocurriera lo de la explosión.

–Sí. Formábamos pareja en las prácticas de buceo.

–¡Ah! Kon y Nikos trataron de enseñarme, pero tengo demasiado miedo y no acabo de aprender cómo respirar.

–Es todo cuestión de práctica. Yo estaría encantada de enseñarte, si quieres.

–A Tassos, le gustaría mucho que fuera a bucear con él.

–Se descubre un mundo maravilloso bajo el mar. Si consigues vencer el miedo, aprenderás a amarlo. Yo podría ayudarte. ¿Qué me dices?

–Tal vez, me decida –dijo Elianna, terminando de desabrocharle el último botón.

–Te llamaré dentro de unos días. Comeremos juntas y haremos planes. Y llévate al bebé. ¿Qué edad tiene?

–Theo tiene solo diez meses. Aún está aprendiendo a andar.

–Estoy deseando verlo.

–¿No estarás muy ocupada con tu luna de miel? –preguntó Elianna con una sonrisa.

–Ya tuvimos algo parecido en el Caribe. Ahora Nikos está muy entusiasmado con poner en marcha ese proyecto de prospección petrolífera con tu marido. Yannis me ha dicho que ha estado muy deprimido desde el accidente de Kon. Ahora que ya no puede estar en la marina, creo que necesita otra actividad para conseguir olvidar esos recuerdos.

–Sí. La muerte de Kon fue un golpe muy duro para todos, especialmente para Tassos. Él también está muy ilusionado con ese proyecto. Tendrán su propia empresa.

–Entonces tenemos que ayudarlos. ¿No crees?

–Tienes razón. Me alegro de que Nikos se haya casado contigo.

Stephanie sonrió a su amiga. ¡Si ella supiera toda la verdad!

–Yo también. Gracias por ayudarme –dijo Stephanie, dando un abrazo a su nueva amiga.

Mientras la esposa de Tassos subía por la escalerilla, Stephanie recogió el velo y se dirigió a su dormitorio para colgar el vestido en el armario. Se sintió más libre y suelta al quitárselo todo. Había estado a punto de estallar. En unos días, ya no podría seguir usando aquella talla.

Se dio una ducha rápida y se puso una bata de franela. No sabía cuánto tiempo podría estar Nikos hablando con Tassos, así que decidió aprovechar la ocasión para llamar a Melinda.

–¡Hola, Steph! ¡Qué alegría me da volver a oírte! Estaba ya preocupada.

–Todo va bien. Tengo muchas cosas que contarte, pero si te pillo en mal momento...

–No, cuéntame. Me muero de ganas por saber si tu corazonada resultó como esperabas.

–Lo encontré, Melinda.

–¿Lo dices en serio?

–Sí. Su verdadero nombre es Nikos Vassalos. Lo encontré en...

Stephanie le contó todos los detalles a su amiga terminando con lo de la boda.

–Nos hemos casado hace unas horas y ahora estamos de nuevo en el yate.

–¡Qué me dices! ¿Estás casada?

–Sí, y no voy a volver a Florida hasta después de que nazca el bebé –respondió Stephanie, y luego añadió al oír unos pasos por el pasillo, seguidos de un golpe en la puerta–: Escucha, Melinda... tengo que dejarte. Te llamaré mañana. *Ciao*.

Colgó y se abrochó el cinturón de la bata antes de ir a abrir la puerta. Nikos llevaba aún el uniforme de la marina. Se quedó tan impresionada al verlo como la primera vez, cuando se conocieron en el Caribe.

–¿Se han ido ya Tassos y Elianna? –preguntó ella.

–Sí. Elianna me dijo que has quedado con ella para comer dentro de unos días.

–Sí. Pero podemos dejarlo para otra ocasión, si tienes otros planes. No quiero interrumpir tus actividades, ni que te sientas obligado a estar pendiente de mí a todas horas.

–Me dijo que ibas a enseñarle a bucear. ¿Cómo sabía que eras una experta?

–Mientras me desabrochaba el vestido, le conté que nos conocimos buceando en el Caribe. ¿He dicho alguna inconveniencia?

Nikos se quitó la corbata bruscamente.

–¿Has olvidado que llevas un bebé en el vientre? Me dijiste que habías renunciado al buceo.

–Sí, pero eso no significa que no pueda nadar. Un poco de ejercicio me vendrá bien. No pensaba sumergirme con ella, sino solo ayudarla a vencer el miedo.

–Avísame cada vez que pienses meterte en el agua para estar cerca de ti –replicó él muy serio, desabrochándose la chaqueta del uniforme y dirigiéndose a la puerta.

–Espera… ¿está Yannis a bordo? –preguntó ella.
–No. No vendrá hasta por la mañana. ¿Por qué?
Eso significaba que no iban a salir al mar esa noche.
–Solo quería darle las gracias por todo lo que ha hecho hoy por mí.
–No fue ninguna penitencia para él abrocharte los botones del vestido. Me pidió permiso, por cierto. Le preocupaba que no tuvieras a nadie que te ayudara.
Era una tontería, pero ella sintió un leve rubor en las mejillas.
–Fue un detalle muy bonito por su parte.
–Puedes decírselo a él mañana.
–También quiero darte las gracias a ti por este día tan maravilloso. Los Gregerov no podrían haber estado más amables. Me habría gustado mucho… haber podido… conocer a Kon. Ha debido de ser muy emocionante para ti cuando recibiste su anillo.
–No te lo puedes imaginar. Perteneció a su abuelo, que se lo dio antes de morir. No quería perderlo. Por eso decidió quitárselo hasta el día que se licenciara. Pensaba dárselo a su hijo si llegaba a tenerlo.
–Seguro que Kon habría querido que tú lo tuvieras –dijo ella, reprimiendo las lágrimas, y luego añadió, sin saber qué otra cosa decir para consolarlo–: ¿Te importa si subo a cubierta un rato?
–Estás en tu casa. Puedes hacer lo que quieras. No conectaré la alarma hasta que nos hayamos ido a la cama.
–Gracias.
Stephanie fue a la cocina a beber un poco de agua y luego subió a disfrutar de la noche tan maravillosa que hacía. Había vivido siempre junto al mar, pero nunca había visto nada tan bello como aquellas islas flotando sobre el agua como joyas rutilantes sobre terciopelo negro.
Estuvo allí un buen rato, pero Nikos no subió a verla.
Había supuesto que, una vez casados, él querría acostarse con ella, pero no estaba segura de ser capaz de responder a su deseo, sabiendo que él no la amaba.
Sin embargo, era su noche de bodas. Los besos que él le había dado en el restaurante podía interpretarlos como un preludio de su noche de amor, pero, tal vez, solo habían sido para la galería. Para las fotografías del álbum.
Bajó la escalerilla. Él no estaba en el cuarto de estar. ¿Estaría en su dormitorio esperándola?

No sabía qué pensar. En el Caribe, nunca la había dejado sola. Pero presentía que no se acostaría con ella mientras no estuviera completamente convencido de que estaba embarazada de su hijo.

Entró en el cuarto de baño de su habitación, se cepilló los dientes, tomó sus pastillas y apagó la luz. Pero, nada más meterse en la cama, un nuevo pensamiento acudió a su mente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Si era estéril, era muy probable que fuera también impotente.

Sintió un gran pesar solo de pensarlo. Nikos era muy orgulloso. No era de extrañar que, después del accidente, no quisiera casarse con Natasa ni con ninguna otra mujer.

Él se había casado con ella solo para que el bebé fuera legítimo mientras esperaba confirmar su paternidad con una prueba de ADN definitiva. Las cosas empezaban a encajar.

Se dejó caer en la cama y hundió la cara en la almohada para ahogar sus lágrimas hasta que el sueño y el cansancio la vencieron.

Capítulo 7

Había un animal sufriendo en la oscuridad. Stephanie se puso a buscarlo, pero no pudo encontrarlo. Sus gemidos se tornaban cada vez más lastimeros. Intentó hacer algo para ayudarlo, pero entonces el animal soltó un aullido muy agudo que la despertó.

¡Había estado soñando!

Se bajó de la cama temblando. No podía creer que hubiera tenido una pesadilla tan terrible. Tal vez, se le pasase tomando un poco de agua. Corrió al cuarto de baño. El reloj marcaba las tres y media.

Después de beber un vaso de agua, volvió a la cama. Pero, antes de que pudiera volver a dormirse, oyó otro grito espeluznante. Ahora ya no estaba soñando. Se puso la bata y se dirigió a la habitación de Nikos. Llamó varias veces a la puerta, pero no respondió.

Abrió la puerta y se asomó. El cuarto estaba vacío y la cama sin deshacer. ¿Se habría ido a la ciudad?

Volvió, sin embargo, a oír el lamento. Ahora más fuerte. Provenía de la cubierta. Algún animal debía de haberse quedado atrapado allí. Tal vez, se tratase de un gato o un perro. Tomó una toalla del baño, para tener algo con que protegerse, y se dirigió con cautela hacia la escalerilla.

Una vez en la cubierta, escuchó de nuevo el grito. Le pareció ahora un sollozo humano. Venía de la zona de popa. Fue hacía allí y vio a un hombre agachado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Llevaba solo unos pantalones de chándal y estaba junto a una tumbona y una manta arrugada.

¡Nikos! Sí, era él. Pero no se parecía en nada al hombre que ella conocía. Parecía sacado de otro mundo. Estaba sollozando. Debía de estar en medio de alguna pesadilla. Su rostro, torturado y bañado de sudor, brillaba a la luz de la luna. Unas extrañas palabras griegas salían de sus labios. Ella no entendía ninguna, salvo el nombre de Kon que repetía una y otra vez.

Sin duda, había estado reviviendo la explosión. Ella había oído

hablar del TEPT, el trastorno de estrés postraumático, pero nunca había estado con nadie en medio de un episodio de esa naturaleza. Casi sin pensarlo, se sentó en la tumbona junto a él y lo envolvió en sus brazos.

–¡Nikos, despierta! Es solo un mal sueño –dijo ella, zarandeándole ligeramente por los hombros.

Pero él estaba demasiado inmerso en su pesadilla. Ella insistió y entonces él la agarró del brazo con fuerza y dejó escapar un grito salvaje que le puso los pelos de punta.

–Está bien, Nikos. Ya ha pasado todo. Vuélvete a dormir.

Él comenzó a sentir una especie de convulsiones, pero ella se mantuvo a su lado, viéndolo sollozar de manera intermitente durante otra media hora. Sus dedos se clavaban con fuerza en su piel a través de la bata. Tendría probablemente moratones al día siguiente. Pero no apartó el brazo. La angustia que Nikos estaba sufriendo le hacía sentirse más cercana a él. La explosión que había hecho saltar a su amigo por los aires le había traumatizado severamente. Y ella estaba siendo testigo de ese trauma.

Vio el anillo de Kon que llevaba en el dedo. El recuerdo de su amigo debió de haberlo asaltado durante el sueño. Le acarició las mejillas y se puso a decirle palabras cariñosas en voz baja para tranquilizarlo.

Nikos aflojó poco a poco la mano y comenzó a calmarse. Stephanie pensó que debía hablar con Yannis por la mañana. Él tendría que estar al tanto de lo que le pasaba a su amigo y le daría el nombre del médico que lo estaba tratando. Nikos necesitaba ayuda para superar esas pesadillas.

Siguió abrazada a él. Nikos le había dicho que el yate era ahora su casa. ¿Habría decidido subir a dormir a la cubierta? ¿Cuánto tiempo llevaría haciéndolo? Probablemente, llevaba sufriendo esos episodios de estrés postraumático desde que fue hospitalizado.

Ahora comprendía por qué no quería estar con su familia. Pero ¿y si se lesionaba él mismo durante una de esas pesadillas? ¿Y si se ponía a andar en sueños y se caía por la borda?

Después de unos minutos, Stephanie se soltó de él y se puso de pie. Durante la pesadilla, Nikos le había pasado el brazo por la barbilla como si quisiera estrangularla. Le dolía bastante, pero no le dio importancia. Tapó a Nikos con la manta y luego puso la toalla en la tumbona y se sentó allí para cuidarlo. Eran las seis menos cuarto. ¿Quién sabía cuánto tiempo estaría así?

Llevaría sentada en la tumbona otra media hora cuando vio a Yannis subir a bordo.

Se levantó sin hacer ruido y se dirigió hacia él.

–Veo que ya lo sabes –dijo Yannis con expresión grave.

–Sí. Oí sus gemidos durante la noche y vine a verlo. Ahora está descansando, pero tengo que hablar con su médico.

Yannis asintió con la cabeza.

–El que lo ve aquí es el doctor Ganis. Pasa consulta en la clínica más importante de la isla.

Era la misma que la de su nuevo ginecólogo.

–Gracias. Me alegro de que hayas vuelto. No quiero que él sepa que he presenciado sus pesadillas hasta que haya hablado con el doctor. ¿Las sufre muy a menudo?

–Ha tenido dos desde que salió del hospital: la primera noche que pasó en el yate y la de la noche pasada.

–La boda debe de haberle hecho revivir lo que le sucedió a Kon. Será mejor que vaya abajo para que no sepa que he estado aquí.

–Es una buena idea. Pero se dará cuenta cuando te vea esa marca roja en la barbilla.

–La disimularé con un poco de maquillaje.

Stephanie dio a Yannis una palmada amistosa en el brazo y se dirigió a la escalera.

Lo primero que hizo al entrar en la habitación fue buscar, en el bolso, la tarjeta de su cita con el ginecólogo. Llamó a la clínica y dejó un mensaje para que el doctor Ganis la llamara lo antes posible. Cuando dijo que era la señora de Nikos Vassalos pidiendo cita para su marido, la recepcionista le dijo que le pondría inmediatamente en contacto con el médico.

Decidió darse una ducha y lavarse el pelo mientras tanto. Cuando terminó de secárselo, vio las marcas que tenía en el brazo izquierdo y en la barbilla.

Se aplicó un poco de maquillaje para disimular la marca en la barbilla y luego sacó del armario una blusa de gasa estampada de manga larga para taparse el moratón del brazo. Se puso la blusa y unos pantalones plisados blancos que le sentaban muy bien a su nueva figura premamá.

Acababa de ponerse un poco de loción cuando sonó el teléfono. La enfermera del doctor Ganis llamaba para decirle que el doctor podía atenderla a las once, si le venía bien. Stephanie respondió que estaría allí a esa hora y colgó.

Las cosas no podían ir mejor. Había planeado ir a la ciudad, de todos modos, a comprar un par de álbumes de fotos. Se pasaría luego también por una tienda de telas para ir haciendo una mantilla al bebé. Nikos estaría ocupado con sus asuntos y así ella no lo molestaría.

Él le había dicho que podía usar el coche. Le hacía ilusión ir sola a la ciudad y descubrir nuevos lugares. Además, le gustaba cocinar. Iría a comprar al mercado y haría la comida a partir de ahora. Había pensado prepararle esa noche una cena americana para darle una sorpresa.

Quería ayudarle a superar su problema. Lo amaba con toda su alma.

Nikos se duchó y se afeitó. Luego se vistió y salió al pasillo. Justo cuando iba a llamar a la puerta de Stephanie, ella salió de la habitación y casi se chocaron. Él la agarró por los brazos para que no se cayera. Vio entonces, con sorpresa, su gesto de dolor y una marca en la barbilla que no tenía la noche anterior.

–¿Te has hecho daño?

–No –dijo ella, bajando la mirada.

Stephanie trató de salir por la puerta, pero Nikos le impidió el paso.

–¿Te ha pasado algo en los brazos?

–No, ¿por qué?

–Te has puesto manga larga con el buen día que hace. Déjame ver.

Nikos le subió con mucho cuidado la manga derecha de la blusa, pero no encontró nada que le llamara la atención. Sin embargo, al subirle la manga izquierda, vio los moratones que tenía por encima y por debajo del codo.

–¿Quién te ha hecho esto, Stephanie?

–Nadie. Fue culpa mía. Se me cayó un olla encima cuando estaba tratando de bajar una taza del armario de la cocina. Me dio en la barbilla y yo misma, del susto, me golpeé el brazo con el borde de la encimera sin querer.

–No te creo. Mírame. Estas marcas te las hecho alguien. Dime la verdad.

Ella alzó la vista y lo miró con sus ojos azules llenos de dolor.

–Está bien. Anoche, a eso de las tres y media, oí unos gemidos

que venían de la cubierta. Pensé que sería algún animal, pero cuando subí...

–Me encontraste a mí, ¿verdad?

–Sí. Me quedé a tu lado para tratar de consolarte.

Nikos se pasó la mano por el pelo, pensando que ella lo había visto en una de sus terribles pesadillas y él ni siquiera podía recordarlo.

–Podría haberte hecho daño de verdad. Y al bebé. Podría haberte...

–No pasó nada, Nikos. Estabas muy agitado, pero no te mostraste violento. Todo lo que hiciste fue pronunciar el nombre de Kon entre sollozos.

–Debería haberte hablado de mi trastorno de estrés postraumático. Estoy en tratamiento médico, pero a veces tengo pesadillas. Siento no habértelo dicho. Si te hubiera hecho algo, nunca me lo habría perdonado.

–¡No te atormentes, Nikos! Comprendo el sufrimiento que has debido de pasar desde la explosión –dijo ella, dándole un beso en los labios–. Me quedé a tu lado para tranquilizarte. Al cabo de un rato, te calmaste y te quedaste dormido de nuevo.

–Perdóname –dijo él, apartándose de ella.

–¿Por dejarme sola en nuestra noche de bodas? –dijo ella, bromeando.

–Sabes muy bien a lo que me refiero.

–No tengo nada que perdonarte. Pero no puedo permitir que sigas durmiendo solo en la cubierta con esas pesadillas. Como tú mismo me dijiste, ahora soy tu esposa, para bien o para mal, así que ¿por qué no dormimos juntos en la habitación de las dos camas? Así podría vigilarte. Tú estarías más seguro y yo también.

–Soy un riesgo para todo el mundo, especialmente para ti, estando embarazada.

–¿De dónde has sacado esa idea? Miles de soldados regresan a sus casas con lesiones de la guerra y rehacen su vida con sus mujeres, embarazadas o no. Voy a serte sincera, le pregunté a Yannis por el nombre de tu médico y concerté una cita para las once. Voy a ir contigo para conocer su opinión. Si tú no quieres ir, iré yo sola.

Stephanie se dirigió a la cocina. Nikos la siguió.

–¿Has desayunado ya? –preguntó ella.

–No podría tomar nada, después de saber lo que podría haberte

hecho. Ya no soy el hombre que conociste.

–Eso es lo que he querido decirte desde que vi ese bastón que te niegas a utilizar cuando estás conmigo. ¿No te parece que ya has demostrado con creces lo valiente que eres? –dijo ella sirviéndose un zumo de naranja.

Nikos se quedó mirándola con aire sombrío.

–Estoy pensando en hacer algunas compras mientras estemos en la ciudad –añadió ella.

–Yannis y yo ya fuimos a comprar todo lo necesario hace unos días.

–¿Has olvidado que ahora tienes una esposa americana a la que le gustaría hacerte algunos de sus platos favoritos? Podríamos llevar también la cámara de fotos para que nos las impriman en una tienda. Así podría ir poniéndolas en los álbumes.

–Veo que estás hecha toda un ama de casa. ¿Algo más?

–Ya que no sabemos si el bebé va a ser niño o niña, estoy pensando que lo mejor será hacerle una mantilla blanca con un corderito bordado. Me gustaría saber tu opinión sobre el tipo de tela más adecuado –dijo ella, mientras lavaba el vaso en el fregadero–. Iré a por el bolso. Nos veremos en el coche... Déjame las llaves, si no quieres ir.

–Iré contigo.

Mientras se dirigían a la ciudad, Nikos pensó que tenía que comprar una casa. El yate podía ser un buen lugar para hablar de negocios con Tassos, pero no el sitio adecuado para una mujer con los instintos maternales de Stephanie.

Ella entró en una tienda de fotografías y él se quedó esperándola en el coche. Pensó aprovechar la ocasión para llamar a Tassos. Su amigo conocía una villa que siempre le había gustado. Estaba en la zona más exclusiva de la ciudad y sería perfecta para ellos.

Tassos llamó, a su vez, a un amigo que era agente inmobiliario y consiguió el número de teléfono del propietario. El hombre acordó reunirse con Nikos y Stephanie a la una. Eso les daría tiempo suficiente para ver al médico antes.

El doctor Ganis se alegró de saber que Nikos se había casado con una mujer que se interesaba de verdad por su trastorno TEPT. Les dio una tarjeta con unas instrucciones:

Confíe siempre en su médico. Tenga siempre en cuenta su seguridad. No asuma ningún riesgo. La prevención es lo más importante. Olvide el pasado y preocúpese solo del futuro. No deje de tomar sus

medicamentos. Breves períodos de soledad pueden ayudarle a controlar la angustia, pero refugiarse en un «búnker», aislándose de los demás, podría ser contraproducente. Viva su conflicto con normalidad. Concéntrese en los problemas del presente y evite revivir los del pasado. Haga ejercicio, tome cosas sanas y a sus horas. Descanse mucho y trate de divertirse. Tenga paciencia cuando lleguen los malos momentos. Ya vendrán mejores.

Cuando salieron de la consulta, Nikos le pasó el brazo por la cintura, camino del coche.

–¿Te importa si dejamos las compras para mañana? Tengo una sorpresa para ti. Tomaremos algo antes de ir a ver al señor Doukakis.

Stephanie no podía imaginar de qué se trataba, pero se sentía feliz de ver a Nikos tan animado.

Se sentaron en la terraza de una cafetería. Ella pidió un granizado de lima y probó una *bruschetta* de manzana con queso de cabra. Estaba deliciosa. Nikos tomó cordero asado.

Siguiendo los consejos del médico, renunció a pedir un café bien cargado y se tomó un descafeinado.

Cuando terminaron de comer, se dirigieron en el coche hacia una colina cubierta de una espesa vegetación salpicada de flores, en la que había una villa encantadora de dos plantas. Nikos detuvo el vehículo junto a un coche que acaba de aparcar en la entrada. El hombre que estaba sentado al volante debía de ser el señor Doukakis, pensó ella.

–¿Qué estamos haciendo aquí?

Nikos apagó el motor y se volvió hacia ella.

–Tratando de comprar una casa.

–¿Qué? Pensé que...

–No vamos a vivir en el yate toda la vida. Sería absurdo montar el cuarto del niño en un camarote, bajo la cubierta de un barco.

–Tienes razón, yo tampoco tenía intención de hacer tal cosa. Pero, en cuanto a la mantilla del bebé, estoy deseando poder empezarla.

–Estás eludiendo la cuestión, Stephanie. Si no te gusta esta casa, encontraremos otra mejor.

Cuando más feliz estaba, él había salido con aquella idea descabellada. Ya se estaba imaginando cómo sería su vida allí. Se pasaría todo el día encerrada en aquella casa mientras él se quedaba

trabajando en el yate hasta muy tarde. ¡De ninguna manera!

–Yo no quiero una casa para que tú estés todo el tiempo fuera.

–Si quieres una gran mansión, no tienes más que decirlo –replicó él con el ceño fruncido.

–Pensé que ya habíamos dejado clara esta cuestión, pero veo que no. Yo no me he casado contigo por tu dinero. Pero, por si no te habías dado cuenta, me gusta vivir junto al mar.

–El yate no es un lugar para un bebé.

–¡El bebé no nacerá hasta dentro de varios meses! Me sentiría como una mujer mantenida si tuviera que estar encerrada en una casa como esta. Si tanto te molesta tener una mujer alrededor a todas horas, podrías comprarme uno de esos veleros que se ven en el puerto deportivo de Egnoussa. Te devolvería el dinero cuando vendiera mi apartamento.

–No quiero oírte decir una palabra más, Stephanie –dijo Nikos.

–Yo no fui la que empezó esto, así que diré lo me plazca. Un barquito sería la solución. Y costaría mucho menos que una mansión. Podría incluso alquilarlo yo misma. Yannis me ayudaría a escogerlo. Lo amarraríamos al yate. Yo viviría en el velero y tú en el yate. Seríamos la comidilla de la isla, pero, al menos, no discutiríamos nunca.

Nikos se bajó del coche de mal humor y se dirigió al propietario de la casa. Estuvo hablando con él unos minutos. Luego volvió y se sentó al volante de nuevo.

Ella intuyó que él estaba deseando arrancar bruscamente haciendo chirriar los neumáticos, pero Nikos se controló y regresaron tranquilamente al muelle.

Cuando llegaron al aparcamiento, ella ya se había arrepentido de haberle hablado de esa forma.

Recordó los consejos del médico. Había que vivir los conflictos con normalidad y concentrarse en los problemas del presente, no en los del pasado.

–Espera, Nikos –dijo ella, mientras él abría la puerta–. Discúlpame por lo de antes. En lugar de darte las gracias por tu generoso ofrecimiento, te lo eché en cara.

–Debería haberte contado antes lo de la casa.

–Me temo que mi reacción habría sido la misma. Comprendo que te sientas a gusto viviendo por tu cuenta en el yate con Yannis. Yo he venido a trastocar tu mundo. Podemos empezar de nuevo. Te prometo que no seré una molestia en tu vida ni me interpondré en

tu camino. Pero no puedo ser un bulto inútil. Dame un trabajo y lo haré. Además de hacer mi parte de la limpieza.

–¿De verdad quieres cocinar? –dijo él, arqueando una ceja.

–Sí. Puedo hacerte las comidas que quieras.

–Muy bien. Vamos al mercado. Desde que mencionaste la comida americana, estoy deseando probarla.

Stephanie suspiró aliviada. Habían conseguido superar otra desavenencia.

–Te prometo que no te arrepentirás.

Aquella noche, cenaron pollo frito y tarta de manzana. Stephanie sonrió complacida al ver todos los platos limpios. Había pasado la primera prueba con buena nota.

Yannis se levantó de la mesa y le guiñó un ojo.

–Si todas tus comidas son tan buenas, acabaré engordando en pocos días.

–Me alegro de que te haya gustado.

Cuando el viejo marinero se fue, Nikos se recostó en la silla y esbozó una leve sonrisa.

–Supongo que sabes que tienes un contrato fijo como cocinera. Te ayudaría con los platos, pero vamos a zarpar ahora mismo con rumbo a Egnoussa y tengo que echar una mano a Yannis.

–¿Tienes algún asunto importante allí?

–Sí. Quiero presentarte a mis padres esta noche.

–¿Saben ya lo nuestro? –preguntó ella, con el corazón en un puño.

–Aún no. Los telefoneé y les dije que iba a ir a verlos. Ya es hora de que conozcan a su nuera.

La noticia la llenó de confusión. Por un lado, se alegraba de que su matrimonio dejara de ser un secreto. Pero, por otro, le angustiaba la idea de no causar una buena impresión a sus padres.

–Me pondré la blusa de manga larga con una de mis faldas nuevas.

Él asintió con la cabeza y la miró con expresión seria.

–Stephanie... Deja que sea yo el que lleve la iniciativa y no te dejes intimidar por mi padre.

Cuando Nikos salió de la cocina, ella colocó los platos en el lavavajillas. Ya estaba empezando a sentirse intimidada.

Se vistió y esperó en la cubierta a que el barco atracara en el muelle de Egnoussa. Hacía una noche maravillosa. Había muy poca gente por el puerto.

Vio llegar a Nikos. Estaba espectacular. Se había puesto una camisa negra de seda y unos pantalones gris oscuro. Para su sorpresa, llevaba el bastón. Era la primera vez que lo veía con él.

Nikos se acercó a ella y la agarró de la mano. Bajaron del barco y comenzaron a caminar por el muelle hacia un vehículo negro que había al otro extremo esperándolos.

Cuando llegaron al coche, ella le apretó la mano. Pero todo el valor que había almacenado se desvaneció como por encanto cuando una impresionante rubia de bellos ojos castaños abrió la puerta y salió del asiento del conductor.

–Nikolaos. ¡Cuanto tiempo sin verte!

–Natasa –dijo él, soltando un instante la mano de Stephanie para dar dos besos a Natasa en las mejillas–. No sabía que estuvieras en la isla.

Stephanie se sintió angustiada. Estaba frente a la mujer con la que él probablemente se habría casado si los caprichos del destino no se hubieran interpuesto en su vida.

–Cuando me enteré de que ibas a venir, les pedí a tus padres que me dejaran venir a recogerte para poder hablar un rato en privado. Pensaba que ibas a venir solo. ¿Quién es tu amiga?

Nikos se volvió entonces hacia Stephanie.

–Stephanie Walsh de Florida. Llegó hace unos días. Stephanie, esta es Natasa Lander, un vieja amiga.

–¿Cómo está usted, señorita Lander?

A pesar de la penumbra, ella vio cómo el rostro de Natasa mudaba de color.

–¿Cómo conoció a Nikos, señorita Walsh?

–Coincidimos durante unas vacaciones en el Caribe.

–Déjame que lleve el coche –dijo Nikos–. Ya tendremos tiempo de contarnos todas las novedades cuando lleguemos a casa.

Mientras abría a Natasa la puerta del asiento trasero, Stephanie tomó su bastón y se sentó en el asiento del acompañante.

¿Por qué se le habría ocurrido a Nikos llevarla allí? ¡Aquello era peor que una pesadilla!

Por el camino, Nikos conversó con Natasa como lo haría con cualquier vieja amiga, hasta que llegaron a la impresionante mansión de los Vassalos. Se erigía junto a la cima de una colina. Tenía una fachada de color beis y un tejado a dos aguas de color naranja tostado.

Nikos aparcó el coche junto a la puerta de atrás de la casa.

Natasa se dirigió directamente a la casa. Stephanie le dio el bastón a Nikos, pero él lo dejó en el asiento de atrás y le agarró la mano.

–¿Preparada? –preguntó él en voz baja.

Ella asintió, no muy convencida. Él la estrechó en sus brazos. Vio que la luz de sus impresionantes ojos negros había vuelto a encenderse. Era una señal evidente de que no había esperado ver a Natasa allí. Sospechó que su presencia en el puerto había sido orquestada, a propósito, por el padre de Nikos.

–Tal vez, esto te sirva de ayuda –dijo Nikos besándola en la boca de forma salvaje.

Stephanie se apretó contra él y respondió a su beso con una entrega total. Después de todo, estaba devolviendo el beso a su marido. El beso que él le había negado la noche anterior.

De repente, oyó la voz de un hombre profiriendo una serie de duras palabras en griego.

Con la respiración entrecortada, puso las manos sobre el pecho de Nikos. Él se lo tomó con más calma, aunque finalmente se apartó de ella.

–Buenas noches, papá –dijo Nikos sin dejar de mirarla–. Stephanie y yo entraremos en seguida. ¿Te importaría darnos un minuto más?

Stephanie oyó una nueva andanada de palabras airadas.

–No te molestes, papá, ella no habla griego.

–¿Cómo te atreves a traer a esta americana cazafortunas a nuestra casa?

–Porque es mi esposa. Nos casamos ayer en la iglesia en la intimidad. Quería que fueras el primero en saberlo.

–Anularemos esa boda.

–No es posible, papá. El padre Kerykes nos casó. Espero que mamá y tú aceptéis a Stephanie en la familia. Si no, nunca os dejaré ver a vuestro nieto.

–¡Así que estás preñada! –exclamó el padre casi con un gruñido–. Es lo que me imaginaba. Ya se lo dije a Nikos cuando llegaste a Egnoussa siguiéndole el rastro. ¿Estás tratando de engañar a mi hijo, haciéndole creer que el bebé es suyo? Hay una palabra para las mujeres como tú.

–Siento que piense eso de mí, señor Vassalos –replicó ella–. Estaba deseando conocer al padre de un hombre tan maravilloso e íntegro como Nikos. Ambos son muy afortunados. Yo nunca conocí

a mi padre. Pero tengo que decir que me apenan sus palabras. A nuestro bebé, le gustaría conocer a sus abuelos. Solo espero que algún día pueda cambiar la opinión que tiene de mí y nos permita entrar en su vida. Ahora, si me disculpa, me voy al coche. Esperaré allí a Nikos, mientras él habla con ustedes. *Kalinihta*.

«Buenas noches» era una de las pocas expresiones en griego que ella había aprendido, de tanto escucharla a Nikos y a Yannis.

Nikos volvió poco después y se sentó al volante. Permanecieron callados todo el trayecto hasta llegar al puerto.

Nikos detuvo el coche en el área del aparcamiento reservada a Vassalos Shipping, dejó las llaves dentro y regresaron al yate.

–Deseaba conocer a tu familia, Nikos, pero no podía quedarme allí. Habría sido una situación muy desagradable para todos. He tratado de comportarme de forma correcta, pero no podía tolerar que tu padre me insultara de esa manera. Tal vez, con el tiempo, las cosas cambien. Espero que me comprendas.

Nikos la ayudó a subir a bordo y luego la miró fijamente.

–Te debo una explicación.

–Si te refieres al beso que me diste en la puerta, imagino que lo hiciste para desafiar a tu padre.

–Estás muy equivocada si piensas eso. Justo cuando pensaba que mi padre había renunciado ya a sus artimañas, me di cuenta de que estaba tratando de comprometerme una vez más con Natasa. Pero, esta vez, tú estabas allí. El hematoma de tu barbilla, destacaba a la luz de la luna, recordándome que fuiste capaz de enfrentarte a mis demonios y quedarte conmigo esa noche. Demostraste tener mucho valor olvidándote de todo para ayudarme. Nadie se ha sacrificado nunca tanto por mí. Sentí la necesidad de demostrarte lo que sentía. Mi padre tendrá que vivir con la imagen que vio, besándonos junto a la puerta de su casa.

Stephanie tragó saliva, emocionada por la sinceridad de Nikos.

–¿Crees que Natasa nos vio también?

–Si nos vio, espero que le haya servido para abrirle los ojos.

Stephanie desvió la mirada, como muestra de solidaridad hacia su rival.

–Me habría gustado conocer a tu madre.

–Algún día te la presentaré. A ella y a toda la familia.

¡Algún día! Eso sonaba tan lejano...

–Nikos... Sobre lo del bebé...

–¿Estás bien? –exclamó él alarmado.

–Sí, estoy bien. Solo que me sorprendió cuando le dijiste a tu padre que era su nieto.

–Oír la verdad de mis labios ha puesto fin a su sueño de casarme con Natasa para consolidar el poder de la familia. Lleva obcecado con eso desde hace una década, pero desde que me negué a seguir trabajando en su empresa, ha perdido su poder sobre mí.

–¿De qué tiene miedo?

–Hubo un tiempo en que él pensaba que yo era hijo de Costor Gregerov.

Stephanie se quedó pensativa unos segundos y luego dejó escapar un grito ahogado.

–¿Tu madre y el padre de Kon...?

–Es algo complicado. Mi madre y la madre de Kon fueron muy buenas amigas. Crecieron juntas en Oinousses. Mis padres se casaron primero y tuvieron dos hijos antes de nacer yo. El matrimonio de Tiana con Costor creó un gran malestar en la familia, porque él tiene sangre turca. Los turcos están mal vistos en algunos ámbitos de la sociedad griega. Cuando Tiana se casó con Costor, se vio sola frente al mundo. Tenían cuatro hijos cuando Kon nació. Mi madre apoyó a Tiana en todo y se mostró muy comprensiva con Costor. Por eso, alguien difundió el rumor de que tenían algo más que una buena amistad. No era cierto. Pero mi padre era un hombre muy intolerante. Tomó por cierta la calumnia y pensó que yo era hijo de Costor. Desde entonces se abrió una brecha en la familia que aún sigue sin cerrar.

–Aún no existía la prueba de ADN cuando naciste.

–No era necesaria. Como Tiana me dijo una vez, los Vassalos tenemos un sello inconfundible. Por desgracia, no sirvió para evitar el deterioro del matrimonio de mis padres. A pesar de todo, mi madre nunca ha querido separarse de él, porque lo ama. Mantuvo su amistad con Tiana, lo que propició la mía con Kon. Pero el daño causado a ambas familias fue irreparable.

–Debió de ser algo terrible –dijo ella, aferrándose a la barandilla.

Nikos asintió con la cabeza.

–Mi padre se convirtió en una persona muy dominante y posesiva. Trató de gobernar mi vida para que no me mezclase con gente como la familia de Kon. Cuando yo era adolescente, entabló una buena relación con la familia Lander, sentando las bases del futuro que deseaba para mí. Pero fue demasiado lejos cuando me mandó cortar mi amistad con Kon, que había llegado a ser como un

hermano para mí. Naturalmente, desafié a mi padre. Todo llegó a su punto álgido cuando Kon necesitó dinero para el divorcio. Yo le di lo que había ahorrado con mi trabajo. Mi padre se enteró y amenazó con repudiarme. Le dije que no sería necesario, porque Kon y yo nos habíamos alistado en la marina y nos iban a enviar lejos de allí. Volví a casa para ver a mi madre, aprovechando un permiso. Pero ya nada volvió a ser como antes. Mi padre siguió siendo un intransigente y un desconfiado.

–Por lo que parece, no solo le disgustan los turcos, sino también los americanos –dijo ella.

–Él está predispuesto a rechazar a cualquiera que sospeche que pueda tener alguna influencia sobre mí. Invertí mi paga militar en adquirir el *Diomedes*. No quería tener ninguna deuda con él.

–No sabes cómo lo siento…

–Has entrado en una familia muy complicada. No intentes arreglarlo todo esta noche. Pareces cansada. No me extraña, después de la lucha que libraste anoche conmigo. Baja a descansar, yo me quedaré aquí esperando a Yannis. Zarparemos con rumbo a Oinousses en cuanto llegue.

Capítulo 8

1 de septiembre

Nikos sintió algo especial al ver al médico extendiendo el gel sobre el abdomen de Stephanie para hacerle una ecografía Doppler.

–¡Oh! ¡Qué frío está!

–Todas mis pacientes dicen lo mismo.

–¿Te encuentras bien?

–Por supuesto que sí –respondió el doctor a Nikos con una sonrisa–. Siéntese, *kyrie* Vassalos, y mire la pantalla del monitor. Echaremos un vistazo a ver cómo va el bebé. Será solo cosa de diez minutos.

El médico comenzó a desplazar la sonda por el vientre. Pronto se escuchó el sonido del latido del corazón.

–¿Oyes eso, Nikos? –exclamó Stephanie, llorando de emoción.

–El pulso del bebé es constante y fuerte –dijo el doctor.

Nikos se quedó como hipnotizado al ver las imágenes que daban testimonio del milagro viviente que crecía dentro del vientre de su esposa.

–Todo está bien –dijo el médico, asintiendo levemente con la cabeza.

–¿Entonces está sano? –preguntó Stephanie casi a la vez que Nikos.

–Todo se ve normal. Aunque el bebé es aún muy pequeño. Podría caber en la palma de su mano –dijo el doctor Panos–. Ahora vamos a conocer su sexo. Para eso, señora Vassalos, tiene que girarse un poco hacia mí. Sé que debe de sentirse algo incómoda después del agua que ha bebido, pero será solo un par de minutos. Luego podrá ir al baño.

–Mientras venga bien, me da igual que sea niño o niña –replicó ella.

Nikos estaba también ahora más tranquilo. Había estado muy preocupado pensando que podría haber hecho algún daño al bebé la noche que sufrió el episodio de TEPT.

A pesar de que deseaba acostarse con ella, se cerraba en la habitación por dentro todas las noches, por si sufría una de sus pesadillas.

–No se observa con claridad. Tal vez, debamos dejarlo para dentro de ocho semanas, al final del segundo trimestre –dijo el médico, moviendo la sonda y mirando a la vez al monitor–. Desde luego, no deja de dar patadas.

–Eso es buena señal –dijo Stephanie al médico–. Quiero enseñarle a bucear cuanto antes.

–Así que es usted aficionada al buceo.

–Los dos lo somos –replicó Nikos.

Después de un silencio largo y expectante, el doctor Panos se volvió hacia ellos.

–Entonces esperemos que él comparta también su afición.

–¿Él? –exclamaron los dos al unísono.

–¿Ven eso? –dijo el médico, señalando a la pantalla a un pequeño punto de la anatomía del bebé–. Ahí tienen a su hijo. ¿Tienen ya nombre para él?

Stephanie miró a Nikos con los ojos llenos de lágrimas.

–¡Nikolaos Alexandros Vassalos!

–Eso suena definitivo –replicó el doctor Panos, desconectando el aparato y entregando una impresión de la ecografía a cada uno–. Ya puede levantarse e ir al baño. Siga tomando el hierro y las vitaminas, y descanse todo lo que pueda. Nos veremos dentro de un mes. Concierten una cita con mi secretaria al salir.

–¡Gracias! –exclamó Stephanie muy emocionada.

–Enhorabuena.

Nikos estrechó la mano al doctor y se quedó mirando la ecografía mientras esperaba a que Stephanie saliera del baño. Recordó aquel día en el hospital cuando le dijeron que nunca podría ser padre. No podía creer que ahora estuviera viendo la imagen de su hijo.

Stephanie salió del baño con la cara radiante de felicidad.

La secretaria del doctor Panos les dio cita para la primera semana de octubre.

–Esto hay que celebrarlo –dijo Nikos cuando llegaron al aparcamiento–. ¿Qué te gustaría hacer?

–Ir a una tienda de muebles y comprar una cuna. Casi he terminado ya la cenefa de la mantilla y estoy deseando verla instalada en la habitación.

–¿No sería mejor ir antes a ver si encontramos una casa?

–Pensé que habíamos dejado eso claro hace un mes. Seamos sinceros. ¿Quieres, de verdad, vivir en una casa? ¿O solo lo dices para tenerme allí enclaustrada y tener tu propio espacio para que no te moleste mientras tratas tus negocios en el yate?

–El espacio no es el problema.

–Entonces, ¿cuál es? –preguntó ella.

–Solo estaba pensando en tu felicidad mientras haces los preparativos para el nacimiento de nuestro bebé.

–Yo estoy muy feliz, pero tú no pareces estarlo tanto. Así que tengo una idea. Mientras vuelvo al yate, puedes ir a ver al señor Doukakis y buscar la casa que te guste. Avísame cuando la encuentres y me iré a vivir allí.

¡Maldita sea! Él solo había mencionado lo de la casa para complacerla. No había sido su intención arruinar la felicidad que los dos sentían en aquel día tan especial.

–No todas las mujeres que tienen un bebé quieren vivir junto al mar.

–Yo no soy como todas las mujeres –replicó ella–. El yate es un hogar para mí. Desde mi apartamento, estaba acostumbrada a ver a los transatlánticos y soñaba con poder navegar algún día por todo el mundo. Ha sido siempre la ilusión de mi vida.

–Está bien. No volveré a hablarte de comprar una casa nunca más. Iremos a comprar la cuna, almorzaremos en la isla y después regresaremos al *Diomedes*.

–Nikos, perdóname si te has enfadado conmigo. No sé cómo he podido hablarte así cuando estás siempre dispuesto a complacerme. Me sentía tan feliz que no quería que nada cambiase. He sido una egoísta. Te prometo no volver a quejarme de nuevo. Lo último que querría ser es una esposa cascarrabias.

–¿Cascarrabias? –exclamó él, sin comprender exactamente la expresión.

–Sí, la típica mujer que está buscando siempre problemas a su marido y le parece mal todo lo que hace.

Nikos le acarició las mejillas y la miró fijamente.

–Tú no eres nada de eso.

–Yo soy la bola de la cadena que te retiene atado a mí –dijo ella muy seria.

–¿De dónde has sacado esa tontería? –exclamó él, soltando una carcajada.

–De lo que tenías pensado hacer antes de que yo me aventurara a entrar en territorio Vassalos sin permiso. Cuando miro hacia atrás, no me puedo creer que haya sido tan atrevida.

Tampoco él podía creer que fuera el mismo hombre que se había tropezado con ella en el muelle. Ese hombre que estaba sumido en la desesperación, sin un atisbo de esperanza.

Deslizó las manos por sus hombros, jugando con su pelo rubio platino. El deseo que sentía lo estaba devorando por dentro. Sí, estaba embarazada. Y él tenía la prueba en el bolsillo.

Su boca estaba muy cerca de la suya. No podía hacer otra cosa que besarla en presencia de toda la gente que entraba y salía de la clínica. La besó apasionadamente y se estremeció al sentir su entregada respuesta.

–A ver si te atreves a besarme así cuando estemos en el yate y nadie nos esté mirando –dijo ella con una mirada provocativa.

Eso era lo que le cautivaba de Stephanie. A pesar de su carácter, tenía un gran sentido del humor. Llevaban un mes juntos y seguía deseándola como el primer día.

Podría esperar a llegar al barco. Se había tomado el día libre y estarían allí solos, sin nadie alrededor.

–No sabes la alegría que me da verte ensamblando la cuna. Yo no habría sabido hacerlo –dijo Stephanie, sentada al borde la cama, terminando el bordado de la mantilla del bebé.

Miró la ecografía por enésima vez. No se cansaba de contemplar la imagen de su hijo. ¿Cómo podía haber dudado Nikos de que aquella criatura fuera suya?

Pero trataba de comprenderlo. Había sufrido unas experiencias tan amargas que le habían llevado a tener una visión muy escéptica de las mujeres y de la vida misma.

Habían comido espléndidamente: un filete de lenguado con uvas y alcaparras.

–Me siento inflada. Creo que he engordado demasiado desde la primera vez que fui a la consulta de mi ginecólogo de Florida. La culpa la tiene esta comida de Oinousses.

–Yo diría que la culpa es de la nueva cocinera –replicó él con una sonrisa–. Yo estoy recuperando todos los kilos que perdí en el hospital. Cuando estábamos en el Caribe, nunca me dijiste que se te diera tan bien esto de la cocina.

–Me alegro de que os gusten mis comidas. Mi madre siempre estaba fuera trabajando, así que mi abuela me enseñó muchas de sus recetas.

–Yannis dice que Maria a tu lado es una principiante.

–Supongo que es cuestión de gustos. El aceite de oliva frente a la mantequilla. El encuentro de dos culturas –dijo ella con una sonrisa–. Por cierto, ¿qué te parecería si fuera a clases de griego? Tú hablas inglés perfectamente. Me avergüenza no poder hablar contigo en griego.

–Es una idea excelente.

–¿Lo dices en serio?

–Por supuesto. Me encargaré de ello... Mira, la cuna ya está terminada. ¿Qué te parece?

–¡Me encanta! Creo que acertamos cuando la elegimos de nogal. Será ideal para Alex –dijo ella, bajándose de la cama para colocar el colchón y la mantilla en la cuna–. Espero que Alex tenga el pelo negro como tú. Con el blanco de la tela, hará un contraste magnífico. Estoy ya deseando tenerlo en brazos, envuelto en su mantilla.

Nikos se acercó a la cuna, quitó la mantilla y se la puso a ella en los hombros.

–Si Alex tiene el cabello rubio como tú, quedará aún mejor. Todos sus amigos le tendrán envidia por tener la madre más guapa de toda Oinousses.

–Nikos... yo...

No pudo seguir. Nikos la besó tiernamente, saboreando su boca suavemente como si fuera algo muy frágil y valioso. Stephanie sintió un calor intenso, abrasándola por dentro, al tiempo que sentía cómo le flaqueaban las piernas. Deslizó las manos por su pecho hasta sentir los latidos de su corazón bajo la camisa de sport. Había estado esperando mucho tiempo una señal de que él aún la deseaba y ahora respondía con una pasión de la que ella misma estaba sorprendida.

Él la levantó en brazos, la dejó en la cama y se tendió a su lado.

–Cuando vi hoy al médico extendiendo el gel y moviendo la sonda por tu vientre, me hubiera gustado sentir al bebé. Déjame que lo sienta ahora –dijo él con la voz vibrante de emoción.

Ella se estremeció cuando él le levantó la blusa y le bajó un poco el elástico de la falda.

–Aquí está nuestro bebé –dijo ella, guiándole la mano por el

vientre.

Nikos puso los labios en aquel punto y ella se estremeció al sentir su beso en el vientre. Una sensación indescriptible de felicidad se adueñó de ella. Dejó escapar un gemido y una vez más sus bocas se buscaron. Y se encontraron.

–No tengas miedo de hacerme daño –dijo ella, deseando sentirse entre sus brazos.

Aunque ella sentía su creciente deseo y excitación, él se contuvo, besándola con ternura más que con la pasión desenfrenada que una vez le había demostrado. Pero ella deseaba más.

–No quiero hacer nada que pueda dañar al bebé –dijo él, hundiendo la cara en su cuello.

–No te preocupes por eso, a menos que la lesión que tuviste te impida...

–¿Qué quieres decir? –exclamó él, levantando la cabeza, con un gesto de sorpresa.

–Sufriste una profunda contusión en la columna durante la explosión. Cuando te exiges demasiado, puedo ver el dolor en tu cara, pero me pregunto si es algo más que eso.

Él se bajó de la cama y se quedó de pie junto a ella.

–Explícate mejor, por favor.

Ella se sentó en la cama, furiosa consigo misma, por haber malogrado la magia del momento.

–Me he estado preguntado si tu trastorno de estrés postraumático no ha sido la única razón por la que no has querido dormir conmigo en la habitación de las dos camas. Si no puedes hacer el amor, dímelo, por favor. ¿Aún no sabes que eso no sería lo más importante para mí?

–No tengo ningún problema sobre ese aspecto.

–Siento haber sacado una conclusión errónea –dijo ella, balbuceando.

Era una buena noticia. Sin embargo, eso significaba también que él tenía otra razón para no querer hacer el amor con ella. Temerosa de saber cuál podría ser, se bajó de la cama y volvió a dejar la mantilla en el borde de la cuna. Luego se puso a arreglar un poco la habitación. Se sentía incómoda después de lo que le había dicho y no sabía cómo arreglarlo.

–Déjalo. Yo me encargaré de esto –dijo él.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Stephanie tomó un libro que había estado leyendo y subió a la cubierta para poner distancia entre

ellos. Ahora que sabía la verdad de sus propios labios, podía imaginar lo que habría sido la vida de Nikos después de que su padre hubiera acusado a su madre de serle infiel por un simple rumor. Esa experiencia había quedado grabada en su mente. La sospecha de que el bebé pudiera no ser suyo había cambiado por completo la dinámica de su matrimonio.

–¿Stephanie?

Ella giró la cabeza. Acaba de echarse en una tumbona y estaba leyendo el libro tranquilamente.

–¡Yannis! No sabía que estabas aquí. Pensábamos que no volverías hasta más tarde.

–He venido a hacer algunas reparaciones que había pendientes antes de que se haga de noche.

–Nikos ha estado montando la cuna en mi habitación. Te quedarás impresionado de lo bien que ha quedado. Nuestro hijo estará muy bien en ella.

–¿Va a ser niño? –exclamó Yannis con una sonrisa de alegría.

–Eso es lo que el doctor nos ha dicho. Hemos pensado llamarlo Alex.

–Es un nombre muy bonito.

–Sí. Dile a Nikos que te enseñe la ecografía.

–Me alegro mucho por vosotros.

–Sí, nosotros también estamos muy contentos. Gracias por todo lo que estás haciendo por mí, Yannis.

–Es un placer.

–Nikos no sabría qué hacer sin ti, a pesar de las torturas a que lo sometes todos los días con esos ejercicios de rehabilitación, según me dice.

–Es la verdad. Es un auténtico tirano –dijo Nikos, acercándose a ellos–. Supongo que mi esposa te habrá dado ya la noticia.

–Sí –replicó Yannis–. Y dice que tienes una foto de tu hijo.

–Mírala –replicó Nikos, sacándola del bolsillo.

El viejo marinero entornó los ojos para verla mejor.

–Es igual de guapo que su madre.

–Hace un rato le estaba diciendo a Stephanie que sus amigos del colegio le envidiarán por tener la *mana* mas bella de toda la isla.

«Sin embargo, no puedes creer que seas su padre», sintió ella ganas de gritar desde lo más hondo de su corazón.

Pero sabía que tenía que controlarse. Aún tenían por delante cinco meses de embarazo.

Capítulo 9

10 de diciembre

Durante los últimos cuatro meses, Yannis había estado llevando a Stephanie a sus clases de griego, después de desayunar. Las clases duraban dos horas y las impartía Borus, un abogado de cuarenta años, que se ganaba así un dinero extra en sus ratos libres.

Ella estaba encantada con las clases, pero Nikos, a pesar de lo que el doctor Panos les había dicho, se sentía cada vez más angustiado, pensando en las posibles complicaciones que podrían surgir a última hora con el bebé, y agobiaba a Stephanie con sus temores.

Ya le había dicho que dejara sus sesiones de buceo con la esposa de Tassos y ahora, a falta de tres semanas para salir de cuentas, le acaba de decir que tendría que dejar las clases de griego el día diecisiete con motivo de las vacaciones de Navidad.

El *Diomedes* llevaba anclado en el muelle desde hacía varias semanas y Nikos utilizaba un pequeño barco para ir a la plataforma petrolífera erigida en alta mar.

Cuando Stephanie salió de clase esa tarde, encontró a Yannis muy serio y cabizbajo.

–¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Nikos? –preguntó ella alarmada.

–No. Hay una mujer que desea hablar contigo. Te está esperando en la cubierta del *Diomedes*.

–¿Quién? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–*Kyria* Vassalos, la madre de Nikos.

–¡Oh! ¿Está Nikos con ella?

–No, está en la plataforma. Su madre ya lo sabía. Ha aprovechado que su marido se encuentra hoy en Atenas de negocios para venir aquí. Pero, si no quieres verla...

–Iré a verla ahora mismo.

Stephanie estaba deseando conocerla. Lamentaba tener que presentarse con los estigmas de su embarazo: la tripa inflada, los

pies hinchados y la cara con signos visibles de cloasma. Si había algo positivo, era que podía mantener ahora una conversación básica en griego.

Al llegar al puerto, vio a la madre de Nikos apoyada en la barandilla de la cubierta del yate. Tenía un pelo negro precioso recogido con mucho estilo. Era muy esbelta y delgada, aunque algo más baja que ella. Llevaba unos pantalones blancos y una blusa azul muy elegante. Era una verdadera belleza griega. Sin duda, Nikos había heredado de ella su atractivo.

Cuando subió a bordo, la mujer la miró fijamente con sus ojos castaños.

–Espero que no te importe –dijo ella en inglés–. Quería conocer a la mujer de mi hijo. Lamento no haberlo hecho cuando fuiste a nuestra casa. Quiero que sepas que estoy avergonzada del comportamiento que mi marido tuvo contigo. Me llamo...

–Hestia –dijo Stephanie, adelantándose a ella–, me alegro mucho de que estés aquí. Te felicito por tener un hijo tan maravilloso –añadió con su mejor griego–. Yo lo amo con toda mi alma.

–Él debe de sentir lo mismo por ti. Se casó contigo al día siguiente de tu llegada a Grecia.

–No. Se casó conmigo solo por el bebé. Pero no cree que sea su padre.

–No lo entiendo.

–Ven abajo y hablaremos.

Bajaron por la escalerilla y entraron en su dormitorio, convertido ahora en un auténtico cuarto de niños.

–Por favor, siéntate. Tengo algo que darte –dijo Stephanie, sacando un álbum de fotos de la cómoda–. Me habría gustado que estuvieras en la boda, pero, ya que no pudo ser, te he preparado esta colección de fotos para que tu marido y tú podáis tenerlas –añadió ella en una mezcolanza de griego e inglés.

Hestia abrió el álbum y estuvo mirando las fotos durante cinco minutos sin decir nada. Cuando levantó la cabeza, sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

–Nikos me contó lo que tuviste que pasar cuando te quedaste embarazada de él y tu marido creyó aquellas calumnias. Me temo que es lo mismo que me ha sucedido a mí. Coincidimos en unas vacaciones en el mes de abril. Estuvimos diez días juntos. Luego él tuvo que volver al servicio activo y sufrir aquella terrible experiencia... Y empezaron sus dudas y desconfianzas.

Su madre asintió con tristeza.

–Fue una experiencia muy traumática para él. Estuvo a punto de derrumbarse.

–Ahora está mucho mejor, pero no creerá que el bebé es suyo hasta que Alexandros nazca.

–¿Podrás perdonar a mi hijo por esto?

–¿No perdonaste tú a su padre? –respondió Stephanie con mucha dulzura, y luego añadió, enseñándole la ecografía del bebé–: Mira, es de cuando estaba de cuatro meses. Medía solo doce centímetros. Ahora ya se ha hecho más grande –añadió ella, llevándose las manos al vientre.

Hestia se puso de pie, dejó el álbum en la cómoda y abrazó a Stephanie.

–Tenéis que ir a casa en Navidad y quedaros el día entero. Todo el mundo quiere conocerte. No voy a aceptar un no por respuesta.

–Allí estaremos. A pesar de la enemistad con su padre, Nikos no se negará a acompañarme. Está muy atento conmigo estos últimos días. Me acompaña a todas partes. ¡Incluso hasta cuando voy al baño!

–Así era mi marido en los embarazos de nuestros tres hijos. Todo dudas y recelos. Bien. Tengo que irme. No quiero que Nikos me encuentre aquí cuando vuelva.

–Yannis te acompañará hasta el muelle –dijo Stephanie, dándole el álbum.

–Cuídate, Stephanie. Ya te queda muy poco.

–No te preocupes. Nikos ya lo hace por todos.

Las dos se echaron a reír.

17 de diciembre

Nikos se sentía feliz, mientras esperaba a que Stephanie saliera de su última clase de griego. El doctor Panos les había dicho que todo seguía bien y que volvieran en dos semanas. Había recomendado a Stephanie que descansara y mantuviera los pies en alto, y él iba a encargarse de que siguiera las instrucciones a rajatabla.

Justo cuando, llevado de su impaciencia, estaba a punto de entrar a buscarla, Stephanie apareció en la puerta acompañada por su profesor. Llevaba el vestido blanco que compró el primer día que

salieron de compras.

Cuando ella vio a Nikos, se despidió de su profesor y se dirigió corriendo hacia él.

Nikos le abrió la puerta y la ayudó a subir al coche, embriagado por el aroma de su champú con esencia de fresas. Sintió un vuelco en el corazón cuando ella le rozó accidentalmente con el vientre al pasar. Por algún extraño milagro, seguía tan hermosa y deseable como antes del embarazo. No tenía esos síntomas de los que otros maridos hablaban cuando se referían a sus esposas. A pesar de que ella se quejaba de su hinchazón y del cloasma, y decía que parecía un mapache, nunca la había visto tan femenina.

Tenía pensado comer con ella e ir luego a hacer las últimas compras navideñas.

Había dicho a Yannis que fuera poniendo el árbol de Navidad en el cuarto de estar para darle una sorpresa. Él no era muy amigo de esas cosas, pero sabía que su esposa, como buena americana, le tenía mucho apego a esas tradiciones.

–¿Tienes hambre? –preguntó él antes de arrancar el coche.

–Por extraño que parezca, no. Pero, si quieres comer algo, te acompañaré.

–La verdad es que me gustaría hacer ahora las compras para volver a casa cuanto antes. Hoy cocinaré yo y te sorprenderé con algo que nunca has probado.

Ella sonrió encantada de su iniciativa.

–Podemos ir al centro comercial. Así podremos comprarlo todo en el mismo sitio.

–Muy bien. Por cierto, tengo que decirte que Tassos me llamó hace un rato, mientras te estaba esperando. Elianna y él nos han invitado a pasar la Navidad en su casa con su familia.

Stephanie se revolvió inquieta en el asiento.

–Es un detalle muy amable por su parte, pero no podemos ir.

–¿Por qué no? –preguntó él con el ceño fruncido.

–En otras circunstancias, iríamos, pero... Tengo algo que confesarte.

Nikos temió que hubiera alguna complicación imprevista en el embarazo.

Detuvo el vehículo en la acera y apagó el motor.

–¿Te encuentras mal?

–No se trata de mí, sino de... nosotros.

–¿Quieres decir que, después de todos estos meses, vas a

confesarme quién es el padre de tu bebé?

–¡No! No es nada de eso. Tu madre vino a verme la semana pasada mientras tu padre se encontraba en Atenas. Estuvimos hablando. Tu madre es una mujer maravillosa. Antes de marcharse, le di el álbum de la boda que hice para ellos. Nos invitó a pasar el día de Navidad con tu familia y yo acepté en nombre de los dos.

–Eso no es ningún problema. La llamaré y le diré que tenemos otros planes. Lo comprenderá.

–No, Nikos. Ella te adora y necesita ver a su hijo. Tus padres se han perdido diez años de tu vida. No puedes defraudarlos.

–No puedo estar bajo el mismo techo que mi padre, después de cómo se comportó con Costor y sus hijos. Por no hablar de lo que le hizo a mi madre y de las cosas que te dijo a ti.

Stephanie miró a Nikos con ternura y le puso una mano en la mejilla.

–Pero ella lo ha perdonado y yo también. A él, le gustaría hacer las cosas bien pero no sabe cómo. Si tú no le facilitas el camino, se irá a la tumba con el remordimiento de no haber podido reconciliarse contigo. ¿Qué conseguiríais con eso?

–No puedo hacerlo. No me pidas una cosa así.

Stephanie apartó la mano de él y miró por la ventanilla.

–Entonces ve a pasar el día de Navidad con la familia de Tassos. Yo iré a casa de tus padres y les daré sus regalos.

Nikos arrancó el coche bruscamente y se dirigió al muelle.

Cuando Stephanie pasó por el cuarto de estar, camino de su habitación, vio un árbol de Navidad de metro y medio de alto, adornado con luces de colores.

Después del silencio tenso del viaje de regreso, sintió un gran alegría al contemplarlo. No había nadie como Nikos. Pero sintió también una gran tristeza al pensar en el mensaje de paz que aquellos símbolos de Navidad representaban. Habían llegado a un callejón sin salida. Su desacuerdo sobre dónde debían pasar la Navidad iba a estropearles una fecha tan señalada.

Corrió a la habitación de Nikos antes de que él pudiera cerrarla por dentro como había estado haciendo esos últimos meses.

Abrió la puerta sin llamar y soltó un grito de sorpresa al verlo. Estaba desnudo, de espaldas a ella, poniéndose un traje de baño. Tenía un gran hematoma en la parte baja de la columna. Trató de

imaginárselo en la cama del hospital sin poder moverse, sumido en la desesperación...

Él se dio la vuelta. Allí estaba su Adonis de pelo negro, como ella lo llamaba en la isla del Caribe.

–No recuerdo haberte invitado a entrar –dijo él con ese tono frío que ella conocía de otras veces.

–He venido a decirte que siento mucho no haberte informado antes de la visita de tu madre. Has estado sufriendo mucho todos estos meses y no me he dado cuenta realmente de tu estado hasta hoy. Llamaré a tu madre y le diré que no podemos ir. No debería haberme inmiscuido en tu vida. Pero tengo ese defecto. Te prometo que, de ahora en adelante, no te ocultaré nada ni trataré de influir en tus decisiones.

Se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el umbral de la puerta.

–Me encanta el árbol de Navidad. Soy muy afortunada teniendo el mejor esposo del mundo. Siento que tú no puedas decir lo mismo de mí. Te he hecho mucho daño, Nikos. Perdóname. No volverá a suceder.

Stephanie se fue corriendo a su habitación y se tumbó en la cama, desconsolada, apretando la cara contra la almohada para ahogar sus sollozos. Al cabo de un rato, oyó el sonido del motor del barco que Nikos usaba para ir a la plataforma petrolífera.

¿Cuándo volvería? ¿Cuándo querría volver a hablar con ella?

Tal vez, lo mejor que podía hacer era no atosigarlo y darle un poco de espacio.

Mientras reflexionaba sobre ello, comió algo y realizó una llamada telefónica.

Luego tomó la bolsa de viaje y metió algo de ropa, la necesaria para estar fuera unos días. Fue al cuarto de estar y dejó unos regalos para Nikos al pie del árbol de Navidad. Después escribió una nota y la dejó en un lugar del escritorio donde él pudiera verla.

Querido Nikos:

Hemos estado juntos a todas horas desde que irrumpí en tu vida. Tal vez, viene a cuento ahora eso que Jalid Yibrán escribió una vez: Debería haber espacios en vuestra unión. *Yo estoy de acuerdo con su filosofía, así que voy a abrir un espacio entre nosotros hasta el día después de Navidad. No te preocupes. No estaré lejos. Puedes estar seguro de que no voy a ponerte en vergüenza, molestando a ningún*

familiar ni conocido tuyo. Nuestros problemas debemos resolverlos nosotros mismos. Creo que no hace falta que te diga que nunca sería capaz de poner en riesgo la vida del bebé ni la mía. Quiero que Alex conozca a su padre.

S

Nikos estaría fuera el resto del día. En cuanto a Yannis, había dicho que volvería a las tres. Disponía de media hora para marcharse sin que ninguno la viera.

Uno de los dos taxis que había en la ciudad, estaba esperándola en el muelle. Le dijo al conductor que la dejara en una esquina donde había visto un concesionario de vehículos de segunda mano. Al entrar, presentó al dependiente el único pasaporte que tenía. El de soltera. El hombre le vendió un coche, por solo quinientos dólares, sin saber que ella era *kyria* Vassalos.

Se dirigió a un convento rodeado de pinos y un magnífico jardín, situado en el lado oeste de la isla, a unos diez minutos de la ciudad. Borus le había recomendado ir a visitarlo por su valor histórico.

Por el camino, vio varias calas tranquilas rodeadas de unos paisajes encantadores. No tenía problemas de dinero, podía usar la tarjeta de crédito. Ya le habían abonado el finiquito en la cuenta.

Encontró el convento muy de su agrado. Solo pretendía descansar, leer y tener los pies en alto. Pero, si le apetecía, podría hacer alguna pequeña excursión por la isla. Aquella breve separación les vendría bien a los dos.

Recordó lo que ella misma le había dicho: «Yo soy la bola de la cadena que te retiene atado a mí». Una bola y una cadena que, estando allí en el monasterio, ya no tendría que arrastrar.

Una vez en su habitación, se dejó caer en la cama. Había sido un día muy ajetreado. Al día siguiente, daría un paseo por el jardín, pero ahora solo deseaba descansar.

Nikos volvió ya entrada la noche. Yannis le ayudó a amarrar el barco.

–¿Está bien Stephanie? –preguntó Nikos al ver su cara de preocupación.

–Ese es el problema, Nikos. No lo sé. Cuando regresé a las tres, ya se había ido. Dejó una nota en la mesa del cuarto de estar.

Nikos subió al yate corriendo. Cuando terminó de leer el

mensaje, se sintió tan derrumbado como una roca precipitándose por la ladera de una montaña.

–Ha tenido que haber llamado a un taxi… La habrá llevado a algún alojamiento turístico. Voy a llamar para averiguarlo.

Pero cuando llamó al conductor que la había recogido, el hombre no le fue de gran ayuda.

–Recuerdo que la dejé en la esquina junto a Pappas Market. Llevaba una bolsa de viaje.

Nikos sintió un dolor agudo antes de colgar.

–¡Tengo que encontrarla esta misma noche!

–Vamos –dijo Yannis–. Iremos a todos los sitios donde pueda estar.

Nikos no perdió tiempo y se dirigió al coche con su amigo.

Estuvieron peinando toda la zona durante una hora, sin ningún resultado.

–No debería haberme enfadado con ella. Ella no tuvo la culpa de que mi madre viniera a verla.

–Fue culpa mía, Nikos.

–No. La culpa es toda mía por dejar que las viejas heridas sigan supurando. No puedo perderla, Yannis. ¿A dónde diablos habrá ido?

–Tal vez, fue a otra parte de la isla.

–Puede ser. Pero no hay ningún sitio donde haya podido quedarse. Todo son ruinas e iglesias.

–Pudo haber vuelto al puerto a tomar el barco a Chios.

–No hay que descartar ninguna hipótesis.

Nikos fue a hablar con la autoridad portuaria. El capitán le aseguró que ninguna mujer americana rubia y embarazada había subido a bordo en la última travesía.

Nikos negó con la cabeza.

–Tiene que estar en alguna parte, Yannis. Tal vez, se haya metido en algún barco pesquero para pasar la noche.

–No creo que haya hecho eso –replicó Yannis, rascándose la cabeza–. Está demasiado ilusionada con su bebé como para correr ese riesgo.

–Tuvo que recibir ayuda de alguien. Pero sé que no ha ido a casa de Tassos ni a la de mi familia. Volvamos al *Diomedes* a ver si regresa. Si no, habrá que llamar a la policía.

Una vez en la cubierta del yate, pensó que sería inútil llamar a la policía. Supondrían que estarían ante un caso típico de riña matrimonial y no harían nada hasta pasadas cuarenta y ocho horas.

Yannis preparó un poco de café. Los dos estaban demasiado cansados como para hacer otra cosa que descansar. Al día siguiente, podrían proseguir su búsqueda de nuevo.

A las cuatro menos cinco, sonó el móvil de Nikos. Dio un salto y respondió al primer tono, esperando que fuera ella.

–¿Stephanie?

–No, señor. Soy la hermana Sofia del convento de la Santísima Virgen de Oinousses. ¿Es usted *kyrie* Vassalos?

–Sí –dijo Nikos, sintiendo que unas gotas de sudor frío comenzaban a correrle por la frente.

–Su esposa se registró esta tarde en nuestro hostal, pero se puso de parto esta noche y la hemos llevado al hospital.

–Dios la bendiga, hermana.

Nikos colgó, puso a Yannis al tanto de todo y salieron a toda prisa en dirección al hospital.

Llegaron en un tiempo récord a la entrada de urgencias.

–¡Mi esposa! –dijo Nikos a la recepcionista–. Stephanie Vassalos.

–Está en la sala de partos.

–¿Ha tenido ya al niño?

–Aún no, pero tiene que darse prisa si quiere verlo nacer.

Nikos tuvo que desinfectarse las manos y seguir una serie de indicaciones antes de entrar en la sala de partos. Una vez allí, le dijeron que se quedara sentado.

–Nikos –exclamó Stephanie al verlo.

–Ha llegado justo a tiempo –dijo el médico–. Su bebé nos ha engañado a todos y ha decidido adelantarse un par de semanas. Empuja, Stephanie... Así, muy bien. Una vez más...

Nikos clavó los ojos húmedos de lágrimas en su valiente y hermosa mujer que, con todo el cuerpo en tensión, seguía fielmente las instrucciones del médico.

–¡Ajá! ¡Aquí tenemos ya la cabeza! Este muchachote tiene el mismo pelo negro de su padre.

Nikos oyó los gritos de emoción de su mujer.

–Sigue empujando un poco más... Aquí lo tenemos –dijo el doctor Panos, sujetando al bebé en el aire por los tobillos.

Nikos oyó los lloros de su hijo al llegar a la vida, seguidos de los de alegría de Stephanie.

–¿Cómo está el bebé, doctor? –preguntó ella.

–Puedes verlo tú misma en cuanto haya cortado el cordón umbilical –dijo el médico, y luego añadió dirigiéndose a Nikos,

después de limpiar al niño–: Venga aquí. Pueden ver a su hijo juntos.

Nikos se inclinó para besar los labios resecos de Stephanie.

–¿Estás bien? Siento no haber podido llegar antes para estar contigo.

–Pero has llegado a tiempo para ver nacer a tu hijo. Eso es lo importante. Nunca he sido tan feliz en mi vida. ¿No es hermoso?

El niño había dejado de llorar y estaba ahora tranquilo. Nikos examinó detenidamente a su hijo. Tenía los puños cerrados. Sus manos eran perfectas y tenía los dedos largos. Era como mirar a través de un caleidoscopio, donde todas las partes se conjuntaban unas con otras para formar un diseño milagroso. Tenía la boca y la barbilla de Stephanie, las orejas de su hermano, el pelo negro de su madre y el resto de su padre.

–Es exactamente igual que tú, Nikos.

–También se parece mucho a ti –replicó él, mirándola a los ojos–. Pero quiero que sepas que, aunque no se pareciera a mí, no me importaría, porque yo me enamoré de los dos hace mucho tiempo. Un milagro ocurrió en la isla.

–Lo sé –dijo ella con los ojos llenos de lágrimas–. Te amo, cariño. Te amo con toda mi alama.

–No creo que ninguna mujer haya luchado tanto como tú para demostrar su amor, viniendo a esta isla remota para encontrarme – dijo Nikos, acercando la boca a la suya–. Tengo que decírselo a Yannis. Luego llamaré a mis padres y les diré que han vuelto a ser abuelos de nuevo.

Capítulo 10

24 de enero

Yannis estaba esperándola en el coche a la salida de la clínica. Hacía frío. Debía de haber seis o siete grados. Había llovido esa tarde, pero, ahora que el sol se había puesto, había amainado.

Stephanie había ido a pasar la revisión de la cuarentena unos días antes de lo previsto sin que Nikos lo supiera. Quería darle una sorpresa.

–El doctor Panos dice que estoy perfectamente, pero que necesito perder unos kilos.

–Estás espléndida para haber sido madre hace tan poco tiempo –dijo Yannis.

–Gracias.

–Ahora recuerda nuestro plan.

–¿Estás seguro de que quieres hacer esto, Yannis?

–Maria y yo estamos deseando quedarnos con el niño. El barco que Nikos usa para ir a la plataforma está preparado. Todo está según el plan.

–¿Crees que Nikos sospechará algo?

–No. Está con Tassos. Bastantes preocupaciones tiene ya con su negocio de prospección y con sus padres como para pensar en otras cosas. Cuando pregunté por ti, le diré que fuiste a buscar la cámara de vídeo porque no la encontrabas en el yate.

–Entonces subiré al barco y esperaré a que venga. Estaremos en esa pequeña cala, si tenéis algún problema.

–No te preocupes por nada –dijo Yannis.

–Cuando Alex tenga hambre, ya se encargará de pedirte el biberón.

–Claro que sí. Es de Nikos del que tienes que preocuparte. Él te necesita más que el niño.

–Eres un ángel, Yannis.

Yannis aparcó el coche en el muelle. Ella le dio un abrazo y subió al barco. Solo había un camarote. Puso la calefacción.

Mientras esperaba, se dio una ducha rápida y se puso el camisón que su suegra le había regalado por Navidad.

Aunque ya estaba echando de menos a su pequeño, estaba loca por estar con Nikos. No habían tenido relaciones íntimas desde sus vacaciones en Providenciales. Por eso, estaba ahora tan nerviosa.

En las últimas semanas, habían compartido muy buenos momentos con el niño, pero después Nikos se había ido solo a su cama todas las noches como un reloj.

¡Esa noche, sería diferente!

Dejó las luces encendidas, se cepilló el pelo y se fue a la cama a leer una novela. Llevaba quince minutos sin pasar de la primera página, cuando oyó su voz desde la cubierta.

–¿Stephanie? ¿Qué estás haciendo? La cámara de vídeo estaba en tu dormitorio. Vamos arriba.

–Si no te importa, me gustaría quedarme aquí unos minutos más.

En el silencio de la noche, ella casi podía oír sus pensamientos.

–¿Por qué?

–Porque me gustaría tener un rato de intimidad con mi marido.

Nikos bajó las escaleras e irrumpió en el camarote con gesto preocupado.

–¿Te duele algo? ¿Qué haces en la cama?

Ella se incorporó y lo miró con los ojos llenos de ternura.

–Llevo esperándote cinco meses. Esta tarde, he ido a la consulta del doctor Panos y me ha dicho que estoy completamente restablecida y en condiciones de...

–¿Has ido a verlo antes de la fecha?

–Sí. No podía esperar hasta la próxima semana. Todo está arreglado. Yannis se va a quedar con Maria cuidando de Alex en el *Diomedes* hasta mañana. Le dije que iríamos a la cala y que pasaríamos allí la noche. Ya he guardado tus medicinas en el bolso, así que no tienes que volver al yate a recoger nada. Si tienes una pesadilla, no tendrás que preocuparte por nadie. Soy una mujer fuerte, Nikos. Puedo enfrentarme a cualquier cosa si tú me das la oportunidad. Quiero ser tu esposa para todo.

Ella vio cómo el la nuez de su garganta subía y bajaba.

–Hace frío en la cubierta. Quédate donde estás.

–Te estaré esperando.

Tras unos minutos, ella sintió cómo el barco maniobraba y se ponía a navegar.

Llegaron en seguida a la cala.

Oyó con el corazón palpitante cómo él se daba una ducha. Luego vio su silueta recortada en la puerta del camarote. Llevaba una toalla alrededor de la cintura.

–Tengo que confesarte una cosa, Stephanie. Cuando regresé a mi unidad, le dije a Kon que me había enamorado de ti y que, después de acabar la misión, me casaría contigo.

Stephanie dejó escapar un gemido de felicidad, saltó de la cama y corrió a darle un abrazo.

Nikos la estrechó entre sus brazos y la besó en la cara y en el pelo.

–Perdóname por haber sido tan desagradable contigo. Eres lo más precioso de mi vida.

–Calla, cariño. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. Quiero hacer el amor contigo esta noche y todas la noches del resto de nuestras vidas. No sabes cuánto te amo.

Nikos la agarró de los hombros. Sus ojos negros brillaban con la luz del deseo.

–Lo sé muy bien, vida mía. Y un día, muy pronto, conseguiré que encuentres a tu padre. Él se merece saber que tiene la hija más maravillosa que cualquier hombre podría desear. Te adoro.

–Y yo a ti. Ámame, cariño. Ámame.

Una pasión irrefrenable abrasaba sus corazones con una fuerza mucho mayor que cuando se conocieron en el Caribe.

Él la levantó en brazos, la llevó a la cama y pronunció unas palabras en griego que ella llevaba meses deseando escuchar.

–*Agapi mou, agapi mou.* Amor mío, amor mío.

26 de abril

–¿Stephanie? ¿Estáis ya preparados? –preguntó Nikos.

Ella casi se quedó sin aliento al verlo tan atractivo con su traje gris y su camisa blanca.

Miró a su pequeño hijo de cuatro meses. Alex sonrió y agitó las manitas al ver a su papá. Los dos eran tan guapos que se le saltaban las lágrimas cada vez que los veía juntos.

–Sí –respondió ella, y luego añadió mirando a su bebé–: ¿Sabes una cosa, cariño mío? Hoy vamos a bautizarte.

Esperaba que Nikos fuera a recoger a su hijo de la cuna, pero se

dirigió primero a ella y la estrechó entre sus brazos.

–Necesito hacer esto antes de ir a cualquier parte –dijo él, dándole un beso largo y apasionado que le hizo recordar la tórrida sesión de amor que habían tenido esa misma mañana antes de que el bebé se despertara.

Nikos y ella habían decidido celebrar el bautizo del niño en la misma iglesia en que se habían casado y habían elegido el día coincidiendo como el aniversario de su gestación.

Era un secreto entre ellos. Alex era su hijo milagro y habían elegido ese día tan especial para conmemorar tan fausto acontecimiento. Estaba adorable con su vestido de color marfil y sus puntillas de encaje.

Habían pedido a Tassos y a Elianna que fueran los padrinos. Todo parecía un *déjà vu,* una repetición del día de la boda, con Yannis, la familia Gregerov y todos sus amigos esperándolos en la iglesia. La única novedad era la presencia de la madre de Nikos.

Tassos dio un abrazo a Stephanie antes de pronunciar el credo de fe en nombre del bebé. Luego todos siguieron al sacerdote hasta la pila bautismal, donde la madre de Nikos lo desnudó y lo envolvió con una larga toalla.

El sacerdote dio al bebé el nombre de Alexandros y luego lo ungió con el crisma y lo bendijo con el agua bautismal. Tassos envolvió entonces al niño con la sábana blanca y la toalla rituales.

Luego la madre de Nikos tomó a Alex y se puso a vestirlo con el traje de cristianar.

Mientras estaba haciéndolo, el padre de Nikos apareció de improviso, uniéndose al círculo que formaban alrededor de la pila bautismal. Se acercó al sacerdote y le dio una cadena con una cruz de oro para el bebé. Era el símbolo de la reconciliación con su hijo.

En ese mismo instante, Tassos encendió una vela con el niño en brazos.

Stephanie volvió la cabeza y vio a Nick con los ojos llenos de lágrimas. Le apretó la mano. Luego todos dieron tres vueltas alrededor de la pila bautismal, cantando un himno de Aleluya.

Stephanie estaba feliz. Todos estaban ya allí. Salvo su madre, que estaría viéndolo desde el cielo.

Dio a Tassos un beso en la mano y él le entregó el niño, mientras la gente exclamaba: «*Na sas zizi*» y «Viva Alexandros».

Tenían previsto hacer una fiesta después, en la cubierta del yate, pero la verdadera fiesta para Stephanie era ver aquel comienzo de

reconciliación entre ambas familias, después de tantos años de enemistad.

Camino de vuelta, Nikos la apretó contra su pecho.

–Tengo dos regalos para ti, amor mío. Uno es la casa que he comprado para nosotros en Oinousses. Nuestro hijo necesita jugar en un lugar mejor que la cubierta del *Diomedes*...

Stephanie le dio un abrazo emocionada.

–El otro regalo lo tengo en el bolsillo. Pensaba dártelo esta noche, pero, después de aparecer mi padre, no puedo esperar.

–¿Qué es?

–El detective privado que contraté ha encontrado a tu padre.

–¡Nikos!

–Es este –dijo Nikos, sacando del bolsillo una pequeña fotografía.

Ella contempló la foto emocionada sin poder decir una palabra. Era un hombre de pelo rubio que se parecía mucho a ella. No cabía duda de que se trataba de su padre.

–Trabaja en un banco en Cheyenne, Wyoming –añadió Nikos–. Está casado y tiene un hijo y una hija que están en la universidad. Cuando conoció a tu madre, estaba en el ejército de permiso. Igual que yo. Y también tuvo que regresar, como yo, cuando le llamaron para realizar un servicio. Cuatro años después, dejó el ejército y se casó.

–¿Sa... sabe algo de... mí?

–No.

–¡Gracias a Dios!

–¿Por qué dices eso? –preguntó Nikos sorprendido, dándole un beso.

–Porque tiene una familia y la vida organizada y no quiero perturbarla. Si mi madre decidió no ir a buscarlo, yo no soy quién para hacer lo contrario. Prefiero que las cosas se queden como están. Me conformo con conocer su aspecto y saber quién es. Gracias, cariño, por este regalo tan maravilloso. Lo que realmente importa ahora es nuestra familia, nuestro hijo. Me he casado con el hombre más maravilloso del mundo y quiero pasar el resto de mi vida demostrándote mi amor. Te amo, Nikos. *Agapi mou*.